Hernán Ponce Sánchez

50 ANECDOTAS DEL SABIO TELLO

EDITORIAL - "LA UNIVERSIDAD" - LIBRERIA

LIMA PERU

50
ANÉCDOTAS DEL SABIO TELLO

Queda hecho el depósito que
previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

Se terminó de imprimir el día 18 de noviembre de 1957 en
Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires — Argentina

La Librería "LA UNIVERSIDAD", al iniciar la publicación de obras de autores nacionales, lo hace con este anecdotario en homenaje al más calificado símbolo de peruanidad, el famoso arqueólogo Dr. Julio C. Tello, con motivo de cumplirse en este año 1957, el primer decenio de su desaparición.

Si el auge de esta librería descansa sobre bases culturales, en la avidez y el apoyo efectivo y generoso del público lector, no puede menos que retribuírsele propendiendo al mayor conocimiento y divulgación de nuestros valores nacionales. Es así como, la Librería "LA UNIVERSIDAD", toma también ligera faceta editorial sin más anuncio que este breve exordio, porque cuando todavía hay de por medio problemas dificultosos como los que tiene que afrontar una empresa editora en nuestro país, es más atinado ofrecer menos de lo que se anhela brindar.

NICOLÁS OJEDA FIERRO
Editor.

PRÓLOGO

Hernán Ponce Sánchez ha compuesto esta serie de amenos relatos que ofrece con el sugerente título de "50 Anécdotas del Sabio Tello".

Anteriormente había demostrado sus aptitudes para la investigación histórica y la interpretación de insignes figuras de la nacionalidad, dedicando sendos estudios a Manco Capac, Zela, Bolognesi, Alfonso Ugarte, Leoncio Prado, Bruno Terreros y Jorge Chávez. Ya en volúmenes o en series insertas en el suplemento dominical de "La Crónica", los textos cuidadosamente compuestos llevaban atractivas ilustraciones, convirtiéndose en ayudas visuales de evidente valor de acuerdo con las modernas tendencias de la Ciencia de la Educación.

De modo especial, la biografía de Alfonso Ugarte debe destacarse por haber conseguido Ponce Sánchez, tras afanosas búsquedas, preciosos datos relativos a la existencia del patriota tarapaqueño que se inmoló en el morro legendario, ingresando a la inmortalidad con Francisco Bolognesi, cuando la vida le sonreía. Puede decirse que para muchos permanecía desconocida la fecha del nacimiento de Alfonso Ugarte hasta que Ponce Sánchez con su valioso trabajo la divulgó, mereciendo por este solo aporte particular reconocimiento.

Mas sus otras contribuciones no son menos dignas de entusiasta encomio y con frecuencia, en diarios y revistas, aparecen sagaces colaboraciones en que Ponce Sánchez esclarece cuestiones de interés nacional. Con ejemplar modestia desarrolla sus actividades intelectuales y artísticas, ya que es pintor egresado de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Resulta igualmente digna de aprecio su labor acreditada en varias exposiciones acogidas con elogio por la crítica.

Al patrocinar mi cordial amigo, Nicolás Ojeda Fierro, quien al frente de su librería "La Universidad" desenvuelve fructuosa acción cultural, la edición de "50 Anécdotas del Sabio Tello" con motivo de conmemorarse el décimo aniversario de su sensible deceso, me honra sobremanera al demandarme estas palabras preliminares que escribo con singular agrado por ser apreciador sincero de los méritos de Ponce Sánchez.

Sin título alguno, accedo al amable requerimiento animado por las dimensiones de la gran figura de la nacionalidad a quien está consagrada esta exégesis.

Julio C. Tello constituye en nuestro panorama intelectual una de esas eminencias que se agigantan a medida que transcurre el tiempo. Por esta misma causa en torno de ella la leyenda ha tejido ya esas caprichosas deformaciones que algunas veces provienen del afán sensacionalista que trata de aureolar a todo hombre forjado por sus propios esfuerzos y llega a presentarlo con detalles pintorescos. Acerca de Tello se ha urdido también una de esas historietas tan en boga en estos tiempos. Tiene, por lo tanto, esta obra de Ponce Sánchez enorme significación.

El autor se encuentra excepcionalmente capacitado para realizarla en razón de haber acompañado al sabio en sus principales expediciones arqueológicas durante diez años,

actuando como secretario de campaña y como ilustrador del diario de viajes.

En la compañía de Tello, Ponce Sánchez ha obtenido los materiales para estos relatos que tienen el indiscutible valor de labrar una faceta de la biografía del antropólogo, como gusta designarlo cuando se refiere a él.

Ponce Sánchez, con la devoción del discípulo y la destreza del artista, recolecta cuantos datos puedan servir para mostrar el aspecto risueño de la obra de Tello. Al frío contenido de las reseñas de las expediciones arqueológicas se agrega este aporte que permitirá conocer los numerosos chascos que se llevó el sabio cuando huaqueros y pícaros le deslumbraban con señuelos de ciudades existentes en las cimas de las montañas. Tras penosas ascensiones, se comprobaba el ingrediente mítico que dominaba en estas incitaciones de inescrupulosos traficantes. Así, en los relatos compuestos por Ponce Sánchez en torno de la egregia figura de Tello, encontramos su retrato psicológico de "cuerpo entero", como se dice comúnmente. Así, surge en mi recuerdo esa tarde inolvidable en que Tello ofreció al benemérito americanista Paul Rivet una fiesta en el Museo de la Magdalena Vieja. El sabio se multiplicaba en atenciones para sus invitados y con orgullo de anfitrión patriota brindaba típicas viandas y bebidas. Sonreía complacido del buen éxito de su agasajo, en que la cancha y la chicha se agotaron rápidamente como el más cumplido tributo a nuestras culturas indígenas.

Ya en un nutrido estudio biográfico que dedicó al sabio su predilecto discípulo Toribio Mejía Xesspe, apreciamos la posibilidad de explotar los aspectos anecdóticos que permitirían comprender mejor su vida y su obra. Recorriendo las "50 Anécdotas del Sabio Tello" compuestas por Ponce Sánchez se obtienen valiosos elementos para acercarnos al

hombre que trató de desentrañar los misterios de la Arqueología Peruana, recorriendo palmo a palmo nuestro territorio acompañado de abnegados colaboradores que soportaron heroicamente mil penalidades, comiendo poco y durmiendo mal, casi siempre. Los grandes hombres con frecuencia resultan grandes problemas para las personas que los rodean y Tello no constituye la excepción de esta regla.

Ponce Sánchez describe las peripecias de las expediciones y de este modo aporta datos que contribuirán a esclarecer las quijotescas empresas de Tello, quien con escasos recursos logró notables resultados que comprometen el reconocimiento del Perú y de la ciencia universal.

Las páginas de este libro han de ser leídas con placer y provecho y el autor ha cumplido una labor encomiable al dedicarse a esta recopilación de anécdotas del sabio Tello, evitando que se pierdan esta clase de materiales que la ciencia histórica avalora tanto, porque contribuyen a una cabal comprensión del pasado. Hay que superar el frívolo concepto en que antes se tenía a la anécdota y que le mermaba los atributos que posee, cuando se aprovecha con ponderación el ingrediente de fantasía que promueve la poesía de la historia.

La meritoria producción de Hernán Ponce Sánchez se acrecienta con las "50 Anécdotas del Sabio Tello", óptima cosecha que reafirma su bien ganado prestigio intelectual. Hacemos fervientes votos porque persista en sus laudables empeños de exaltar los valores nacionales con evidente beneficio para la cultura patria.

JOSÉ M. VÉLEZ PICASSO.

LA LAGARTIJA

Iba cayendo la tarde y el cálido celaje del poniente teñía ya la atmósfera y a los híspidos cerros que cerrando la quebrada con su acústica cavidad, prolongaban el plañidero balido de los rebaños que caminaban hacia sus rediles, daban en conjunto al paisaje una grandiosidad poética.

Julito, o Sharuco como cariñosamente le decían ya que era vivaz e inteligente y de veras que más bien le iba Sharuco que Julio, porque esa palabra nativa quiere decir ambicioso y arrollador, como era el niño, era el penúltimo de los hijos de don Julián Tello y de doña Asunción Rojas de Tello, iba pues Sharuco tras el rebaño que apacentaban en Pallinca, estancia paterna de Shumala.

Retozaba el niño cerca de los animales porque entre ellos también habían ovinos tiernos y a veces tocaba los lomos de los recién nacidos que con pasitos lentos y renqueantes caminaban rezagados. La hermana Elena que apenas le llevaba por dos años de edad y era sin embargo seria y cuidadosa cuando sus padres le encomendaban algún trabajo, iba pues al cuidado de la majada y de Sharuco.

Una suave brisa llevó hasta ellos, como si saliese de allí cerca, el triste y grato cantar pastoril de la dueña del aprisco que en los cerros del lado opuesto pastaba. El niño detuvo su andar y guiado por sus oídos miró hacia el otro lado

de la hondonada, se hubiera dicho que había nacido para poeta o para músico, porque, pese a contar solamente con seis años de edad, se quedó inmóvil, como fascinado, buscando con la vista el punto del cual venía el bucólico cantar. Pero cambiando bruscamente su atención, cogió algunas piedrecitas y las fué tirando como queriendo dar con ellas a otras que sobresalían en el camino y, hasta el pasar por el arroyito que baja de las cumbres lo hizo jugando, saltando sobre las piedras puestas para no mojarse los pies. Mas no bien lo traspuso, se detuvo sobresaltado. Una lagartija cruzó veloz por delante el camino. Era pequeñita pero tal fué el susto de Sharuco que quiso gritar, felizmente se le ocurrió pensar que si gritaba se reirían de él, quedándose así estático y sin poder seguir adelante. Los segundos en ese instante le parecían horas. ¿Qué hacer? ¿Cómo avanzar?

El rebaño entretanto se había ocultado ahí cerca, tras una leve prominencia, pero la proximidad de las sombras le dió ánimo para sobreponerse y pasar corriendo frente a la piedra debajo la cual se había metido el minúsculo animalito.

Cuando llegó a la pequeña prominencia y vió que Elena y la majada seguían muy tranquilos su camino y allí cerca, tuvo una impresión tan desagradable que íntimamente se avergonzó de haber temblado de sólo ver pasar a un animalucho tan insignificante. Hizo todo lo que pudo para detenerse y poner cara serena, pero todo fué inútil, advertía que su rostro lo delataba y no vió otra solución que la de imaginar algo con qué justificar su temor.

—¿Qué te pasa, Sharuco? —Estás asustao —exclamó la hermana al verlo.

—¡Sabes!. . . Allá, más allá de la aguada, cuando estuve pasando por las piedras, ¿ah?, ¡salió un animal bien grande, grande, y me asustó!

—Habrás visto visiones —replicó Elena, aparentando no darle mucha importancia.

—¡No! ¡Lo he visto! Era bien feo, así como un diablo. . ., grandazo como. . .

Hizo el niño una pausa buscando con qué compararlo y describirlo lo más monstruoso posible para acreditar así su espanto. Se acordó en ese instante de la figura que había en una caja china que tenían en casa.

—¡Ah! ¡Elena, era igualito a esa culebra con patas y cachos que hay en la caja negra que tiene mamá! ¡Así con sus cachos, con uñas y con su rabo largo, su cabeza también igualita a la del chivato!. . . Así. . .

—Cómo va a ser así, Sharuco, eso se llama dragón. Eso sólo hay en el infierno para que se coma a los malos —le respondió la hermanita.

—No sé yo, pero era igualito, así grandazo y con cachos —contestó con el brazo en alto como dando las dimensiones.

—Habrá sido un sapo o un ratón —le contestó Elena con tono socarrón.

—Anda zonza, cómo me voy asustar de un ratón ni un sapo. Era como ese animal de la caja de mamá.

Pero aquella lagartija tuvo la virtud de hacer revivir en su edad provecta, con nostálgico deleite, esa impresión infantil cuando frente a centenares de dibujos tomados de las pictografías mitológicas de los huacos, tejidos y huesos tallados, se pasaba horas y horas, días, semanas y meses cotejándolos y tratando de desentrañar el misterio de seres mitológicos más ricos, más simbólicos y más draconianos que el de la figura de la caja chinesca.

Datos del señor Rubén Santisteban.

LA ELECCIÓN DE SU CARRERA

Pese a su corta edad, la hermana Elena que, como ya advertimos, llevaba en sólo dos años de edad al futuro antropólogo, era algo así como el numen de Sharuco, sus palabras tenían un poderoso valor sugestivo en los gustos y decisiones de su hermanito. Además, como la diferencia de edad era relativamente escasa, se tenían mayor afecto. Juntos solían jugar, caminar y cumplir los encargos paternos y fué así Elena quien puso en el niño la simiente fecunda del deseo de superación y, por feliz coincidencia, quien inadvertidamente lo condujo cerca del camino más corto y fácil para arribar al campo científico al cual tenía vocación.

Un día en que se precisaba regar una de las chacras y para lo cual se tenía necesariamente que represar agua en el estanque de Cusama —lugar cercano al pueblo—, el padre, tan atareado como solía verse, mandó a Elena y Julio a que cerraran el canal a fin de que toda la noche se llenase el referido estanque. Como siempre los dos se fueron como quienes juegan, champearon la acequia y dieron curso al agua hacia la pequeña represa.

Cumplido el encargo emprendieron el regreso sin ningún apuro y por tanto deteniéndose aquí y allá. En uno de los descansos, Sharuco, que ya pensaba en algo serio, en su futuro, preguntó de súbito a Elena.

—Oye, Elena, ¿qué cosa sería mejor que fuera yo cuando sea grande? ¿Estaría bien que estudiara para cura?

—¿Y por qué quieres ser cura, Sharuco?

—Para usar anteojos y tener mi abrigo. . .

—Sí, puedes ser —repuso Elena— pero los curas dicen que van a Roma y de allí lo mandan a otros pueblos, ya no te veríamos y tendríamos pena.

—¿Entonces para qué pues puedo estudiar?. . . ¿Ah?

—Mejor estudiaras para médico, así serías doctor y también podrías tener tus anteojos y tu abrigo y nos podrías curar a todos cuando nos enfermemos. Así no te irías a Roma. . .

—¡Ajá! Elena, entonces seré doctor, tendré mis anteojos, mi abrigo y curaré a papá, a mamá y todos cuando se enfermen. Ganaré bastante plata para que papá y mamá no trabajen, ¿no es cierto?

—Claro, Sharuco, está bien que estudies para médico. . .

Aquel día, según contaba su hermana Elena —también nos lo refirió el sabio estando en Huiñay Huayna— fué prácticamente el día que eligió su carrera, porque desde entonces sólo se le oyó decir que sería médico. Pero, evidentemente tal no era su vocación, más bien un peldaño porque gracias a la medicina sus investigaciones acerca de las enfermedades en el antiguo Perú le abrieron las puertas de la fama y de un mundo científico fascinante y nuevo, permitiéndole además cursar fácilmente la antropología en universidades de los Estados Unidos de Norteamérica y Alemania.

Adiciones del Profesor Oscar Santisteban Tello.

ATISBOS CIENTÍFICOS

Nos hallábamos en el campamento de Huiñay Huayna descansando de nuestras diez horas de trabajo cotidiano bajo la ramada que cobijaba nuestro comedor, bosque a un lado y abismo al otro. El agradable calor de la lumbre era el incentivo para que a pesar de nuestro cansancio prolongáramos los informes y juicios acerca de los trabajos del día y se formulasen planes para la jornada siguiente, tras ello se pasaba a glosar recuerdos y a bromear si es que no sentíamos deseos de ponernos a cantar acompañados de la guitarra, el charango y la quena, pues teníamos nuestro conjunto del cual el sabio me había designado graciosamente su "Director".

Una noche de aquéllas, Toribio Mejía Xesspe, aprovechando que el arqueólogo había hecho reminiscencias del hogar paterno, le preguntó si entre sus recuerdos infantiles había alguno que revelaba ya su inclinación a la ciencia.

—Que yo recuerde —contestó— me parece que no hay ninguno. . .

Y se quedó pensativo mirándose aparentemente la punta de las botas. Y como la pregunta era interesante, nos quedamos mirándole mientras él hurgaba todos los olvidados rincones mentales. Nuestra actitud, su faz cobriza, su som-

brero alón de paja, su poncho de llama, su bastón apoyado en el pecho y la luz rojiza de la lumbre le daban un aire ancestral. Era un viejo amauta.

—Aunque no me parece —prosiguió tras un breve silencio—, quizás si esto revelaba algo. Tendría yo más o menos ocho años de edad cuando me llamó la atención, me fascinó, uno de esos cohetes de arranque que ponen en las fiestas de los pueblos de la sierra. Era un quince de agosto en que en Huarochirí se celebran las fiestas patronales. Habían colocado en dos palos plantados en la plaza, una larga soguilla bien templada por la cual, ante la expectativa de todos, pasó veloz un muñeco, se detuvo en el extremo opuesto y luego regresó al lugar de origen. Esto naturalmente para cualquiera de ustedes es un adefesio, ¡pero para un muchachito de aquellos tiempos y en Huarochirí, imagínense, era algo fantástico! Me fascinó tanto que sin más ni más, pensé que utilizando ese sistema sería muy sencillo cortar cualquier cosa y quise experimentarlo cuanto antes.

Sonriendo hizo una pausa.

—Los primeros a quienes pregunté cómo y por qué demonios se movía el muñeco fué a mi padre y a algunos parientes. Saqué en limpio que ésas eran gracias de la pólvora. Ipso facto y no sé cómo así me conseguí una porción de pólvora, me figuro que debo haber ido donde los coheteros. Vino en seguida lo bravo, cómo hacer para que la pólvora cortara. . .

Cuando uno es muchacho —dijo, continuando— no piensa en las consecuencias y todo lo quiere rápido, de manera que me metí al corral de mi casa y me dispuse a realizar mi experimento con mi sombrero, advirtiéndoles que mi sombrero era nuevo, de paja y lo cuidaba mucho y ese día me lo había puesto precisamente porque era de fiesta. Puse el sombrero en el suelo, derramé la pólvora alrededor

de la copa porque en ese instante se me ocurrió cortarle el ala a mi sombrero. En seguida saqué los fósforos, o creo que era un yesquero —explicó cómo se encendía— y. . . ¡bup!, mi sombrero quedó chamuscado y con las alas cortadas. No había cuestión, la pólvora cortaba en un instante, pero, mi pobre sombrero estaba hecho una calamidad y tuve que esconderlo para que no se dieran cuenta, porque esas cosas había que cuidarlas como si fueran alhajas.

EL CABALLO DEL GOBERNADOR

Sharuco y Juañico eran los hermanos más inseparables. Estaban más o menos entre los nueve y once años de edad, de ahí que la pasión por cazar pajaritos fuera paralela. Pero ellos los querían cazar vivos, razón por la que estaban empeñados en obtener mejores resultados de las trampas que sabían armar.

Las pitas les daban excelentes resultados para hacerlas funcionar desde lejos, pero se hacían demasiado visibles y a poco de experimentar comprobaron que los pajarillos no eran tan tontos como parecían. Ahora bien, si le ponían hilo a la parte cercana a la trampa, aparentemente resultaba mejor, pero tenía la desventaja que al tirar la cuerda, ésta se arrancaba y la trampa no llegaba a funcionar.

¿Qué hacer? No acertaban cómo resolver tan serio inconveniente, hasta que una tarde, una gran tarde, Sharuco dió con el clavo cuando pasaban por la chacra del Gobernador.

—¡Juañico! ¡Allí está el caballo de tío Luis! ¡Con las cerdas de su cola. . . !

El animal era un caballo blanco de magnífica estampa ya que don Luis Tello era jinete como el más pintado. Se deleitaba cabalgando sus mejores caballos, viéndolos pastar, rasqueteándolos y viendo que estuvieran bien cuidados. Para hablar de caballos y aperos, había que pedirle su opinión.

Nunca dejaba de tener entre su caballada uno bueno y fino, braceador y garboso como para lucirlo personalmente, y el "Blanco" era su engreído, y allí estaba en la chacra comiendo y trotando a sus anchas, cuando, en eso, pasaron y lo vieron los dos palomillas. La cola abundante y larga fué la culpable.

Como locos, Juañico y Sharuco sacaron de donde no había una cuchilla y sin vacilaciones cogieron al manso animal —más manso con los niños— y le sacaron un haz de cerdas. Pero, anhelando llegar a tener parvadas de jilgueros, gorriones, tortolitas y palomas y pensando en que las cerdas podían acabarse, pues se animaron a cortarle de una vez toda la cola y se marcharon con su preciado botín.

Grande fué la indignación de don Luis Tello cuando aquella tarde se dió con la ingratísima y ridícula estampa de su caballo fino. Gritó, vociferó, tragó bilis y amenazó. ¡Ah... esas pasadas con el Gobernador... eso no iba a quedar impune, ya lo verían...

Inmediatamente movilizó a sus alguaciles y la familia también entró en la colada para que se averiguase quién o quiénes habían sido los autores de la broma. Pues eso no podía ser obra de muchachos, bien pudiera haberlo hecho o mandado hacer Fulano o Perencejo que pavoneaban de tener caballos finos, e indignadísimo se fué a contar el asunto a su hermano Julián, el padre del futuro científico. Éste, que estaba tranquilo en su tienda, se indignó también con la mala nueva.

—¡No, eso no debe quedarse sin castigo! —repuso.

Sharuco y Juañico estaban precisamente allí buscando algo que sacar de la tienda, al comprobar la indignación del tío y oír la forma colérica cómo el padre condenaba la afrenta del pobre "Blanco" y alentaba la resolución de mandar hacer una minuciosa averiguación, Sharuco miró sig-

nificativamente a su hermano y movió la cabeza como insinuándole a salir de allí. Con las mismas corrieron a ocultar el cuerpo del delito en un escondrijo aún más seguro porque la suerte estaba echada.

La noticia cundió por todo Huarochirí, los alguaciles y la parentela poniendo, al fin, suma paciencia, recurrieron a mil rodeos para ver si así descubrían a los culpables. Pero vino el tiempo y creció nuevamente la cola de "Blanco"; pasaron los años y el asunto iba quedando en el misterio, hasta que a Sharuco se le ocurrió levantar el enigma cuando era estudiante secundario en Lima.

MALA VÍSPERA

Entre los profesores primarios que el ilustre científico tuvo en Huarochirí, se hallaba el limeño Alberto Negri, quien, amén de ser buen profesor, tenía otras virtudes. De existir el cielo, quizás ya recalaría por allá. Tenía una paciencia y un cariño por su noble profesión, que cualquiera lo advertía. Era el que menos castigos imponía y, los muchachos, en medio de su resistencia a los estudios, lo estimaban. Pues, cómo no iban a quererlo si eran tiempos en que el chicote de tres ramas, la palmeta y el libro eran inseparables. Pero, si bien comprendía que sus alumnos lo estimaban, no sospechaba hasta dónde irían por él.

En ese trasfondo llegaron los últimos días del mes de julio y se preparaban para celebrar el aniversario de nuestra independencia nacional. Pidió don Alberto a sus niños que llevaran papel de cometa de diversos colores, pues debían adornar su escuela y alistarse también para el gran paseo de antorchas de la víspera del 28 de julio.

Verlos allí confundidos niños y maestro en medio del multicolor fondo de trabajos manuales, era realmente laudable, muy laudable. Pero la alegría estuvo a flor de labios sólo hasta cuando, ya por la tarde del día 27, daban término a la vistosa confección de banderitas peruanas, faro-

les, cadenetas, quitasueños y guirnaldas, que para todo eso se pintaba muy bien don Alberto.

Pero, he allí que, de pronto, en lo mejor de lo mejor, don Alberto se puso lívido. Algo escuchaba, se avecinaba la tormenta. Alguien llegaba vociferando como si llegase una legión de demonios. Claro que él sabía lo qué pasaba y cómo así habría de detenerse esa especie de locomotora con lengua que ya estaba por irrumpir en la sala de clase. En cambio los niños ignoraban todo lo que se acercaba.

Ingresó, pues, violentamente, nada menos que la esposa del profesor, una mujer que en esos momentos era capaz de coger el cielo con las manos, traerlo abajo y hacerlo añicos. Menudeaba chispas por los ojos y se le veía hecha una hiena, sabe Dios por qué razones. En cuanto vió a su marido le endilgó un chubasco de gritos e insultos mirándole cara a cara y casi metiéndole los puños por los ojos. Don Alberto, el paciente y prudente don Alberto, estaba callado, inmutable aunque su palidez hablaba de su temor. ¡Diantres! No quería darle motivo a que las palabras pasaran a la acción.

Al fin, tras larga y furibunda perorata, se calló, pero se calló comprendiendo que sus insultos no habían logrado herir al marido y que, por consiguiente, era menester darle otro sesgo al ataque. Rápidamente pensó entonces en cómo sacarlo de quicio para así tener pretexto por el cual atizarle cocachos.

Y ante el susto de los niños, con pies y manos echó trastos a rodar. Cuando no los hubo, miró iracunda por uno y otro lado y en eso . . . ¡cátate!, adiós farolitos, adiós cadenetas y guirnaldas, cargó sobre ellas. Uno a uno los rompió, los tiró al suelo y los pisoteó bien ante la vista y paciencia del marido.

Mas, desde ese momento, el temor de los niños tomó otro

cariz porque acababan de ser heridos en lo más hondo del alma. . ., en suma, toda esa baraúnda no era sino el prolegómeno de algo más serio, el profesor lo sabía y por lo mismo esperaba resignado que las cosas acontecieran como llegasen; de allí que el sufrido don Alberto, seguía mirándole tranquilo. ¡Pobre de él si pretendía llamarla al orden! Aderezaba mejor la mazamorra.

Por último, cuando la iracunda señora no encontró más adornos ni faroles que hacer trizas, dió media vuelta y cargó al fin contra el esposo. Éste, a lo único a lo cual atinó fué a cubrirse la cara con las manos y evitar los mojicones, arañazos y tirones de labios. Prácticamente lo arrinconó a golpes y ello sí que fué lo inconcebible para los niños. Claro, como veían a su profesor incapaz de estirar la mano para defenderse, pues pensaron en salir a defenderlo. Era lo más natural, tanto que el más grandecito gritó:

—¡Bruja! ¡Déjale, bruja!

Y estando los pretextos encima como el aceite, otro terció:

—¡A quemar a la bruja!

Finalmente alguien dió la idea.

—¡Golpe a la bruja!

Estas palabras fueron algo así como el "¡Sésamo, ábrete!" porque a esa voz se levantaron todos y se abalanzaron contra la furibunda esposa del maestro a puñetes y puntapiés. Y como era justo, mal que le pesara —y también para evitar represalias—, don Alberto tuvo que salir en defensa de su cara mitad.

¿Sharuco? De paso se había cobrado el valor de su farolito.

BIBLIOGRAFÍA: Apuntes biográficos sobre el doctor Julio C. Tello. Por M. Toribio Mejía Xesspe.

EN LA PENSIÓN

Sharuco tenía doce años y el ambiente escolar de Huarochirí era entonces más que lamentable. Sin embargo, ello no era óbice para que la inteligencia del chicuelo se desarrollara en forma sorprendente, de manera que cada vez que el padre iba a Lima y veía a su hermana María, le contaba de aquellas manifestaciones poco comunes de su hijo. Y en buena hora, porque fué ella quien le sugirió hacer un esfuerzo y llevar a Julio César a Lima y matricularlo en uno de los mejores colegios.

Se entendía entonces por mejores colegios, aquellos en donde la enseñanza era muy buena, pues hoy los padres, acomodados o no, en su mayoría lo entienden a la inversa, son "mejores" los establecimientos particulares más dados al lucro y en donde menudean las medallas y notas altas, no obstante que por las mismas razones de especulación la mayoría de los profesores buenos prefieren trabajar —si lo consiguen— en los colegios del Estado.

Llevado "Sharuco" a la Capital, lo matricularon en el "Colegio de Lima", del Dr. Pedro A. Labarthe. Si bien el padre del futuro sabio era pobre, al menos tenía una finquita paterna en Lima, ubicada en la calle Ilave y que la usufructuaban todos los hermanos. La portería estaba en manos de una negra que era a la vez comadre de don Julián

Tello y donde quien dejó de pensionista al hijo ya que la tía María no podía tenerlo consigo, a lo más ella le cosería de vez en cuando algunos sombreros y ternos.

Quedarse solo y arrancado del dulce suelo nativo le fué muy doloroso. Huarochirí cobró desde entonces para el sabio, matices de bendición derramada. Felizmente la alegría con que se entregaba a los estudios mermaba su nostalgia. Pero, como entonces recién estudiaba la instrucción primaria, no podía estar entregado al estudio durante todas sus horas libres y empezó a demorar en la calle. Si bien el padre había encargado a la negra que lo vigilara, sobre todo que no lo dejara irse a la calle, la comadre puso coto aprovechándolo en sus quehaceres.

Naturalmente, que el niño estaba contrariado de que se le tratase de ese modo, más aún estando él de pensionista, por consiguiente, guardó su protesta hasta cuando llegara el padre. Así fué que en la primera ocasión le dió su queja. Lo que más lo humillaba e indignaba era el tener que lavar las hediondas medias de la negra.

El padre, hombre de mucho sentido común, comprendiendo que no había otra alternativa para conducir a su hijo a la meta que se vislumbraba aunque muy lejana, pensando en que sus posibilidades económicas apenas si le permitían tener a su hijo educándose en un buen colegio y en Lima, le replicó muy tranquilamente:

—No te preocupes, hijo; ten paciencia. Ya llegará el día en que esta negra te lave las medias y sea tu sirvienta.

Y como el padre no se molestase en lo mínimo por semejante noticia, tuvo que armarse de paciencia. Los años le dieron la razón, porque, efectivamente, con el tiempo y antes de que el sabio llegara a culminar sus estudios, la negra aquella le lavaba las medias y toda la ropa, teniéndolo, por añadidura, a mucha honra.

EL PUNTO DE PARTIDA

Si bien las chulpas cobijaron a los antiguos peruanos en su sueño eterno, las hay actualmente algunas en las que se guarecen labriegos y pastores y aún animales, por ejemplo, las de San Juan de Lucanas, las de Soplín en Cajamarca, y muchas otras que por su ubicación y distancia de los lugares poblados jamás son visitadas. Se comprenderá entonces que las ruinosas superabundan. Una de éstas —las de Chuicoto, en Huarochirí— sirvió al sabio cuando era chiquillo para jugar y esconderse por allí.

En más de una ocasión —según refiriera él mismo— se detuvo para mirarlas con cierta curiosidad y pensando muy vagamente en quiénes podían haber sido los que allí vivían, pues él no sabía entonces que aquellas fueran chulpas. Pero, he allí que esa impresión de misterio se fué multiplicando y ahondando en su alma con el tiempo y las circunstancias.

En cierta ocasión en que el padre era Gobernador de Huarochirí, recibió éste una orden del Prefecto del Departamento en el sentido de que mandase buscar cráneos trepanados y los enviara donde el médico Dr. Manuel Antonio Muñiz. El encargo no era muy sencillo como dar una orden ya que los cráneos trepanados son por lo general escasos. Pero, don Julián Tello era el Gobernador y, por añadidura, hombre muy dado a cumplir y quedar bien, de manera que movilizó a sus alguaciles y él mismo también se empeñó en

buscar un regular número de cráneos trepanados en las chulpas que existen por Huarochirí, entre ellas en las de Chuicoto.

Pero, ¡vaya con el sustazo que se llevó Sharuco cuando ingresó de súbito a la Gobernación! Se dió con el macabro espectáculo de que en el suelo había agrupadas muchas calaveras. Pero le parecieron muy raras porque todas, sin faltarle a una, mostraban huecos. Él todavía no sabía lo que eran los cráneos trepanados, pero, en medio de su natural temor se sintió conmovido y averiguó la razón de los huecos, pues qué cosa había ocurrido con aquellos seres en vida. No pudo saber más allá de que ésa era una costumbre de los gentiles.

Aquel primer encuentro ocurrió allá por el año de 1890, de manera que grande fué su sorpresa cuando, siendo ya él estudiante universitario y a la vez empleado de la Biblioteca Nacional, se hallaba —según refería— brocha en mano y pasando querosén a los libros a fin de evitar que se picasen, cuando en eso, fiel a su costumbre, atisbó esta vez un volumen del Bureau of American Ethnology (de 1897), el cual lo abrió y se sintió interesadísimo por aquel ejemplar, porque acababa de hallar un artículo sobre las trepanaciones en el Antiguo Perú, escrito precisamente por el Dr. Muñiz juntamente con McGee, y se dió allí con la gratísima sorpresa de hallar reproducida nada menos que la fotografía de uno de los cráneos que su padre había enviado al Dr. Muñiz. Allí estaba uno de los cráneos que lo habían impresionado en su infancia.

Se quedó pues, absorto de cómo esos ejemplares menospreciados por casi todos tenían un valor extraordinario para la ciencia. Sorprendido, observó hasta el papel fino que habían dispensado al cráneo aquel, que, por ser de su tierra natal y por añadidura haberlo visto en sus años infantiles,

cobraba una fuerza entrañable y tenía un matiz hondamente sugestivo.

Pues entonces —se dijo—, siendo él de Huarochirí y debiendo estudiar medicina, podía tener más acceso a las fuentes que los autores del trabajo en cuestión y arrancar, por añadidura, otros misterios.

Ése es el cráneo al cual el sabio señalaba siempre como el factor más decisivo y el punto de partida para la elección de la antropología por carrera.

CON EL GOBERNADOR DE HUANTÁN

Tenía el arqueólogo veinte años de edad (1901) y cursaba a la sazón, segundo año de ciencias, cuando, lejos de disfrutar su vacación, por sugerencia y encargo de su maestro, el sabio Sebastián Barranca, organizó su primera salida científica. Había elegido la provincia de Yauyos para estudiar la lengua cauqui, la flora, la fauna y el folklore.

Como era un jovencito, no podía, pues, darse trazas para organizar su expedición con gente extraña ni mayor que él, quizás no hubiera podido influir ni mandar; eligió a dos coterráneos suyos que gustaban también de ese tipo de investigaciones: Julián Macavilca y Sixto Inga [1], de manera que los tres huarochiranos hicieron su aparición por los dominios de los yauyos.

Ningún contratiempo se les interpuso hasta llegar al pueblo de Huantán. Y parecía que la presencia de ellos no llamaba la atención de nadie; sin embargo, el Gobernador de este lugar no los vió con buenos ojos, porque, según pensaba, los tres muchachos no parecían llevar intenciones cristianas, pues, ¿qué significaba eso de vagar por su jurisdicción recogiendo hierbecitas, florecillas silvestres, preguntando sus nombres y cualidades que nadie las ignoraba, averiguan-

[1] Apuntes Biográficos, etc. Mejía Xesspe.

do cómo vivía allí la gente, etc.? En consecuencia, puso alerta a sus alguaciles.

Si el Gobernador había entrado en desconfianza, más aún podían sentirla sus alguaciles; por consiguiente, éstos, como quien no da importancia a los forasteros, fueron siguiéndoles los pasos indagando también por todo lo que preguntaban. Terminaron por creer que no llevaban buenas intenciones.

Puesto al tanto el Gobernador de todos los movimientos, concluyó por convencerse que eran gente sospechosa, pues, ¿qué significaba eso de que anduvieran preguntando el nombre de las plantitas, de cómo marcaban sus animales, los de esa comarca, cómo se enterraban, qué ceremonias hacían en los matrimonios, cómo se llamaba aquel cerro, aquella garganta, etc.? Eso era entrometerse en la vida ajena, y dió orden de detención. Los llevaron a la cárcel.

Foete en mano fué el Gobernador para interrogarlos. Pero, documentos a la vista, recomendaciones donde se pedía a las autoridades toda clase de facilidades para los tres y, amén de eso, largas explicaciones donde Tello le manifestaba en el lenguaje más sencillo los objetivos que perseguían con todo aquello que los huantanenses creían patrañas. Aunque el Gobernador no alcanzaba a comprender qué tenía que ver con la ciencia el que ellos se casaran de una manera u otra, ni quién hablaba mejor el cauqui, terminó poniéndolos en libertad.

JUSTO POR PECADOR

Vivía Tello en casa de la señora Amalia de la Fuente viuda de Piérola, y era casi habitual que al regresar de la Escuela de Medicina o de la Biblioteca Nacional, donde estudiaba y trabajaba, respectivamente, encontrase a la señora molesta por las majaderías de Macario. El sirvientito era un cimarrón incorregible, de manera que mandarlo a hacer compras era como si se le hubiera mandado de francachela, porque las horas pasaban y el granuja no tenía cuándo regresar.

El primer disgusto lo daba por la mañana. Dormía igual que un lirón, porque para hacerlo despertar había que darle de gritos y samaquearlo repetidamente. Y a veces, estando despierto, no le iba en gana obedecer a la sirvienta, de manera que la misma patrona se veía precisada a ir a darle de gritos. En más de una ocasión, a pesar de todo eso, siguió muy suelto de huesos tirado en su cama.

—¡Ajá!... ¡Con que así está el malcriado ese, no? Ya verá mañana cómo lo hago saltar de la cama —comentó el futuro antropólogo al escuchar las quejas de la señora.

Macario, medio que husmeó que el señor Julio César le estaba preparando una celada. Por algo estaban buscando un látigo de tres ramas que andaba olvidado entre unos cachivaches del altillo. Pero el sirvientito, pese a tener po-

cos meses de residencia en Lima, sabía las de Quico y Caco.

Tello, como era su costumbre, se levantó antes del alba ya que, poniéndose a estudiar desde altas horas de la madrugada, podía compensar el tiempo que perdía en el trabajo. Cuando comprendió que era hora de despertar al peje, tomó el chicote y allá fué. Entró sigilosamente al cuartito donde dormía y vió que el zamarro se había tapado hasta la cabeza.

Y, ¡zuá!, le cayó el primer latigazo. Como no se moviera, le endilgó otro y en seguida otro más fuerte, pero, Macario nada de moverse.

Sin dilación le fajó otro latigazo con todas sus fuerzas y nada de poder despertar al dormilón. Descargó varios más y todo resultó inútil. Y como eso no podía ser normal, creyó que el muchachito estaría muerto. Con tal aprehensión se le ocurrió levantar la frazada para verle la cara y por cierto que no dejó de llevarse un pequeño susto.

El granuja, adelantándosele, había cogido el esqueleto en que Tello estudiaba y lo había acomodado en su cama tal como él acostumbraba a encogerse. La partida estaba ganada y Macario, escondido por allí cerca, atisbaba el castigo que le propinaba al esqueleto.

Datos del Prof. Oscar Santisteban Tello.

POBRE, PERO NO TANTO

A los dos días del fallecimiento del sabio Tello, apareció en el diario "La Tribuna" un artículo bajo el epígrafe: "Julio C. Tello, amauta preclaro", y en el que su autor narra dos circunstancias de su vida, las dos veces que lloró, hechos que el sabio solía contar con cierta preferencia. Sin embargo, se exagera allí su pobreza hasta llevarla a lindes rayanos en la servidumbre, lo cual se aleja de la verdad. Posiblemente de ese artículo han sido tomados datos para algunos esbozos biográficos que, en resumen, han elevado su pobreza al cubo. Por ejemplo, un folklorólogo lo pinta como hijo de humildísimos labriegos. ¿Para qué exagerar tanto?

Semejante pobreza de Tello no es exacta, y menos que viéndose por tal hecho sin tener en Lima un rincón en el cual cobijarse, fuera alojado por el Tradicionista Palma en un rincón de la portería de la Biblioteca Nacional. Y como en el citado artículo se atribuye aquel refugio merced a su amistad con el señor Vital Palma y no al Dr. Ricardo Palma, a quien mencionaba siempre el sabio, me acerqué donde este distinguido maestro y médico, para constatar si aquella referencia era cierta. Me aseveró que es errónea. Tenía que ser así, porque el padre del sabio era dueño de una casa que, hasta la fecha, conservan sus des-

cendientes en la calle Ilave 464, y es allí en donde Tello vivió durante los primeros años de su llegada a Lima, hasta cuando pudo pagar el alquiler de una habitación en el centro de la ciudad.

Hay que convenir que el padre y los tíos eran pobres, pero eran de esos pobres que tienen tierras, ganados y que, además, eran los que mandaban en Huarochirí, tanto que la Alcaldía y la Gobernación estaban frecuentemente en manos de Julián Tello, progenitor del sabio, y de su tío Luis. A este último Piérola le dió el grado de coronel, posiblemente porque fué quien atacó a los chilenos cuando éstos cometieron atropellos en Huarochirí, y porque anduvo además en la coalición. Por añadidura, el hecho de que el padre del antropólogo pensara que la mejor herencia que podía dejar a su hijo era la educación, sacándolo de su ambiente poblano para matricularlo en uno de los mejores colegios de Lima —del Dr. Pedro A. Labarthe— y en donde el sabio conoció al Dr. Ricardo Palma, no es modo de actuar de humildes labriegos.

Además, el artículo en cuestión señala que el sabio no tenía qué comer y que sabiéndolo el Tradicionista, para no disgustar a su esposa, hacía que le llevara la correspondencia a la hora del almuerzo y que entonces aquél le preguntaba si había almorzado o no, y que al responder negativamente el futuro sabio, lo invitaba. Quizás alguna vez haya ocurrido ya que mientras Tello no recibiera sobre todo el primer mes de sueldo, no tenía cómo pagar su alimentación. Una golondrina no hace verano. También pienso así porque el sabio contaba, rememorándolo con cariño, que la correspondencia del Tradicionista solía llevársela por las noches, ya que a esas horas estaba libre, no tenía labores en la Biblioteca ni tenía clases, y que la

entregaba cuando ya estaba en cama en donde el célebre escritor la leía.

Veamos cómo fué a parar en la Biblioteca Nacional.

Tello era pensionista de una familia acaudalada conocida del padre y, por aquellos motivos, la pensión le resultaba baratísima, de manera que salir de allí significaba perder los estudios ya que no iba poder hallar un lugar en donde le dieran alimentación y casa por precio siquiera igual. Pero, cierto día, el dueño de casa se dió cuenta de que la más hermosa de sus hijas estaba enamorada del futuro sabio. Quiso pues poner coto a aquellos finteos amorosos ese mismo día y, cuando Tello llegó, lo esperaba una desagradable sorpresa, su cama y sus libros habían sido arrojados a la azotea, quedándose por tanto sin tener otro lugar en donde refugiarse. Por lo demás las perspectivas eran ófricas ya que el padre no iba poder aumentarle la exigua mesada.

Pues comprendiendo Tello que no podía permanecer un minuto más en tal casa, se fué en pos del último recurso, donde su mejor amigo y condiscípulo, el Dr. Ricardo Palma. Éste al ver que el caso de su amigo era apremiante ya que de otro modo no podía tampoco continuar sus estudios —cursaba a la sazón premédicas— le habló a su progenitor. Enterado el Tradicionista de la contracción y la seriedad de Tello, le dió una modesta colocación en la Biblioteca Nacional, colocación que días más tarde la dejó porque fué ascendido a Oficial Conservador de la misma al surgir una vacante.

Cuenta Mejía Xesspe en sus apuntes biográficos sobre Tello, que, al darle el Tradicionista el cargo, le dijo: "Aquí tienes el archivo del saber humano. Si tú eres capaz de conocer y distinguir las obras literarias y científicas siquiera

por el forro, entonces cuenta con mi decidido apoyo para que seas un gran bibliófilo".

Pero como el acaudalado señor que lo echaba de su casa, por razones de la amistad que dispensaba al progenitor sabio, no iba a entregarle su cama, el futuro antropólogo solicitó al Tradicionista una carta en la que manifestaba que habiéndole dado un puesto en la Biblioteca Nacional, le suplicaba entregase las pertenencias a su pensionista. Se comprende que fué en esas circunstancias en que Tello se alojó momentáneamente en la portería de la Biblioteca Nacional, porque pronto se instaló en la calle Comesebo ya que el puesto le permitió alquilar una habitación y costear sus estudios sin la ayuda paterna.

Pero, concluyendo la anécdota, cuando el caballero aquel recibió la misiva firmada nada menos que por el Tradicionista Palma, se sorprendió, pues era carta de un hombre de letras ya célebre y queridísimo de todos. Trató de retractarse, pero el camino estaba ya iniciado y el pensionista cambió de domicilio.

¡Y lo que son las cosas!... El padre aquel que había impedido los amores de su hija con el estudiante de premédicas, fué precisamente quien le dió una comida cuando se graduó por aclamación y por primera vez en la historia de la Universidad Mayor de San Marcos. Probablemente vería que se vislumbraba un porvenir brillante y extraordinario para Tello; al menos de aquella casa salieron cartas gratas cuando se hallaba estudiando antropología en la Universidad de Harvard.

¡KÓRCHOLIS!

¡Kórcholis! Tal la palabra de admiración favorita del sabio en la intimidad. Sus colaboradores nunca tuvimos la curiosidad de preguntarle el significado de aquella palabreja. Estuve en la creencia de que sería una de las creaciones de su hija Elenita a cuyo gracioso repertorio único en su género debía el antropólogo algunas palabras de uso interno. Sin embargo, leyendo *Evolución*, el periódico que sacaban sus partidarios cuando la campaña electoral que lo llevó al Parlamento, vine a encontrar un eslabón más.

En una de sus épocas de estudiante y empleado al mismo tiempo —sobre todo en los fines de mes— muchas veces andaba de dieta forzosa. Se alivió un poco tal situación con la llegada de su sobrino Horacio Tello que, entre otras gracias, tenía la de cocinar más o menos pasablemente papas sancochadas y arroz con arvejitas. De manera que cuando fallaba el bolsillo recurría a su compañerito Horacio, que con medio kilo de arroz y un centavo de arvejitas tenía para un buen almuerzo y, amén de eso, para la comida.

Pero al fin, por más necesidades que uno pase, el estómago es estómago y no deja de pedir cumplidamente sus cotidianas raciones y, si a mano viene, protesta de la re-

petición diaria del menú, por consiguiente el sabio dijo un día a Horacio:

—¿Cómo podrías variar un poco el menú? Toda la vida estamos con arroz y arvejitas. . .

Horacio tomó nota y en la siguiente ocasión, de veras que varió en algo al menú. Cierto que el arroz con arvejitas le cansaba a él también y había forma de cambiar o hacer algo. Así, cuando el tío le preguntó después qué cosa había cocinado, respondió tranquilamente:

—Hoy hice arvejitas con arroz.

Pero esto de estar constantemente a punta de arroz con arvejitas unas veces y arvejitas con arroz otras, le iba formando un sentimiento de admiración incondicional al rótulo del macaco Wing Wo Ching, que tenía su negocio allá por la calle Comesebo, por donde el futuro científico vivía. El tal rótulo no tenía sino dos palabras: KÓRCHOLIS, fonda.

Las ilusiones iban y volvían. Poco, muy poco le faltaba al futuro profesional para verse en su consultorio allá por los Barrios Altos, en Los Naranjos, con Horacio recibiendo pacientes y él atendiéndolos. No sospechaba que los pacientes —cual rara avis—, el día que los había, no iban sino a interrumpirle en lo mejor que se hallaba estudiando cráneos y huesos gentílicos.

Así se le presentaba el panorama y era lógico que cada vez que pensaba en un buen sancochado se le fuese a la imaginación el bendito Kórcholis, que aunque fonda de mala traza, fonda al fin, más aún por su cocinero que hacía delicias con una sazón de chuparse además los dedos y, amén de todo eso, eran tiempos en que la buena carne, el arroz de primera, las yucas y demás productos, no sólo estaban al alcance de los acomodados, sino también de los

más pobres. Tello era pobre, tal la razón para que muchos de sus compañeros le tuvieran envidia ya que, mal que les pesaba, su situación económica no era un obstáculo para que siempre estuviera a la cabeza de todos en los estudios. Tal pues el móvil por el cual esa palabreja, Kórcholis, cobrase un tinte fascinante, de interjección alegre y vivo recuerdo.

Sin embargo, Kórcholis le trajo también algún mal recuerdo. Porque un gran día en que cayó dinero al bolsillo, Tello se encaminó derecho al apetecido Kórcholis llevando tal hambre y tal entusiasmo por un plato soñado y, tan pronto como tomó asiento, gritó:

—¡Mozo! ¡Un lomo saltado y montado, bien encebollado, con bastante tomate, y todo abundante! ¡Pago el precio!

Tal fué la prepotencia con que pidió y el poco temor que le inspiraba la tarifa, que el cocinero, lleno de curiosidad, quiso ver quien era aquél raro parroquiano. Efectivamente, Tello también —según contaba— lo vió asomarse medio agachado por la ventanilla por la cual pasaban los platos. Vió que lo contemplaba muy serio y por último, moviéndole la cabeza afirmativamente, sacó la mano mostrándole la palma como quien dice, ten paciencia que ya verás lo que es bueno.

Y quien lo hubiera creído que, después de una espera que le pareció una eternidad, el cocinero cumplió con su significativa oferta. Le llegó un oloroso y soberbio platazo de lomo saltado, superencebollado y coronado por un gran huevo frito. Hay que pensar cómo sería. . ., porque los platos que hoy usamos, son como los de postre de esos tiempos —con razón, hace poco un anciano refunfuñaba delante un plato de caldo: "qué jeringa —decía—, a lo

que hemos llegado, estos platos y estos cubiertos parece que fueran de juguete . . .".

Pues le sirvieron al futuro sabio un lomo saltado al estilo Kórcholis, en tal forma que le ocasionó una tremenda indigestión que lo postró varios días y dejándole tal recuerdo que jamás lo olvidó.

EL BRUJO

Los inquilinos de un callejón de la calle Comesebo ya se habían acostumbrado a la presencia de un raro vecino, un jovencito que no había hecho amistad con nadie, de manera que no sabían cuáles eran sus actividades.

Se le veía salir muy temprano y llegar tarde, y siempre con libros bajo el brazo. Esto de los libros era lo que sacaba de quicio a varios vecinos, muy especialmente a los oriundos de Lima, que veían que podía superarlos e ir muy lejos, pero, al final de cuentas terminaban convenciéndose que "el serrano" no era estudiante, porque más parecía que los libros que cargaba trataban sobre magia negra puesto que ya algunos vecinos habían husmeado por la claraboya teatina de su cuarto y se habían horrorizado de ver millares de calaveras —cerca de mil— cuidadosamente apilonadas sobre cajones, por consiguiente, eso de dormir rodeado de rumas de cráneos no podía ser otro testimonio que el de un brujo recalcitrante, del brujo más raro del mundo.

A fines del año 1908, el cuñado de Tello, Patricio Santisteban, llegó hasta el callejón conduciendo algunos bultos muy mojados porque los había traído desde Huarochirí y en todo el trayecto les había caído la lluvia. Lo raro era que apestaban a demonios y esto fué lo que precisamente

despertó la curiosidad de algunos vecinos, muy particularmente la de un negrito.

Al negrito se le había puesto entre ceja y ceja el saber qué clase de carga era la que el extravagante vecino había recibido. Pero al mismo tiempo tropezó con el inconveniente de que por aquellos días, como nunca, "el brujo" no salía a la calle y por tanto no podía treparse al techo para asomar por la claraboya. Sin embargo, pudo atisbar por el hueco de la cerradura de la puerta, y ¡qué... vió!... Estaba "el brujo" con una calavera en la mano, hablándole, señalándole la frente con el dedo y dirigiéndose de rato en rato a las demás calaveras que le miraban de todas partes. ¿A qué venía, pues, eso de hablar con los cráneos?

Asustado de lo que acababa de ver, el negrito fué a contarlo a sus padres, pero como éstos ya sabían de que aquél era el brujo, no le dieron mucha importancia y la curiosidad del "cutatito" se quedó en las mismas.

Sin embargo, el vecindario sintió nuevamente un comején cuando una mañana el vecino aquel llegó acompañado de un cochero y los dos empezaron a sacar varios costalillos indudablemente llenos de cráneos. Todos empezaron a creer que "el brujo" se trasladaba a otro callejón.

Mas como los comentarios iban y volvían, el negrito de la historia se sintió alentado, e intuyendo que Tello no volvería pronto, subió sigilosamente al techo, dió un vistazo por la claraboya y, ¡cáspita!... se dió con un cuadro realmente macabro. Había un cadáver "descompuesto" en una mesa y tal fué su impresión que le faltó poco para caer desmayado.

Pero el tal "cadáver" no era sino una de las momias que se habían remojado en el trayecto de Huarochirí a Lima. Sin embargo, esto no era una razón para que la noticia dejara de cundir en un santiamén entre todos los

inquilinos del callejón que pronto se arremolinaron delante la puerta del "brujo", disputándose el hueco de la cerradura y los resquicios para contemplar la horrible escena. Incuestionablemente todos quedaron convencidos que el tal brujo era un terrible asesino y que la bárbara cantidad de cráneos que había acumulado no eran otros que los de sus víctimas.

No hubo una persona que no dejara de horrorizarse del macabro caso. Fué entonces cuando se abismaron al pensar en cómo así aquel hombre "terrible" podía haberse granjeado la amistad de la dueña de la finca, que amén de todo eso lo trataba como a un señor. . . y todavía, a un serrano. Se explicaron entonces que no había hecho amistad con nadie para que no le descubrieran.

Inquietos, precipitados y seguros de que había un monstruo en la finca, los vecinos se pusieron en acción. El descubrimiento no podía quedar impune y por consiguiente fueron a sentar la denuncia en la Comisaría respectiva. Allí, pronto se convencieron de la veracidad del móvil de la denuncia y sigilosamente tendieron la red para capturar al "brujo" sin que éste lo sospechara. Para facilidad de la pesquisa se informaron todo lo concerniente a las costumbres del denunciado y se pusieron a espiarlo durante todo el día, y como no retornaba, pues lo esperaron toda la noche y la madrugada. Caso raro, fuera de lo acostumbrado, "el brujo" no retornó. Mas entretanto un diario daba la noticia con alarma.

El caso es que esa mañana la policía ya estaba enterada de que el inquilino en cuestión se llamaba Julio Tello, pero, deseosa de capturarlo en el sitio, seguía vigilando su departamento. Mientras, la vecindad tejía la versión de que habría sospechado de que le seguían los pasos y que a esas horas estaría fugitivo, quizás camino a la sierra.

Pero a pesar de todas aquellas pruebas irrefutables y pese a las suposiciones bien fundadas, vieron con sorpresa los denunciantes, que la vigilancia cesó de repente. ¿Pero qué era lo que ocurría?

La policía estaba ya enterada por el diario "El Comercio" que "el brujo" no había ido a dormir porque, por vez primera en su vida, se las había pasado parrandeando en compañía de sus amigos y compañeros de estudios, entre abrazos de felicitación y copas por el triunfo. Acababa de hacer realidad el máximo sueño de su vida, y en qué forma, en la más brillante de los anales universitarios.

Es que en momentos en que los vecinos se arremolinaban horrorizados delante su puerta entre maldiciones y protestas, en esos mismos instantes Tello, ignorando el tremendo alboroto, optaba el grado de médico, rodeado de sus calaveras lesionadas por la sífilis, exponiendo, discutiendo, refutando y demostrando incontrovertiblemente que los flagelos de ese mal eran en el Perú tan viejos como los primeros pobladores, pues tal era su tesis. Tan brillantemente lo hizo, que fué el primer caso de la historia de la medicina peruana, en que un alumno se graduaba por aclamación, tanto que recibía los más cálidos elogios de los miembros del jurado [1].

[1] El diario "El Comercio" del 17 de noviembre de 1908, bajo el título de "Grado Notable" dijo lo siguiente:

"La base principal del Sr. Tello está fundada en una colección de cerca de mil cráneos que personalmente fueron extraídos por él de las habitaciones y tumbas pre-incaicas existentes en la Provincia de Huarochirí. Entre estos cráneos tan sólo la sección de ejemplares trepanados, es superior en número y mérito a la mejor de cualquier museo de Europa o América. El grupo de ejemplares que presentan lesiones sifilíticas tiene una importancia indiscutible, pues hasta el presente, ni aún en las discusiones de los grandes congresos científicos se han visto reunidos tantos modelos que presenten, de modo que no admite duda, las huellas dejadas por el proceso sifilítico.

"El señor Tello, ha merecido una distinción que no ha alcanzado es-

Tal había sido la razón por la que, días antes, cerrado en su cuarto, con un cráneo sifilítico en las manos, lo observaba y hablaba como si estuviera ante el jurado, en los precisos momentos en que el negrito de marras estaba observándolo a través del hueco de la cerradura. Y el negrito este tuvo la culpa para que todo el callejón se pusiera silencioso cuando Tello llegaba, porque se sentían avergonzados por el ridículo y trataban de no darle la cara.

tudiante alguno, pues tras dos horas de sostenida discusión sobre los puntos culminantes de su trabajo, en que fué objetado por los doctores Avendaño, Lavorería y Gastañeta, el Decano de la Facultad, doctor Manuel C. Barrios, pidió que la tesis fuese aprobada por aclamación. El doctor Lavorería, que como muchos otros catedráticos ha estudiado detenidamente la colección de cráneos, dijo, que teniendo en cuenta que era de superioridad incontestable a todas las conocidas debería gestionarse con el Gobierno su adquisición para la Escuela de Medicina. Varios catedráticos se adhirieron al pedido y el señor decano ofreció hacer las gestiones del caso. Los doctores Avendaño y Gastañeta, pidieron que no solamente se insertase el trabajo en los anales universitarios, sino que la universidad hiciese una edición especial para darla a conocer al mundo científico.

"Terminado el acto los compañeros del señor Tello le hicieron una manifestación de simpatía".

UN BANQUETE EN EL MAURY

Si se hubiera recopilado un anecdotario del Hotel Maury, posiblemente se habría tenido un sugestivo manojo de matices escapados de nuestra historia nacional, pues por allí desfilaron también muchos de los hombres que trazaron la ruta de nuestra historia y nuestros diversos campos.

Acababa de llegar de París nada menos que Francisco García Calderón y sus amigos organizaron un banquete en su honor, naturalmente que para ello eligieron uno de los más lujosos lugares de Lima, el Maury.

Como el ágape lo tenía que ofrecer el Tradicionista Palma, al ver éste a Tello, que acababa de dejar la Biblioteca Nacional para abrir su consultorio, le preguntó si ya se había adherido al agasajo. El futuro sabio le respondió que no, sin duda porque el valor del cubierto era diez soles, es decir, suma que entonces no podía distraer porque todavía no tenía pacientes y necesitaba ese dinero para cosas más imperiosas. Sin embargo, el Tradicionista le insinuó que hiciera un esfuerzo, que no le pesaría.

Cuando Tello acudió al banquete, encontró que los lujosos salones del Maury estaban llenos de gente de lo mejor de la sociedad limeña, se hallaba también parte de la intelectualidad. Si bien él era de los que no se amilanan ante circunstancias como éstas, pero al menos, no era muy grato

hallarse entre miembros de una sociedad que más que todo rendía culto al abolengo. ¿Qué podía pues esperar Tello cuyo sustento eran su decisión, su tenacidad y su talento? Empero, el espíritu amplio de don Ricardo Palma le tenía una sorpresa.

Cuando el Tradicionista al ofrecer el agasajo, tras hacer énfasis en la reputación que iba conquistando Francisco García Calderón, se explayó en los méritos de aquella generación, dijo que era justo declarar solemnemente que de ella sobresalían tres lumbreras: Francisco García Calderón, José de la Riva Agüero y Julio C. Tello. Hubo un silencio al oír este nombre que no era altisonante ni conocido, además el Tradicionista lo señaló como a un joven científico de brillante futuro, suscitando así curiosidad, curiosidad que seguramente desagradó a la mayoría porque no era un hombre de tez blanca, sino de fisonomía y color netamente indios.

Pero la impresión que esas palabras tuvieron para el sabio fué inefable. En cuanto llegó a su humilde cuarto, lloró, y lloró tiernamente porque ese contraste con su pobreza material, llevó a su memoria aquella larga lucha tenaz que tuvo que sostener con la necesidad. Por fatal designio, su padre que tanta fe tenía en el triunfo de su hijo, había muerto hacía años sin ver lograda la forja de su hijo.

Aquellos tres hombres citados en el banquete alcanzaron mucha reputación. Cabría solamente preguntarse si los otros dos fueron también como Tello ante los ojos de sus colegas de diversos países, cada cual un coloso en su especialidad.

LOS DOCE SABIOS

Se hallaban en Londres, a fines del año 1911, los doctores Julio C. Tello y Ricardo Palma como delegados del Perú ante el XVIII Congreso Internacional de Americanistas. Aparte de esto, se trataba de dos grandes amigos, pues, juntos habían cursado la instrucción secundaria, juntos ciencias y asimismo medicina.

El Dr. Palma, que contagiado de Tello y estudiando en sus ratos libres, sabía tanto de antropología física y arqueología que hacía también honor a su delegación, por añadidura, él y su compañero eran los Benjamines del Congreso aquel.

Pero hasta allí no se podía haber dicho cuál era el concepto que los sabios de varios países tenían del joven antropólogo peruano Julio C. Tello. Es verdad, la obtención de su grado había sido notabilísimo, al extremo de hacer historia en la medicina de nuestra Patria [1], el primer grado por aclamación, pero, allí en Londres se trataba de un Congreso de Americanistas y, por tanto, de los más llamados a juzgarlo y nadie por consiguiente hubiera pensado que habrían de señalarlo como a un sabio, menos siendo él todavía muy joven para ello y siendo costumbre nuestra

1 1908. "El Comercio" del 17 de noviembre.

en tales casos, reclamar experiencia, como si los estudios no comunicaran nada de tal cosa.

Pero un día de aquéllos, hubo un paréntesis en las reuniones científicas del Congreso, porque la Universidad de Oxford confería el grado de Doctor Honoris Causa al representante de los Estados Unidos de Norteamérica, Dr. Franz Boas.

Es probable que el Dr. Boas se sintiera orgulloso de ver a su discípulo Tello entre los doce sabios, porque él, juntamente con los profesores Frederic W. Putnam, Roland B. Dixon, Pliny Earle Goddard, Alex Hardlicka y otros [2], lo habían formado científicamente cuando era alumno becario de los cursos de antropología física, arqueología, etnología y lingüística en la Universidad de Harvard hasta hacía apenas un año.

La ceremonia se vislumbraba pues solemne. El enorme paraninfo universitario estaba engalanado y lleno de concurrentes. En el proscenio había doce sabios, eran el Presidente de la Sociedad Geográfica Real de Londres y a la vez Presidente del XVIII Congreso de Americanistas, Sir Clement Robert Markham —por añadidura gran amigo del Perú y del Tradicionista Palma—, luego estaban también el Prof. Cápithan, del Museo Etnográfico del Trocadero de París, el Presidente de la Universidad de Cambridge, el Director del Museo Fur Voelkerkunde de Berlín, Prof. Eduard Seler, el delegado argentino Prof. Lafón Quevedo, el Jefe del Departamento de Arqueología y Etnografía del Museo Británico, Prof. Thomas Athol Joyce y siete sabios más entre los que estaban el delegado peruano

[2] 1948. Apuntes biográficos sobre el Dr. Julio C. Tello. Toribio Mejía Xesspe.
1956. Datos verbales proporcionados al autor por el Dr. Ricardo Palma.

Dr. Tello, cuya designación más reciente era la de Secretario de la Sección de Antropología de ese Congreso.

Probablemente los concurrentes a la ceremonia en referencia que más o menos conocían la personalidad de cada uno de los delegados pensarían en el motivo por el cual Tello estaba entre los doce sabios y, lo más singular del caso, que no había otro latinoamericano entre aquellos doce, no obstante la concurrencia de hispanoamericanos prominentes y de más edad que Tello que a la sazón contaba 30 años de edad. Pero su inclusión entre aquellas grandes figuras de las ciencias antropológicas, se debía nada menos que a la profundidad y novedad de sus trabajos presentados en ese certamen: *La antigüedad de la sífilis en el Perú* y *La trepanación de los cráneos prehistóricos entre los antiguos yauyos del Perú.*

Cuenta el Dr. Ricardo Palma, que se hallaba entre los demás delegados, sentado junto al representante chileno Dr. José Toribio Medina, que también estaba en el llano. . ., y quien, dicho sea de paso, trataba al Dr. Palma con cierta intimidad por cuanto era amigo de su padre, el Tradicionista, de manera que en plena ceremonia el sabio José Toribio Medina le dijo en voz baja.

—Fíjate dónde y entre quiénes está tu cholito. Si tú cuentas esto en Lima, nadie te cree.

Y tal cual presintió el delegado chileno, cuando el Dr. Palma refirió el caso en Lima, no le creyeron.

LA PROFESORA

Se hallaba el antropólogo haciendo estudios no recuerdo en qué lugar de la provincia de Yauyos, cuando se le acercó a presentarle sus saludos la directora y profesora única de la escuelita mixta del lugar. Seguramente la maestra, o maestrita como dicen quienes no han reflexionado en lo arduo de su noble labor, se sentiría más pequeñita que una violeta junto a un cacto ya que la fama del arqueólogo era tal que, cuando sólo contaba con treinta y dos años de edad, un Presidente de la República Argentina dijo, refiriéndose a él que "jóvenes del valer de Tello honran no sólo a su patria sino al continente en que han nacido".

De su conversación con ella el sabio subrayó que la profesora hablaba monosilábicamente. Por añadidura su voz era tan tenue y delicada, que apenas se le oía, dando, en suma, la impresión de una muchacha muy tímida.

Pasaron algunos días cuando nuevamente volvió a presentársele; esta vez lo invitaba a almorzar en su escuela, pues anhelaba el grande honor de tenerlo como huésped de su pequeño templo del saber.

Cuando el antropólogo penetró a su escuelita accediendo a tan gentil invitación, se conmovió tanto de la pobreza de aquel recinto subdividido, como por el aroma de patriotismo que allí se respiraba. Era tal el olvido en que se desen-

volvía esa escuelita, que ni sus paredes habían podido ser enlucidas. No había carpetas ni sillas. Lo único que veía alineados en los saloncitos que disponía eran unos cuantos banquitos circulares hechos de troncos de maguey y, en algunos casos, hasta adobes y piedras.

Pero, en cambio de tanta miseria material, emanaba por todas partes un vigoroso sentimiento patriótico que no dejaba de impresionarlo porque ése sí que era un patriotismo sincero, grande y elocuente en medio de todo, desinteresado en rigor y, en justicia, muy común en las escuelas de los pueblos andinos. Por aquí y por allá se veían los colores patrios, ya en toscas banderitas de papel, ya en las cadenetas y en los quitasueños. Luego la bandera estaba extendida bajo un Corazón de Jesús que, a sus lados, tenía un Bolognesi y un Grau lamentablemente dibujados, pero que, al fin, llenaban su cometido. Numerosas figuras adecuadas recortadas de revistas cubrían los restantes vanos de las salitas.

En el extremo de un corredorcito, bajo frescas y fragantes enredaderas floreadas, estaba la mesa lista y adornada con sendos ramos de flores. Había, pues, suma sencillez y un gran deseo de halagar al ilustre visitante.

Era el sabio quien hablaba, porque, tanto la anfitriona como sus acompañantes permanecían casi mudas, como si las hubieran llevado hasta allí a empujones. Y como quien quiere convencerse de que no eran mudas, el antropólogo les daba ocasión a que echasen también sus cucharadas en la conversación, haciéndoles preguntas acerca de aquellos lugares o lanzándoles parla de arrieros, es decir, de cómo se presentaba el tiempo, si hacía frío, si calor, si iba a llover o no. Pero, ellas, siempre se aferraban a sus monosílabos y a cada momento la conversación se cortaba.

Llegó, por fin, la hora de ofrecer el ágape y, ¡kórcholis! —usando la palabra favorita del sabio—, fué allí cuando la

profesora, tímidamente, se puso en pie. Miró al invitado, luego al techo, alentándose íntimamente, y arrancó invocando a las musas. A poco de perorar subió el tono con tal rapidez que pronto Tello empezó a sorprenderse, ya que como quien se caldea más y más, así fué subiendo la potencia de su voz a la vez que acentuaba también su accionar y ponía una mirada valerosa.

Barajó a la primavera y las flores con Manco Cápac, con Humboldt, Raymondi, San Martín, Bolívar, Grau, Bolognesi, Rubén Darío y a tantos más con una exaltación que era difícil creer que ésa era la muchacha de voz suavísima y apenas perceptible. Tan vigorosos eran sus gestos y su voz que, conmovido, veía el sabio cómo, por la angosta frente de la profesora, brotaban abundantes y grandes gotas de sudor.

Tan candorosa era la escena, que el antropólogo apuntó para sí: "¡Qué generosa es esta maestra! Quizás nunca habrá leído nada mío, pero ahí está, señala nuestro pasado y, lo que es más, se enorgullece del Perú".

EL DEFENSOR

Cabalgaba el antropólogo por un camino de Yauyos, cuando vió que a lo lejos le llevaban la delantera un hombre y una mujer al parecer cónyuges, lo que le hizo pensar en cómo iba esa pareja a pie y por camino tan áspero, indudablemente tranquilos y resignados con su destino. Pues la gente pobre y estas escenas de cariño y comprensión congugal o amorosa eran las que, fuera de los motivos arqueológicos, lo conmovían, al menos solía destacarlos. Tan así era que siempre recordaba a un paisano suyo que todos los días, religiosamente, recorría diez kilómetros para estar un instante con su enamorada.

Estando ya más cerca de la pareja advirtió que hablaban en voz alta y empezaban a gesticular. Era indudable que discutían acaloradamente. Y al estar el sabio a media cuadra de ellos, vió que de las palabras pasaron a los hechos. Se trenzaron a golpes.

Como la mujer, además de su natural inferioridad física, llevaba un atado grande a la espalda que le impedía repeler al agresivo marido que, por añadidura, nada cargaba, era justo que inspirase mayor compasión aún. Tello se indignó, y más todavía cuando vió que el hombre la emprendió violentamente a puñetes. No pudo contenerse y gritó con todas sus fuerzas para hacer que el malandrín se detuviese:

—¡Hey, miserable! ¡Salvaje, deja a esa mujer!... ¡Déjala, bellaco! —repetía.

Pero el sujeto no estaba para escuchar a nadie y siguió castigándola a diestra y siniestra y con ensañamiento. Uno de aquellos puñetazos le acertó en la cabeza y el sombrero fué a parar lejos. Por último acertó tal golpe en la cara que la derribó más que todo ayudado por el atado que llevaba a cuestas que la jaló de espalda. Verla caída fué mejor para el montaraz, pues empezó a darle de puntapiés mientras la pobre mujer pugnaba inútilmente por levantarse.

Tal era el ensañamiento con que el rústico e iracundo sujeto pegaba a su mujer, que el antropólogo, indignadísimo espoleó su caballo, y llegando junto a él sin rodeos lo cogió a riendazos. Pero hasta allí nada impedía al sujeto para que cesara de dar puntapiés a su mujer, hasta que el sabio empezó a descargar sus riendazos en la misma cabeza del agresor; sólo así fué que el enfurecido marido echó a correr seguido del sabio, que iba dándole riendazos a diestra y siniestra.

La mujer, imposibilitada de levantarse debido al atado que llevaba, pero al menos libre ya de los puntapiés que menudeaban sobre sus nalgas, aflojó su carga y se levantó sin gran esfuerzo, pero se levantó llevando algo en las manos y avanzando directamente hacia donde estaba su defensor ya tranquilo por haber puesto en fuga al malhadado marido. Se hubiera dicho que iba a agradecerle por tan oportuna como noble intervención. Pero al llegar hasta él que, colérico, censuraba la actitud del marido, lo miró con extrañeza, acercándose con cautela y estando ya casi a su lado, exclamó con tono airado:

—¡Ajá! ¿no? ¡Conque habías pegao a mi marido! ¿no? ¿Con qué derecho, já? ¿Quién eres tú, já? ¿Acaso eres su papá, já?

El sabio se quedó estupefacto y sin tener tiempo para reponerse de la sorpresa, esquivó una piedra que por un pelo no da en el blanco. Al ver la mujer que había errado el tiro, sin dilación corrió a coger otra piedra, tal furia mostraba que al antropólogo no le quedó más solución que poner pies en pólvora, porque aquélla había reventado como un triquitraque y a esas horas más parecía una legión de demonios.

Por si acaso uno se viera en trance semejante, conviene recordar que, cuando el marido canta y santigua a su mujer, es que la ciudadana entra por el camino a la salvación.

EL ORITO

Las muchachas más notables de cierto distrito cisandino quisieron tener el honor de hacer que el sabio Tello almorzara en su casa. ¡Ah!... porque cuando a las mejores de un pueblo se les da por pavonear y presumir que son lo mejor de lo mejor, seguro es que dan motivos para reír, y los dan a sabiendas de la ironía pueblerina que corta más que un hacha.

El arqueólogo no había podido evadirse de las reiteradas invitaciones de la familia aquella, pues en tales casos perdía tiempo en la sobremesa y en el "tener que hacer cariños a los muchachos", porque cuando él estaba de viaje no perdía un instante.

Ese día las muchachas habían sacado a relucir lo mejor de casa. Sobre fino mantel, servilletas bordadas. Lucían, además, cubiertos de plata y un par de botellas de generoso vino añejo.

"¡Qué graciosas" —pensaba el sabio al ver los amaneramientos que gastaban las muchachas. Entretanto, el padre conversaba, como se dice, desabrochado. Pintaba su tierra con pinceladas de colores campechanos y nativos. Pero, de rato en rato, parecía arrepentirse de sus palabras porque allí lo estaban rodeando las inquisitivas miradas de sus hijas. El "viejo" era, pues, de aquellos que hacen sufrir a

sus remilgados vástagos, y sin embargo, éstos fomentaban ocasiones para ahondar sus sufrimientos.

De repente, estando en pleno almuerzo, un intruso hizo notar su presencia con pasitos muy menudos y quedos. Se trataba nada menos que del engreído "orito". El marranito era algo así como un segundo dueño de casa porque se metía por todos los rincones donde olía a puchero. Las hijas, al parecer, creyendo que el sabio no lo había advertido, se miraron terriblemente desconsoladas. Una de ellas, apresurada y limpiándose la boca con la servilleta pidió disculpas y salió del comedor. Se notó que había ido cerca al chiquero porque hacía reparar que golpeaba insistentemente una lata que se entendía el tacho donde le llevaban la comida al cerdito y que indudablemente éste saldría disparado al escucharla. Pero, he ahí que el "orito" no se equivocaba que estaban de mantel largo y seguía metido bajo la mesa haciendo oír el monótono chasquido de su lengua.

La lata sonaba y sonaba y el chanchito no salía del comedor; pero, ¡qué se iba a mover si su trabajo era hacer la primera limpieza! Al fin regresó la muchacha llamando a la sirvienta, sin duda para que arrojara al intruso. Pero, en esas gruñó. Aquello sí que don José no lo soportó y buscó al cochinito tanteándolo con uno de los pies para atizarle un puntapié. La hija comprendió lo qué pasaría al ver que su padre, dejando los cubiertos, puso las manos sobre el filo de la mesa y la mirada vaga y se quedó atento a lo que sus largas extremidades buscaban, por consiguiente se hacía imperioso el que alguien dorase la cosa; una de las hijas se propuso:

—Perdone usted, Doctor —sonrió ella con esfuerzo—, el chanchito se ha escapado de su corral. Es un animalito que lo criamos con mamadera y se nos ha acostumbrado a estar caminando por toda la casa.

—¡Juana! ¡Juana! —llamaba la otra chica a la sirvienta.

Apenas se sintió el segundo gruñido, al parecer fiel a una costumbre, don José estiró el pie con tal fuerza que sonaron sordamente las costillas del "orito". En seguida le endilgó uno y otro puntapié más, entretanto él vociferaba:

—¡Cuche, cuche! ¡Zafa de allí, cuche!

El marranito puso overas de vergüenza a las niñas, toda la etiqueta se les malogró.

EL SEXO DE LAS MOMIAS

Cuando en uno de sus tantos viajes por el paradisíaco Callejón de Huaylas llegó el arqueólogo a una de las más bellas ciudades ancashinas —creo que un lugar famoso por la derrota que allí sufriera el General Santa Cruz— lo primero que hizo fué averiguar por los aficionados a su ciencia, pues de ese modo solía encontrar, rápidamente, especímenes a veces raros y, sobre todo, derroteros y datos muy importantes cuya búsqueda en otra forma era materia de exploraciones que no siempre llevaba consignadas debido al exiguo presupuesto al que generalmente tenía que ceñirse —cosas de la ciencia en nuestra patria—. Mas como las primeras en enterarse de su llegada fueran las autoridades, éstas le informaron, lamentándolo, que hasta no hacía mucho vivía allí un historiógrafo que había logrado reunir regular cantidad de huacos y algunas momias, pero que, desgraciadamente, a esas horas descansaba en paz. Sin embargo, el sabio insistió en conocer el paradero de esa colección, de manera que se encaminaron hacia la casa de los deudos.

Tras unas cuantas cuadras de caminata, llegaron a una casona de evidente aire señorial, de la época del virreinato indudablemente. Tocaron el portón del zaguán tirando el aldabón y no tardó en salir una graciosa sirvientita, la que. a su vez, llamó a las dueñas de casa.

Tenía la casona no sólo la quietud monacal propia de las casas coloniales de las provincias andinas, sino que se respiraba una especie de odorífera santidad, pues, también salía de una de las habitaciones un olorcillo a incienso, el que terminaba por dar una impresión incuestionablemente conventual. Esta sensación se acentuó, especialmente para el sabio —según lo refirió— cuando aparecieron las hermanas del difunto historiógrafo, vestidas de riguroso luto y una de ellas con el rosario en las manos.

—Señorita —dijo el Alcalde adelantándose—, venimos a molestarlas porque el sabio Tello, aquí presente, tiene mucho interés en conocer la colección arqueológica del finado doctor Equis.

Y luego prosiguió, dirigiéndose al Dr. Tello:

—Doctor, le presento a las señoritas Equis.

—Mucho gusto de conocerle, doctor Tello —respondieron una tras la otra, interrumpiendo los preámbulos del Alcalde.

Tan suaves eran los movimientos de las señoritas Equis, como tan delicadas sus voces y asimismo parsimoniosas en el hablar, que el arqueólogo pensó para sí, que lo único que les faltaba eran los hábitos para verlas convertidas en monjas de largos años de profesión.

—El doctor Tello —prosiguió el Alcalde—, como ustedes saben, viene estudiando y echando luz a todo lo que queda de nuestra prehistoria, y como vuestro hermano, el doctor Equis, era una de nuestras lumbreras, muy estudioso y dejó buen número de huacos y momias, tiene mucho interés en conocer la colección que ha dejado su finado hermano.

—¡Cómo no, don Artemio! Con mucho gusto, doctor Tello —respondió una de las señoritas.

—¡Amalia! —ordenó en seguida—, ¡tráeme el manojo de llaves que está al pie del cuadro de San Antonio!

—Mi hermano tenía mucho cariño por las momias, los huacos y las ruinas incaicas, doctor —arguyó la mayor de las señoritas mientras esperaban—, por eso nadie ha entrado al cuarto donde se ponía a estudiar. Todos sus escritos están conforme él los ha dejado. . . y no queremos entrar a su estudio porque nos apena mucho el no encontrarlo. . .

—¿Y hace mucho tiempo que ha muerto su hermano? —preguntó el sabio.

—No, doctor —respondió con acento que rezumaba tristeza—, no hace mucho tiempo, pero creo que nunca podremos reponernos del dolor que nos ha causado su muerte. . . Nunca nos habíamos separado de él. . . —suspiró—, en fin, todo ha sido obra de Dios y nos sometemos humildemente a su voluntad. . .

En pocos instantes la sirvientita estuvo de regreso con el manojo de llaves y sin más órdenes abrió la puerta del estudio. En verdad que, si bien la colección tenía buen número de huacos muy comunes, contaba, empero, con algunos ejemplares raros que absorbieron la atención del antropólogo.

Y mientras él observaba fascinado un raro huaco que tenía en sus manos, una de las autoridades, veía con sospechosa curiosidad a un par de momias que había sentadas sobre una mesa. En realidad, no miraba tanto a las momias, sino que soslayaba lúbricos placeres, pues ojeaba insistentemente sólo cierta parte de ambas momias.

Una vez que el sabio dió vuelta para observar las momias, advirtieron los circunstantes que no tuvo el mismo gesto de asombro que acababa de manifestar al ver los huacos. Entonces aquel que miraba con indiscreción a las momias, queriendo, sin duda, cuanto antes aplacar su curiosidad, preguntó sin rodeos al antropólogo:

—Doctor Tello, ¿y se puede saber el sexo de las momias?

Apenas había sido hecha la pregunta y sin dar siquiera tiempo para que el sabio respondiese, surgió detrás del curioso la voz infantil de la sirvientita que seguía todos los sesgos de la conversación y lo sacó de dudas sin más conocimientos ni rodeos.

—Sí, señor —dijo la chiquilla señalando con el dedo a una de las momias, y luego a la patrona de más edad—, esa momia es hombre, mi madrina lo ha registrao... Tiene sus capachitos —remató, risueña.

Oír semejante respuesta era como para que las señoritas Equis cayesen fulminadas por la vergüenza. Titubearon, no sabían qué hacer ni qué decir, sus rostros estaban tan rojos que parecía que iban a reventar, ¡sudaban! Más aún, cuando uno de los visitantes reía sin poder disimular. Felizmente el antropólogo, como si no se hubiera dado cuenta de lo ocurrido y siempre con el rostro tan circunspecto, empezó a explicar todas las formas por las que puede distinguirse el sexo de una momia, sin aludir, desde luego, los puntos que más movían la curiosidad del circunstante; eso habría sido como mentar la soga en la casa del ahorcado. El sabio rió después, cada vez que lo relataba.

LOS QUEROS DE CHILLHUA

Una de las especies arqueológicas que fascinaban poderosamente al sabio era el quero incaico, pero en este caso la suerte le había sido un poco adversa. Sin embargo, un día del mes de octubre de 1925, su discípulo, el arqueólogo Toribio Mejía Xesspe, le llevó el hilo de una cosecha de queros, y le encantó tanto la forma cómo ocurrió, que le gustaba referirnos.

Es que Mejía Xesspe, buscando rastros arqueológicos, ha adquirido tanta paciencia y pericia como la del sabio Tello; cuenta, además, con el quéchua y el aimára, lenguas que las entiende perfectamente, permitiéndose, por tanto, inspirar confianza e indagar con éxito entre los indígenas. Esto le sirvió de mucho cuando aquella vez, al pasar por delante del Palacio Legislativo, vió a un indígena —Hilario González Atquipa —sentado en el sardinel. Entablándole conversación se enteró que había llegado a Lima en pos de justicia, pues su comunidad era víctima de constantes abusos. Los gobernadores de los pueblos aledaños, los terratenientes y hasta los licenciados del ejército eran los que echaban mano a las tierras y al ganado de su comunidad, la comunidad de Chillhua, Distrito de Pampachiri, Provincia de Andahuaylas.

Después de prudente averiguación Mejía Xesspe le pre-

guntó como de costumbre, si en su tierra había ruinas gentílicas, huacos, quipus, queros, etc. Esta vez todo pareció salirle a pedir de boca, pues aunque González Atquipa no sabía lo que era un quero, le dijo que tenían unos vasos de madera con muy bonitas figuras, vasos heredados de sus abuelos, y que los usaban para beber chicha durante las herranzas, porque bebiendo en ellos el ganado se multiplicaba. Tan palmaria como rara era la afirmación, que a Mejía Xesspe le picaron las dudas; eso no podía ser, era casi imposible hallar semejante pista y tan fácilmente. No tocó más el asunto y ofreció ayudar a su comunidad siempre que lo acompañase ir en busca de un alto funcionario.

Terminó llevándolo al Museo y el sabio se abismó ante la rara noticia. Su entusiasmo se acentuó en seguida cuando Mejía Xesspe, parado delante la vitrina en donde se exhibían algunos queros, preguntaba al comunero:

—¿Así como esos vasos de palo son los queros que hay en Chillhua?

—Sí, sí. Igualitos a ésos; así igualitos son, señor. Yo tengo cinco, mi tío Fulano dos, mi primo Zutano también tiene dos bien bonitos. Mi cuñado Perengano tiene tres. ¡Mi compadre Perencejo está cuidando a seis!. . . Casi todos tenemos en Chillhua, ésos son muy buenos para hacer aumentar el ganadito. . .

No había duda, se trataba de queros incaicos, de manera que la relación de queros que el indio conocía era larga y continuó dando más detalles, pero, ni Mejía Xesspe ni el sabio tocaron más este punto para no poner en guardia al comunero. Pasaron luego a contemplar lo que interesaba a los habitantes de Chillhua, pues Hilario González Atquipa nada había resuelto con llegar a Lima ya que sus "gestiones" se habían limitado a deambular aturdido y repetidamente delante del Palacio Legislativo.

En laberintos de tal índole, Mejía Xesspe es perito, de manera que fué fácil resolver la cuestión, porque todo dependía de él, más aún siendo el comunero aquel analfabeto y sin conocimiento alguno sobre el castellano. Le habló de cómo iban a ayudar a los chillhuanos y charlando sobre detalles complementarios quedó tan sólo un inconveniente: González Atquipa no tenía noción del calendario para poder fijar una fecha de cita para el viaje. Felizmente se aproximaba el día de Todos los Santos y tal fué la fecha en que debían de encontrarse en Coracora, en donde lo debían de esperar con dos bestias, una para él y otra para su equipaje. Le recalcó, además, que avisara a sus coterráneos que pronto estaría por allí un enviado por el Gobierno para resolver los asuntos que tenían pendientes.

Pero después que el indio se hubo marchado surgió el obstáculo más serio. No había fondos para costear el viaje; a lo más, se le podía proporcionar el pasaje hasta Chala. La solución la dió Mejía Xesspe recurriendo a su dinero, y así arribó a Coracora en donde, merced a la recomendación otorgada por el sabio Tello, el Sub-prefecto le dió una credencial en la que pedía a las autoridades de su jurisdicción que le brindasen toda clase de facilidades. Mediaron desde allí a Chillhua nada menos que seis días de camino consecutivo.

No convenía hacer notar el móvil del viaje y por tanto el "enviado del Gobierno", con la parsimonia que lo caracteriza, principió levantando un croquis en el que ubicó las diseminadas chozas en las que vivían veinticinco o treinta familias que integraban la comunidad en cuestión. En seguida hizo una especie de genealogía de cada familia, después, relación del patrimonio, males que padecían, en fin, un trabajo de carácter etnográfico. Vino luego la relación de atropellos que cada cual había sufrido y el "enviado del

Gobierno" inclusive mandó comparecer ante sí a los más cercanos extorsionadores, entre los que figuraba un licenciado del ejército y ante quien hizo énfasis de sorpresa por su condición misma, todos los cuales, palpando tan evidente interés del Gobierno, le prometieron no volver a consumarlos, etc.

Llegó después el trabajo más serio y el que más interesaba a la indiada, el recorrer los linderos, poniendo hitos y anotándolo en el plano con nombres de quebradas, riachuelos, peñas y demás características. Y como los comuneros estaban ufanos de tener entre ellos nada menos que al "enviado del Gobierno", habían hecho cundir la noticia poniendo por tanto alerta a los pueblos vecinos que se aprestaron a velar también por sus linderos.

Salieron pues, aquel día, antes del alba, González Atquipa y su gente, hombres y mujeres, armados de zurriagos y listos a romperse el alma con los que osaran interponérseles. A la cabeza iba Mejía Xesspe. Todo se fué desarrollando sin ningún contratiempo por lo mismo que los chillhuanos se limitaban a señalar solamente lo que les pertenecía, pero, al caer la tarde, se vieron frente a una quebrada profunda y encajonada que no podía atravesársela sin hacer un rodeo pasando por tierras ajenas. Para remate de males ya estaban allí sus dueños, los de Chipao, de manera que se opusieron al paso aún habiéndoles pedido el "enviado del Gobierno". Aducían que dejarlos atravesar significaba aceptar que ese trecho pasaba también a pertenecer a Chillhua, pues era costumbre en aquellos andurriales tomar como lindero la línea por donde recorrían los interesados.

Verse entre dos grupos antagónicos que se miraban como fieras fué asunto que puso en ascuas a Mejía Xesspe, pues, por quítame de allá esas pajas iba a desencadenarse una fenomenal gresca. Por más que recurrió a la mayor cautela,

por más que pidió calma, mesura, por más que les explicó que el Gobierno no tomaba así los linderos ni pretendía injusticia alguna, sino que solamente querían trasponer ese obstáculo para continuar señalando la línea divisoria legal, pese que repetidamente trató de impedir la ofensa, no logró hacerles comprender que no llevaban ninguna mala intención.

Entretanto los insultos mutuos fueron creciendo y convirtiéndose en una algarabía que, como era de esperar, pronto degeneró en una tremenda trifulca a zurriagazo limpio. Se desató un brutal duelo ya que ambos grupos manejaban bien los rebenques que los hacían reventar precisamente en el cuerpo del adversario y con tal fuerza que, cuando caía sobre la piel, la abría como si le hubieran dado un corte, y si llegaba en el resto del cuerpo, a veces era tal la violencia que el dolor los doblaba; las mujeres, en su mayoría, caían privadas por el golpe.

Como arremeter con el caballo tratando de separarlos era peligroso, Mejía Xesspe se limitó a dar voces tratando de que cesaran de pelear, pero todo fué inútil, porque tanto hombres como mujeres estaban enceguecidos por la ira. La gresca duró más o menos media hora y concluyó por extenuación de los contrincantes y ante la vista de tantos heridos. Cuando los brazos quedaron sin fuerzas para seguir manejando el zurriago, Mejía Xesspe aprovechó para lanzarles una prolongada perorata en la que jugaron papel psicológico el Inti, la Mama Quilla, la Pachamama, los apus, la sabiduría incaica, etc. Sólo así entraron en razón y cada bando retiró sus heridos mientras el "enviado del Gobierno", previa promesa de no incorporar a Chillhua lo que era de los paisanos de Felipe Huaman Poma, consiguió atravesar ese trecho para proseguir la revisión de los linderos chillhuanos.

Finalmente, dos semanas más tarde, cuando Mejía Xesspe hurgó todos los rincones arqueológicos y averiguó usos y costumbres del lugar, con todas las formalidades del caso, fundó el pueblo de Chillhua. Levantó el acta y luego de firmarla todos la tapó herméticamente en una botella y la enterraron en el centro del futuro pueblo. Con hileras de piedras trazó la plaza delante de una pequeña y destartalada capilla, trazó unas cuantas callejuelas y manzanas, señaló solares para la escuela, para la casa municipal, para la cárcel, solares para cada una de las familias que integraban la comunidad, etc. Recomendó ante todo la edificación del local para la escuela y la iglesia y, finalmente, los últimos días se dedicó a enseñarles algunas costumbres y hasta guisar ciertos platos a la usanza de los "mistis" (señores).

Por último llegó la hora de hablar de los queros. Pero Mejía Xesspe lo soslayó diciéndoles que era menester que le dieran algunos objetos con los cuales comprobar su presencia en Chillhua. Se insinuó pues por los queros, y por los mejores queros por tratarse del Gobierno. Mas como de estos vasos dependía según ellos la multiplicación del ganado hubo cierta resistencia, felizmente, conversando y ofreciéndoles recomendar bien el asunto en favor de ellos, González Atquipa recalcó la importancia capital de este aspecto y empezaron a sacar queros logrando reunirse así nada menos que doce queros, es decir la cosecha más grande.

Mes y medio después de la partida del discípulo, el sabio estaba hecho unas pascuas al recibir por correo la docena de vasos incaicos de madera que en sí, no habían costado un céntimo, pero indirectamente mucha paciencia, prudencia y aún sacrificio económico en desmedro del encargado. A renglón seguido Mejía Xesspe recibía la autorización de seguir explorando toda esa zona, parte de Ayacucho, de Apurímac y Arequipa y lo hizo durante ocho meses. Sen-

siblemente parece que los chillhuanos eran los únicos en haber dado con un cementerio del cual sacaron los queros, lo más sensible era que no podían dar razón de la procedencia, los habían logrado hereditariamente.

Y pagando la deuda contraída con los comuneros, cuando el informe de Mejía Xesspe llegó a Lima, el sabio expuso el caso en el "Patronato de la Raza Indígena", ya que entonces no existía el Ministerio de Asuntos Indígenas, y el Patronato lo elevó al Ministerio respectivo a fin de que se prestaran garantías a los habitantes de Chillhua.

CON DOS QUE FUERON POR LANA

Un batallón de zapadores ampliaba el campo de aterrizaje de una ciudad costeña del Norte y el antropólogo andaba por aquellos lugares estudiando unas tumbas puestas casualmente al descubierto. Ya había tratado a varios de los jefes, pero, esta vez al ver a uno de ellos con pistolas al cinto, le dijo entre serio y socarrón.

—Comandante... qué bien armado está usted... ¿Podrá creerlo? Yo he viajado por casi todo el Perú, muchas veces solo y jamás he llevado siquiera un cortaplumas así —repuso indicando un tamaño minúsculo con el arco de los dedos índice y pulgar.

Y era cierto. Nunca había llevado ni llevó armas en sus viajes. Pero, recapitulando, se acordó de una hazaña ocurrida hacía entonces la friolera de dieciocho años.

Viajaba por el Callejón de Huaylas dirigiendo la Expedición Arqueológica al Departamento de Ancash que en el año 1919 auspiciara la Universidad Mayor de San Marcos, cuando llegó hasta su alojamiento un hombrecillo de tez cobriza y apariencias muy humildes. Había oído hablar de un joven "muy mentado" que andaba por esa región afanado en conseguir momias, huacos, monolitos y ruinas "incaicas", y como conocía muchos lugarejos de aquéllos, tenía una gran novedad para el arqueólogo.

Decía conocer un lugar algo lejano sí, pero en donde existían unos monolitos gigantescos, "más altos que una casa de un piso".

Total que tras larga charla en la que el Dr. Tello de paso se enteró hasta de caseríos, riachuelos, quebradas y ruinas precolombinas de muchos kilómetros a la redonda, quedaron en que el extraño visitante los llevaría hasta el mismo lugar. No sin antes el hombrecillo hiciera notar la conveniencia de llevar siquiera "un revolvítor porque quizás hubieran muchos 'pishtacos' [1] fregaos en el camino".

Tello lo despidió confiado y manifestándole que ellos no necesitaban armas ya que "esos facinerosos" andaban detrás de la gente que llevaba dinero y no de ellos que apenas iban con la ropa en el cuerpo. Y se quedó pensando en la rara novedad que acababa de llegarle. Le parecía demasiado imposible que existieran monolitos antropomorfos de tamaño tan descomunal por esas regiones. Sin embargo, el sujeto aquel le había hecho descripciones tan precisas y claras sobre los "incas de piedra" que decía haber visto y que resultaban del mismo estilo Recuay o Huaylas y, por consiguiente, no cabía duda alguna. Era algo completamente nuevo para la arqueología de aquella región.

—Es del mismo estilo Recuay —decía el sabio a sus colaboradores, el estudiante de medicina Dr. Pedro Weiss, el dibujante Pedro Ulloa y el auxiliar Ángel Torres— pero ese tamaño... me parece raro, nunca he visto ni he oído hablar...

Hecho el trato alquilaron bestias y dos o tres días después, muy de madrugada, partieron camino hacia esas quebradas de las que tanta ponderación hacía el desconocido. Iba pues éste a la cabeza de los expedicionarios y pronto

[1] "Pishtacos", bandoleros.

tomaron un camino áspero y después de casi medio día de cabalgar alcanzaron la puna, con espléndido sol. Pero el ver por allí cerca o más o menos distante chozas o ganado, parecía inquietar al extraño guía. Y lejos, hacia donde señalaba e iban, todo era negruzco porque la tormenta estaba por desencadenarse, por consiguiente era menester apresurar la marcha.

—¡Pero a qué hora llegamos al sitio! —repitió una vez más el antropólogo.

—Ya falta poquitito nomás mi doctor. Allasito nomás, por allá por la bajadita nomás está, pero yendo p'arriba. Ya'stamos llegando mi doctor —repuso el guía con un acento que infundía confianza.

Sin embargo, la configuración del terreno hacía comprender al sabio que por allí, no podía haber ruina alguna. Además, la cosa se ponía ófrica porque el viento y la tarde mortificaban. Pero como el campesino acostumbrado a caminar casi diariamente kilómetros y aún leguas tras leguas, da a ese "allasito nomás" un valor incalculable, Tello se armó pues de paciencia.

Algo raro ocurría. Angel Torres que además era huarochirano como el sabio, en ningún momento dejaba de marchar detrás del guía porque encontraba bastante agorera la preocupación que parecía advertir en medio de la sonrisa del sujeto este. El resto iba enfrascado en sus pensamientos y lejos de advertir la vigilancia del compañero.

Por fin el baquiano tomó de nuevo la delantera con cierto apresuramiento, y Torres siempre detrás de él. Es que el guía había decidido arreglar el asunto que llevaba entre manos, mejor cuanto antes ya que toda demora le era desfavorable. Aprovechó pues una pequeña quebradita por la cual pasaba el camino y, como quien ha de hacer alguna necesidad corporal, detuvo su caballo y echó pie a tierra

sin tener tiempo para hacer otra cosa porque en ese preciso instante la voz de Torres lo puso lívido y estático.

—¡Manos arriba! ¡Manos arriba o disparo!

Los demás naturalmente se quedaron en suspenso. Ignoraban qué era lo que ocurría con Torres, pues les pareció que quería gastar una chanza con el extraño ya que de ésas era. No habían sospechado que el baquiano se había apeado precisamente para volverse contra ellos y disparar a mansalva, matarlos en la creencia que cargaban dinero.

El facineroso se jugaba entero y por consiguiente tomó muy en serio su plan hábilmente preparado. Pero, he allí que estaba sin otra solución que levantar las manos, porque de otro modo. . ., no podía saberse en qué habría terminado el asunto, ya que Torres tenía un revólver del que ni un niño se hubiera asustado. Le apuntaba con el "arma" debajo del poncho, de manera que sólo se advertía el cañón a través del burdo tejido. En realidad mucho cuento era verle la mirada felínica que había puesto sobre el facineroso.

—¡Bájense y registren a este ladrón! —ordenó Torres.

El bandolero —pues era uno famoso que andaba haciendo fechoría y media por aquella región— estaba pálido y con los brazos en alto.

Se apearon dos expedicionarios mientras Torres continuaba apuntándole y listo para dispararle un balazo imaginario si es que el salteador hacía el más leve movimiento. Echaron mano a los bolsillos del delincuente y ¡cáspita! que del bolsillo posterior del pantalón, le extrajeron un relumbrante revólver cargado con toda su dotación de tiros, el mismo que a no ser la suspicacia de Torres podía haber dado cuenta de todos los expedicionarios enviándolos antes de tiempo a la tierra de los calvos. Y como si todo

eso fuera poco ¡diantres!..., del otro bolsillo le sacaron un atadito mugriento, eran balas calibre 38.

Hecho el registro, Torres se apeó con mucha calma y siempre apuntando, luego se quitó rápidamente el poncho como haciendo entender al facineroso que él era más listo, que sólo le bastaba empuñar una mano y estirar el dedo índice para asustar al más valiente y que, gracias a ese ardid, quien fué por lana había sido trasquilado. Como Torres era ternejo, se comprendía qué cosa es lo que iba a hacer en seguida. El bandido quiso huir, pero aquél lo empuñó y le dió tan tremenda pateadura que de no mediar el arqueólogo habría quedado allí boqueando y hecho una calamidad.

Pero hasta allí las órdenes de Torres aún no habían concluído, pues, por aquellos andurriales donde habían ido a dar, no había en donde alojarse y para colmo de males era muy tarde. Felizmente a lo lejos se dibujaban unas cuantas casuchas y hacia allá enfilaron.

Sin embargo, llegando al lugar se dieron con la grata nueva de que era una casa-hacienda y, siendo todos ellos integrantes de una expedición arqueológica, mayor razón para que el administrador, como ocurre, los atendiera con más solicitud. Pero, las cosas resultaron adversas. Este nuevo personaje se daba tales ínfulas que era un amo y señor, pues por añadidura se negó alojarlos aduciendo que no tenía órdenes.

Ante tal negativa, el sabio, poniendo énfasis en su cortesía le ofreció remunerar espléndidamente. Ni por ello accedió el gran personaje y continuó muy en su aire autoritario. Pues entonces el arqueólogo, en el tono más amistoso posible le hizo saber quienes eran, pero el chusco no dijo ni sí, ni no. Le explicó el sabio que iban enviados por el Gobierno. Ni chis ni mus por respuesta. Le manifestó que

la labor de ellos era echar luz sobre la grandeza y sabiduría de nuestros antepasados para que nuestros hijos lo estudiasen, tampoco. Invocó su civismo, peor aún. Terciaron uno que otro miembro de la expedición, pero, el administrador continuaba tan terco e hinchado como un pavo y respondía lacónicamente: "no puedo", "imposible", "el dueño no me ha ordenado", "váyanse a otra parte", "ya les dije que no puedo", "no porfíen", etc.

El caso se había puesto de sainete. Torres lo dejó que pavoneara a sus anchas un rato, y como sabía que no existía siquiera una choza a algunos kilómetros de allí, le hizo dos o tres insinuaciones algo socarronas ya que iba a tomarlas "manu militare", que por algo tenía en su poder el recuerdo del bandolero, su calibre 38.

—Bueno doctor —repuso al fin Torres, quitándose el poncho—, si este hombre no quiere darnos hospedaje a las buenas, pues será a las malas. . . ¡Aquí nos quedamos!

El administrador cambió de talante. De lo altivo que estaba se sintió temeroso al ver el reluciente revólver colocado al cinto del visitante autoritario.

—¡A ver, qué cuarto hay para nosotros! —recorrió la casa, miró las habitaciones que daban para el patio y principió a dar órdenes.

—¡Estos cachivaches salen de acá! —dijo al hallar una habitación grande—. ¡Aquí vamos a dormir nosotros!. . .

—Tú —dijo, dirigiéndose a uno de los pongos— trae pasto para nuestros caballos mientras nosotros vemos qué hay de comer, y si no lo traes en seguida, lo sacaremos nosotros mismos a punta de bala. —Luego se encaminó a la cocina.

—¿Qué hay de comer? ¿Hay papas? ¿Hay leche?

Y durmieron bajo techo, y comieron opíparamente gracias a Torres.

LA CAMA PERFUMADA

Por razones de especialidad Tello era un impenitente viajero a través del territorio nuestro, es pues de imaginar la variedad de camas en las que habría dormido, variedad de "perfumes" y bichos pese a que era exageradamente minucioso en cuanto a la higiene. Porque viajar por los pueblos es una penosísima aventura en ese sentido. Si un día se alojaba en un confortable hotel de ciudad, al otro día, ya lejos del primero, se hospedaba en un hotelucho, al tercero en una choza y a veces en una cueva, que después de todo estos últimos eran preferibles.

Al arribar en cierta oportunidad a un pueblo de la costa, un vecino le mandó alistar una excelente habitación y una cama impecable de blanca. Pero. . ., a medianoche, empezaron a llegar hasta el cuerpo del huésped una legión de chinches que lo hicieron levantar a poco rato de haberse acostado. Felizmente Tello anduvo aquella vez con mucha suerte, porque en la misma habitación habían colocado sus arreos de cabalgar, pudo así extender el pellón en el suelo y trasladarse allí, dejando empero la vela encendida para que las chinches no fueran tras él.

Sin embargo, en esto de camas de ingrato recuerdo, el sabio tenía más presente el de la cama perfumada.

No recuerdo en qué pueblo del Departamento de Ica lo

recibió un vecino notable, pues, contra su costumbre y por no haber hotel allí, el sabio había anunciado su viaje, siendo por tal motivo cariñosamente recepcionado.

Tras una prolongada sobremesa le llevaron a la habitación en donde le habían preparado la cama. Era un cuarto grande pero que daba la sensación de ser pequeño porque estaba lleno de imágenes de santos, repisas atestadas de adefesios, cuadros de familia y fotografías en las paredes y cachivaches por todos los rincones. El catre era una verdadera pieza de museo, de esas antiguallas que parecen estar bajo palio, sin embargo, la cama estaba impecablemente limpia, solamente habían cometido la peregrina ocurrencia de perfumarla tanto que hasta hacía una atmósfera insoportable.

Pero como el arqueólogo estaba rendido de cansancio, se acostó soportando la presión del perfume. Tentado estuvo de echar al diablo aquel camaranchón e irse a tender en medio del patio porque el malhadado olor, aparte de lo corriente, había sido bárbaramente derramado sobre toda la cama. No obstante, en un comienzo más pudieron el cansancio y el sueño, pues quiera o no, se quedó beatíficamente dormido. Pero, tras un par de horas ocurrió lo que temía, la cama parecía un nido de chinches, estaba plagadísima.

Desagradado pero pacientemente se vistió, abrió más la puerta para que se sintiese menos el perfume y pasó el resto de la noche sentado.

Apenas amaneció se encaminaba el sabio hacia la cocina en busca de agua, cuando en eso se dió con la sirvientita que acababa de salir. Ésta, quizás sospechando la contrariedad del huésped al verlo tan temprano fuera de su habitación, le dijo con curiosidad:

—Buenos días, señor. . . ¿Y no le han hecho asustar

las almas? Porque esa cama donde ha dormido usted era de doña Lastenia, la abuela de don Ernesto, ayer no más la enterraron. Murió de puro viejecita. Ya no se daba cuenta de nada y hasta se hacía todo en la cama, y como el colchón apestaba mucho a "miaos", la señora le echó bastante perfume. . .

FRIJOLADA INOLVIDABLE

En una de las excavaciones realizadas en el Departamento de Ica, trabajaba el sabio con tal intensidad que el preparar los alimentos del personal restaba eficiencia al equipo, puesto que todos hacían de cocineros por turno. Para remate de circunstancias la comida era pésima. Y queriendo evitar esa pérdida de tiempo y al mismo tiempo en su deseo de mejorar en algo la alimentación, el arqueólogo hizo detener un momento el trabajo para averiguar si entre los peones había uno que entendiera algo de cocina.

Y dijo yo, precisamente el único ocioso de la partida, un negrazo al que Tello, que no soportaba perezosos, no podía echarlo del trabajo porque necesitaba aún más gente.

Por cierto que al negro le gustaba la cocina según se pudo observar, rendía pues más cocinando que tirando lampa. Además, convenía también porque liberaba a los expedicionarios de estar atentos a su trabajo dentro de las excavaciones y al mismo tiempo a las ollas y al fogón.

Para entonces, cerca de la improvisada cocina, bajo un bosquecillo de huarangos, se iban colocando las momias, tejidos, huacos y demás especies —por supuesto que todo bien catalogado— de manera que mientras el cocinero estaba dedicado a su labor podía observar todo lo que iba saliendo de las tumbas.

Un día de esos, ocurrieron dos novedades en una. Pues como el improvisado cocinero para aquellos andurriales resultaba excelente, se pensó en comer fríjoles con arroz, con todas las de ley y, ¡Kórcholis! que por consiguiente se mandó al tambo más cercano por los ingredientes.

Sea porque el negro sabía un poco de cocina, o porque como dice Cervantes, "no hay mejor salsa que el buen hambre y que por eso los pobres comen con gusto", el caso es que aquellos memorables fríjoles con arroz resultaron de rechuparse los dedos, pues no le faltaron cebollas y ají mirasol para el "ahogado", sus lonjas frescas de cuero de chancho y aceite de puro olivo, que por esos tiempos no sólo era barato sino que abundaba y por tanto habría resultado un crimen santiguarlo con cualquiera de esos aceites deodorizados que hoy tanto abundan para la mesa.

Pero pasadas algunas semanas de aquella grata digestión, el día que empezaron a embalar las especies arqueológicas que debían ser enviadas a Lima, no sé si Víctor Martínez, Mejía Xesspe u Oscar Santisteban, se quedó mirando con extrañeza al pedazo de charqui de llama extraída de una de las tumbas, pues no estaba conforme, alguien le había cortado un buen pedazo. Ni qué pensar, equivocarse con la chalona comprada para la cocina era imposible porque apestaba a momia y tenía distinto color que el charqui fresco. Sin embargo, inmediatamente puso en conocimiento del sabio quien, creyendo capaz de todo al peón que hacía de cocinero, de hecho le preguntó el porqué de aquel corte en la milenaria carne seca.

Fingió sorpresa el negro y, cogiendo silencioso el pedazo de charqui, lo miró y remiró por uno y otro lados para argüir luego.

—Oh. . . Sí. . . Sí, Do'tóoo, e'ta chalona e'la que corté

pa'la comida. Pero qu'igualita a la otra... E'te... pero entonce me'quivocaría Do'tóoo...

—¡Y esto nos diste a comer? —repuso el sabio, disgustadísimo.

El negro no respondió, pero sonreía.

—¿Y cuándo fué eso? —volvió a decir el sabio.

—En lo'frejole pue Do'tóoo... Como la pusieron tan cerquita, a cualquiera se l'entrevera...

No había para qué impacientarse ni podía hacerse algo, pues habían trascurrido muchos días de la digestión aquella. Pero, indudablemente el caso era intencional por las diferencias ya señaladas, además, el cocinero no tenía por qué haberlo echado en los fríjoles puesto que en ese plato no entra el charqui. Sin embargo, los paladares y estómagos lo habían recibido y digerido satisfechos, y amén de eso, no había pasado nada, más bien quedaba comprobado que según el sistema milenario peruano, la carne deshidratada podía conservarse centurias de centurias sin perder sus cualidades a pesar de haber recibido como aporte la pestilencia y la grasa del difunto en descomposición. Después de todo, era un charqui arqueológico que había recibido los honores y bendiciones de estómagos de arqueólogos.

Y a pesar de ser el único caso en el mundo, por supuesto que al negro se le arregló en seguida su cuenta y, bromas peligrosas a otra parte.

CONSECUENCIAS DE LA PRECAUCIÓN

Cuando salimos en la expedición arqueológica a la Hoya del Marañón, los integrantes eran tantos que íbamos en dos automóviles. La dirigía el Dr. Tello y la integraban Toribio Mejía Xesspe, actual subdirector del Museo de Antropología Nacional, el artista Pedro Rojas Ponce, el antropólogo norteamericano Donald Collier, entonces estudiante de arqueología como sus dos connacionales adscritos a la misma, Srtas. Honour Mc Creary y Bárbara Loomis, asimismo el médico Pedro Vega y un señor Paz de Novoa que acompañarían a la expedición por pocos días, y yo que iba de dibujante y secretario de campaña del sabio.

Fuimos echando pie a tierra y hasta excavando en cada punto en donde había cementerios y ruinas precolombinas poco conocidas por el antropólogo. Ingresamos por Huaral hasta más allá de Sayán. Estuvimos varios días estudiando tumbas en Lachay. Se hurgó por Vilcahuaura, San Nicolás y cerca del Puerto de Supe, etc.

Por entonces se llamaba carretera a un conglomerado de huellas que cambiaban según el capricho de las dunas y del viento que solía borrarlas, lo que requería que los chóferes fueran baqueanos. Lamentablemente los que llevábamos eran buenos, pero sólo en las asfaltadas calles de Lima, mas en los extensos arenales iban a tientas y dando pena.

Así, al proseguir de Paramonga hacia Casma que era la meta más inmediata para nosotros y al tomar la pendiente leve pero larga que existe pasando Las Zorras, nuestros autos cogían buena huella pero iban zumbando terriblemente porque patinaban en la arena. Por último, nos bajamos para empujarlos, pero el detener el vehículo fué peor aún, porque cuando se movió para reiniciar la marcha, cuanto más empujábamos pugnando por avanzar, más se hundía.

Como pudimos, poniendo costales, echando lampadas por uno y otro lado, apisonando la arena con los pies en largos trechos y, empujándolos, salimos al fin de los médanos. Sin embargo, poco antes de llegar a la cúspide de aquel tramo, se le fundieron las bielas a uno de los autos y allí quedamos a la buena de Dios hasta el otro día.

Al atardecer del día siguiente llegamos a Huaymey unos en el automóvil que aún nos quedaba y otros en camión. De allí continuaron el Dr. Tello, las Srtas. Mc Creary Loomis y el Sr. Mejía Xesspe en el automóvil, mientras Collier, Rojas, Vega, Paz y yo en un ómnibus que iba hacia Trujillo, no sin antes indicarnos una tarifa elevada, aunque, eso sí, cancelables en Casma ya que el automóvil nos llevaría la delantera.

Al llegar a Casma a las 10.15 de la noche, comoquiera que nuestros compañeros no nos esperaban para cancelar la cuenta y el ómnibus debía proseguir ya que sus pasajeros iban a Trujillo, creímos encontrarlos en algún hotel y nos echamos a buscarlos. Empero, grande fué nuestra sorpresa al no hallarlos. Lo más inexplicable para nosotros era el haber recorrido el mismo camino, detrás de ellos y sin haberlos visto.

El caso se nos tornó en un serio disgusto ya que, como era de esperar, el conductor del ómnibus nos reclamaba

el valor de los pasajes y los pasajeros estaban que echaban chispas por la demora. La verdad era que no todos podíamos pagar nuestros pasajes porque en los gastos previos habíamos acabado casi todo el último sueldo, por añadidura nadie iba a recibir un centavo durante el tiempo que durase la expedición. No nos quedó pues otra solución que esperar que nuestros compañeros arribaran. Pero nos dió luego las doce de la noche y, apaciguando al conductor del ómnibus, nos fuimos al mejor hotel eludiendo pagos de adelanto con sólo contar el caso y decir que éramos miembros de la expedición arqueológica que iba hacia la Hoya del Marañón.

Con la preocupación que teníamos nos levantamos antes de las seis de la mañana y sin dilación acordamos en ir a buscar a nuestros compañeros.

¡Pero también qué cabezas las nuestras!... Excepto Collier desde luego que no hablaba castellano ni ninguno de nosotros inglés —salvo el arqueólogo al cual buscábamos—, a nadie se le ocurrió otra cosa que suponer que el automóvil donde iban nuestros compañeros se habría atascado en algún médano y, por consiguiente, tras un rápido cambio de ideas se alquiló un automóvil y en él partieron Collier, Vega y Rojas llevando un gran tecle, cadenas, cables, gasolina y agua. Todo al crédito se entiende, porque bastaba que tomásemos el nombre del doctor Tello que era más conocido que la ruda en gran parte del litoral. Por supuesto que nosotros pensábamos que hombres más precavidos no había en el mundo.

Y como conocer un pueblo llevando como jefe al sabio era difícil ya que él no concebía otra cosa que trabajo intenso, aproveché la ocasión de verme libre para recorrer Casma. Iba mirando caras y casas, cuando... ¡cátate! que me doy cara a cara con Mejía Xesspe que también an-

daba buscándonos. Vaya con la situación tan desagradable en que habíamos ido a parar.

Había ocurrido que Juanito Cavero, el chófer, como no conocía el camino y eso no era como guiar un auto sobre pavimento, había perdido las huellas que indicaban el camino, manejando el auto sin rumbo hasta detenerse sólo cuando dejó de ver el suelo. Había parado al borde de un precipicio que daba al mar. Con tal demora, llegaron a la una de la madrugada.

Lo más grave para nosotros fué que antes de ir a "socorrerlos" cometimos el desatino de no averiguar en la mañana por nuestros compañeros. De haberlo hecho no nos habríamos chasqueado. Y como yo era el Benjamín de la expedición, era pues el "punto" y, por consiguiente, empezó a caerme el primer torrente de amonestaciones. Pero lo que más me incomodaba era la perspectiva de que también iba a ser yo el que habría de soportar todo el peso de la cólera en que iba a estallar el antropólogo al enterarse.

Pues nos encaminamos hacia el hotel donde ellos estaban alojados y Mejía Xesspe se encargó de ponerle al tanto mientras yo esperaba afuera.

—¡Dile que pase! —oí gritar encolerizado al arqueólogo.

—¡Cómo, en dónde están los otros! —fueron sus primeras palabras al verme.

Le repetía más en detalle todo lo que habíamos hecho, cuando sin esperar que terminase de contarle me replicó:

—¡Salvajes! ¡No concibo que entre tantos no haya habido uno a quien se le ocurriese buscarnos antes de ir a pasearse! ¡Y tú! ¡¿Fuiste tan bellaco que no pensaste en que podíamos haber llegado más tarde?! ¿Y ahora, quién

paga esa carrera? ¿Acaso no saben ustedes que de las economías depende el éxito de esta expedición?

Uh... la perorata fué larga y tras una pausa añadió sin dejar de vestirse.

—¡Bellacos!... ¡No concibo cómo puede haber gente tan sin iniciativa!

—Es que nosotros creímos que se habrían quedado botados como anteayer —argüí.

—¿Y eso impedía que averiguaran si habíamos llegado o no? ¡Bellacos!

—¡Un día perdido!... —agregó—. ¡Vea usted, pues, ocurrírseles largarse a buscarnos!..., sin saber si habíamos llegado o no. ¿Habráse visto semejante bellacada?

—Claro, cualquiera pregunta antes —atizó Mejía Xesspe.

—¡Y en qué parte están alojados! —inquirió Tello.

Fué entonces en que pensé sacar partido de esta pregunta ya que el arqueólogo era exigente con la limpieza en los alojamientos, pues ya había observado yo que el hotel donde él estaba, si bien era limpio, el que habíamos conseguido era mejor, además, tenía las habitaciones amplias como para trabajar con cierta comodidad.

—Estamos en el Hotel Estrasburgo, doctor —respondí—, es el mejor de Casma y las camas cuestan sólo dos soles más que en éste.

—Vea usted, pues..., bonita gracia... Los señoritos se han ido al mejor hotel. ¿Acaso el dinero que llevamos me lo dan para lujos? ¡No señor, ahora mismo se vienen todos para acá!

—Bueno doctor. Pero ya hemos contratado habitaciones y alimentación para todos, y le podíamos hacer rebajar según los días que permanezcamos acá.

—¡Nada de eso! ¡He dicho que nada de lujos! ¡Aquí

se ha venido a reventarse y a comerse las uñas! ¡El que no quiera fregarse, pues se larga!

—Es que ya le dijimos al dueño que nos haga preparar nueve almuerzos. . .

—Bonita gracia. . . ¡Vamos conmigo que yo arreglaré todo!

Salimos, pues, camino al Hotel Estrasburgo y no bien habíamos traspuesto la entrada, todo fué que el dueño viese llegar al sabio para salir apresurado a recibirlo con los brazos abiertos y exclamando.

—¡Hola, Julio, qué sorpresa es ésta! ¡Estos jóvenes no me habían dicho que eras tú quien venía!. . . ¡Qué gusto hombre!. . .

—¡Oh, Miguel! ¡Cómo!. . . ¿Tú por acá?

Se dieron un efusivo y prolongado abrazo. Eran viejos amigos él y don Miguel San Román. Se habían conocido en el colegio. Como era de esperar, la cólera del antropólogo se esfumó en un santiamén.

Pero el asunto traía cola, pues el ómnibus que nos llevara desde Huarmey aún no había partido y como era justo, los pasajeros estaban protestando indignadísimos, porque el conductor y Mejía Xesspe discutían ya mucho rato sobre el valor que aquél reclamaba y no llegaban a ningún acuerdo. El primero reclamaba un cien por ciento sobre el total por "la mala noche del chófer" y por los perjuicios. Tenía toda la razón del mundo. El segundo no reconocía un centavo más que lo estipulado al partir. Y Mejía Xesspe como cajero de la expedición, era capaz de contar los garbanzos, tal la escuela del antropólogo con el dinero que se le encomendaba. ¡Uf!. . . En el Museo, para pedir un lápiz, había que canjear el cabito y tenían que deducir su duración de la fecha de entrega. . . Si así fueran todos, el Perú sería el país más próspero de Amé-

rica del Sur. El asunto no pudo resolverse sino en la Comisaría donde uno y otro cedieron ante la equidad del comisario.

Tello entretanto estaba en otro dilema.

—Caray. . . éste es un gran amigo mío —me dijo refiriéndose al dueño del Hotel Estrasburgo— es pues uno de los descendientes de aquel San Román que fué presidente de la República. En el colegio era una bala —agregó riéndose—, ahora noto que está sordo. Pero qué demonios hago. . . Yo también he mandado preparar nueve almuerzos y varias habitaciones. Qué me iba a imaginar que aquí estaba San Román. ¿Pero qué le digo al dueño del otro hotel?. . .

Y entre resuelto e indeciso se encaminó al Hotel Ideal al que llegamos justamente en momentos que el dueño ingresaba con una canasta grande llena de víveres comprados para que nos prepararan el almuerzo. Al verlo el arqueólogo le dijo sin rodeos que sentía tener que decirle que se iba a pasar al otro hotel.

—Pero oiga usted —repuso aquél— ¿cómo me hace gastar entonces? ¿No ve que tengo todo listo? ¿Por qué no se fijó antes? ¡Ha debido fijarse antes!

—Pero qué hago —repuso Tello—, no tengo otra solución. El dueño del otro hotel resultó ser un colega mío. Pásenos su factura por los perjuicios.

El hotelero se puso colérico, y viendo que el antropólogo abandonaba su establecimiento le gritó.

—¡No señor, usted es un loco! ¡Usted es un loco! ¡Un loco! —le oíamos repetir mientras nos alejábamos.

LA TORTUGA DE CASMA

Días antes que el arqueólogo Mejía Xesspe encontrase el Templo de Sechín, en Casma [1], el sabio estaba empeñadísimo en ese futuro hallazgo porque había visto una piedra grabada chavinescamente, en poder del señor Juan I. Reyna. Si bien este señor y todos ignoraban el lugar de donde había sido extraído o hallado ese pequeño monolito, éste no podía estar fuera del Valle de Casma ya que tal era su vaga procedencia y, por consiguiente, grande fué la alegría del antropólogo cuando el "yanacón" negro de la Hacienda San Diego, Timoteo Reyes, dió una información que parecía una pista. Dijo al sabio que conocía un lugar en donde existía una tortuga de piedra que inclusive mostraba los dibujos de su caparazón.

Sin pérdida de tiempo el antropólogo quedó en ir con don Timo hasta el lugar aquel, previa gratificación desde luego. Pero como señalaba unos cerros cercanos al Puerto de Casma, comprometiéndose por añadidura don Timo a conseguir cinco caballos ensillados, al acto dispuso que allá

1 Algunos confunden el Templo de Sechín descubierto por Tello a raíz del hallazgo de Mejía Xesspe, con la Huaca de Sechín de todos conocida desde mucho antes. La primera está en Sechín Bajo, en el Cerro Corrales y la segunda en Sechín Alto, más allá de Carbonería. La una estuvo enterrada e ignorada, mientras que la segunda a la vista por su extraordinaria magnitud que da la sensación de una colina natural.

irían, él, Mejía Xesspe, Honour McCreary, Bárbara Loomis y Donald Collier, no así los dibujantes porque todo el día debíamos sacar calcos y diseños de una gran cantidad de huacos escogidos de la colección del señor Reyna.

—Pero oiga usted, Reyes —dijo el arqueólogo antes de cerrar el compromiso—, nosotros estaremos listos a las ocho en punto de la mañana, ni un minuto más ni uno menos.

—Muy bien dotóoo —repuso el negro.

Al día siguiente, o sea el señalado para ir a ver la tal tortuga, dieron las ocho de la mañana y don Timo no aparecía por ningún lado. Y el sabio que era puntual como un reloj estaba impaciente. Por fin, apareció Timoteo todo mohino, jáquimas en mano pero por añadidura con una hora de retraso.

—¡Cómo, qué significa esto!. . .

—E, que dotóoo, la betias s'ian metío p'al monte, y no se puede chapalas, no l'emos encontrao a ni'una. . .

—Bueno, entonces, vamos en seguida a pie —repuso el sabio con talante amargo.

Para remate de males hacía un sol intenso, de manera que caminar cruzando polvorientos potreros y médanos resultó agotante. Al fin, al pie de un cerro se veía algo raro. Era la bendita tortuga.

Pero al sabio y a sus acompañantes se les esfumó el entusiasmo porque habían pensado hallar el lugar donde posiblemente procedía la referida piedra grabada de la colección Reyna y la tortuga aquella, cuanto más cerca la veían, menos arqueológica parecía. No eran sino círculos concéntricos hechos con piedras por los muchachos que a veces vagaban por allí. Sin embargo, don Timo que decía haberla mirado y remirado bien y de cerca, le había visto

forma de tortuga y hasta le había asignado luengos siglos de antigüedad.

Lo que más desagradaba al sabio no era la desilusión, sino el tiempo perdido.

Posteriormente, cada vez que ocurría chasco parecido, solía decir, "esto está como el Timo de Casma".

EL TORO DE CASMA

Llevábamos ya varias semanas en Casma y para entonces afloraban sorprendentes una gran cantidad de monolitos del gran Templo de Sechín que acababa de descubrirse y, el sabio, trabajando de seis a seis había llenado ya cuatro volúmenes con sus notas sobre aquel importante hallazgo.

Como mi trabajo era el de secretario e ilustrador del diario de viaje, mientras yo dibujaba rápidamente con la misma pluma con que escribía el arqueólogo observaba los trabajos de excavación, y meditaba para luego continuar describiendo el proceso del descubrimiento. A veces si él calculaba mal el tiempo en que debía terminar yo la ilustración y volvía antes, acostumbraba hablarme sobre algo referente a los trabajos, de manera que se acercó diciéndome:

—¿Y, ya Hernandito? Vamos a ver si ahora nos damos una gran parrafada de dos horas. Fíjate que el lapicero esté lleno de tinta.

Pero como aún no había terminado de hacer la ilustración, aprovechó para darme una gran noticia, pues el sabio era inclinado a las confidencias arqueológicas precisamente para interesar a sus colaboradores.

—Sabes, este Rudecindo —dijo, refiriéndose a un huaquero casmeño que a la sazón trabajaba de lampero en

las excavaciones— me dice que detrás de esos cerros —señaló al Norte— hay un toro enorme, hecho con piedras.

—¿Un toro enorme? —respondí.

—Sí, dice que es un toro —y se echó a reír al citar a este animal que no existió en el antiguo Perú—, que es grande y está en una pampa que hay por allí. No me explico cómo sea, pero la noticia es interesante. Me parece rara la forma como éste describe la disposición de las piedras y, sobre todo, la ubicación la encuentro fuera de lugar. . . ¿Qué hace allí esa figura, en un gran arenal cerrado por todos los lados? ¿Quiénes lo construyeron? ¿A qué cultura pertenece? ¡No vaya a ser cosa que encontremos allí un cementerio, un canal, o quizás un templo enterrado como estaba este de Sechín! Tú recordarás que sólo se veía una puntita del monolito con el "indio bravo". ¿Sabes?, por la forma, esto me recuerda a una serpiente gigantesca que hay cerca de Chimbote. Es enorme y está hecha también con piedras bien juntadas y de diversos colores. Baja del cerro a tomar agua de un acueducto que corría por abajo ¡es una cosa preciosa! Lo vamos a ver cuando pasemos por allí porque está bien conservada y se la ve desde lejos. Entiendo que en este caso del toro se trate de un puma gigantesco, lo que pasa es que a esta gente le parece así. Ya ves tú —dijo riéndose y señalando con su bastón la figura ornamental de un monolito— los peones se imaginan, por la estólica que llevan estos personajes en la mano, que los gentiles tenían sus guitarritas. . .

—Estoy pensando —prosiguió tras una breve pausa— que mejor ataquemos cuanto antes a ese toro. El domingo se quedan acá Collier, Pedro y tú, mientras, Mejía y yo nos vamos a ver cómo es eso, y si es algo interesante, pues nos vamos otro día y no lo soltamos hasta agotarlo.

El científico resolvió así porque había que creer a "Re-

duciendo" —porfiaba el huaquero que su nombre era Reduciendo y no Rudecindo—, pues sin ser tan mentado en Casma como el hablantín negro Ubiaga, era hombre de todo crédito y conocía más que su competidor todas las huaquerías del valle, tan así era que tenía sus "minas" arqueológicas bien disimuladas. En cierta ocasión dejó pasmado al sabio llevándole un lindo y rarísimo gorro recamado de largas plumas que a pesar de ser de guanay, tenían un aire estupendo.

A lo dicho, pecho. Partieron ese domingo guiados por el buen Rudecindo. La caminata fué larga y pesadísima porque era un extenso arenal el que había que atravesar, por añadidura el sol arreciaba tan intensamente que iban prácticamente mojados por el sudor. Después de casi dos horas de marcha lograron divisar algunas hileras de piedras, pero, para el sabio, se acabó el carbón.

—Allí está el toro, doctor —balbuceó al fin Rudecindo.

—¿Ése es el toro? —replicó el sabio disgustado, pues ya veía él que no era un puma sino de veras un toro, y qué buen toro, morrilludo y de largas astas, muy bien diseñado con piedras puestas en sucesión.

—Sí, doctor, ése es el toro —repuso el huaquero con aire destemplado.

—¿Y ésas son las piedras que forman el toro? ¿O es que hay otras enterradas? —terció Mejía Xesspe.

—Sí, ésas son las piedras que yo dije. Encimita no más están.

Unos cuantos pasos más bastaron para que se vieran delante la silueta del gran toro que tanto había hecho cavilar al sabio y al huaquero.

—¡Uh. . . pero este toro lo han hecho los muchachos de la escuela. . . —expresó descorazonado y un tanto colérico Mejía Xesspe.

—¿Los colegiales? Qué va... —palabras de "Reduciendo".

—Claro que los colegiales —recalcó Mejía Xesspe—, ¿no ves esos papeles de cuadernos entre la arena? Vendrían de excursión o mataperreando.

—Bueno, Mejía, volvamos —manifestó con calma Tello—, hemos perdido el tiempo tontamente.

Mediaría una hora en que caminaban jadeantes y silenciosos, cuando, riéndose, Mejía Xesspe rompió el silencio para decir:

—Doctor, este toro es otro Timo de Casma.

El etnólogo no contestó, estaba disgustado, guardó su risa para más tarde. Y cada vez que ocurría un chasco semejante, repetía: "es como el toro de Casma".

MANO A MANO

El récord de amonestaciones que he recibido en mi vida ocurrió en Mojeque —huaca ubicada a 10 kilómetros de Casma— y duró dos días continuos, dale que dale. De veras que ya estaba yo medio curtido porque no obstante que en el trabajo era recio, el sabio era muy exigente, minucioso y severo, cualquier minucia de error o desatino le desagradaba. Además, en el año de labor que ya llevaba a su lado, no había dejado de dibujar motivos arqueológicos ni los domingos, porque el antropólogo era insaciable pidiendo dibujos y desarrollos de las figuras mitológicas que estudiaba diariamente. Por añadidura el jornal que entonces pagaba a los peones en los trabajos de excavación era, sin exageración, superior a mi ganancia diaria en más de un doscientos por ciento, pero con todo ello yo estaba encantado porque me gustaba la arqueología y, estando en Lima, me permitía dos horas libres para asistir a mis clases a trueque de reponerlas trabajando los sábados en la tarde y domingos por la mañana, además, ingresando al Museo más temprano y saliendo con retardo.

Un buen día, hallándonos en Casma, sonriendo nos dijo el sabio a Pedro Rojas Ponce y a mí.

—¡Caracoles! Ya ustedes están muy gordos. Es la buena

vida que llevan acá. Conviene que ustedes dos vayan a hacer su noviciado y a bajar de peso en Mojeque. Pedro dirigirá una excavación en la parte donde se extendían los terrenos de cultivo y la limpieza de una terraza en donde hay unas esculturas gigantescas, y tú —dirigiéndose a mí— me haces algunos centenares de dibujos a pluma y a la acuarela.

—Muy bien, doctor —la respuesta de Rojas con el amén mío.

—¡Uh! . . . ¡Esa huaca es fantástica! —prosiguió— yo no he visto nada igual. Ahí se van a quedar ustedes pasmados de ver tanta maravilla.

Efectivamente, cuando llegamos a Mojeque, nos sorprendimos al ver el ligero cateo hecho días antes por el sabio, pues había puesto al descubierto parte de una gigantesca cara escultórica, hecha toda de barro y pintada de colores. Tan estupenda era, que la expresión de risa estaba bien lograda y aún los rasgos étnicos de los antiguos yungas.

Nos abismamos entonces al no concebir cómo, hacia el año 1890, según refirió don Miguel San Román al sabio Tello, el doctor José Mariano Macedo, teniendo por directores de excavaciones a un ingeniero polaco Perkovich y a Armando Macedo Mas, había gastado la entonces fuerte suma de catorce mil soles en hacer excavar la Huaca de las Llamas y volar con dinamita nada menos que toda la preciosa coronación de la Huaca de Mojeque en busca de tesoros.

¡Hasta dónde va el desatino y el desprecio al patrimonio nacional cuando lo empujan el respaldo del dinero y la ambición desmedida por hallar tesoros! Creen los cortos de imaginación que los antiguos peruanos tenían el mismo

criterio económico que el nuestro. No piensan que para nuestros antepasados de entonces el oro no tenía el valor que hoy se le da por lo mismo que era el metal de uso exclusivo para las ofrendas y artefactos de carácter religioso, y por lo mismo no había razón para que fuese escondido, o en último caso, tampoco iban a recurrir como en el siglo pasado a hacer escondrijos en los muros, dinteles y umbrales.

Pues bien, Tello nos dejó allí luego de señalarnos la labor que teníamos que realizar cada cual durante los veinte días que tardaría en retornar él. Nos acompañaban varios peones llevados desde Sechín o Carbonería porque tenían experiencia en excavaciones de carácter arqueológico.

El primer día francamente renegué porque, amén de lo que significaba haber trabajado ya algunos meses metidos en la tierra hasta las narices, allí teníamos que cocinar nosotros mismos, cosa que hoy no me haría mella alguna, pero que por entonces, por primera vez en mi vida, me pareció un mundo. Almorzamos pues avena machacada hervida con un poco de azúcar y, de segundo plato, un arroz que parecía mazamorra casi seca que, dicho sea de paso, lo tiré para que se lo disputasen las lagartijas que se acercaban en busca de desperdicios. Además, con el retraso de meses que ya llevábamos, me mortificaba perder mis estudios ese año. Por consiguiente me alenté con que nuestras cabezas olieran a pólvora, pues pesaba sobre nosotros la amenaza de que todo aquel que flojease, hipso facto sería devuelto a Lima. Pero, mal que me pesase, no podía dejar solo a Rojas ya que, amén de ser mi compañero de estudios en la Escuela de Bellas Artes y ser mi pariente, estaba tan resignado y gustoso que no había ni la más remota esperanza de que pensara como yo.

Como allí nadie me apuraba, mi primera reacción fué resolver haraganear quince días, y los cinco restantes trabajar de seis a seis porque era veloz en el tipo de trabajos que de mí esperaba el arqueólogo. Me di pues a la bartola. Me tendía a leer bajo la sombra del bosquecillo de algarrobos contiguo a la huaca, vagaba por la campiña, hacía siestas prolongadas, cantaba acompañándome con el charango de "quirquincho" con que la peonada se alegraba por las tardes, me las pasaba metido en el río, montaba el jamelgo de uno de los peones, etc. Me gustó tanto el plan que, cumplidos los quince días, decidí continuar, dejando el asunto del trabajo para mañana, y ese mañana no llegó jamás en Mojeque durante la ausencia del sabio.

Rojas, en cambio, cansado de requerirme seriedad, se entregó a realizar un trabajo de veras importante y laudable. Por un lado una gigantesca excavación realizada con suma minuciosidad y por el otro la limpieza de la parte superior de la huaca. Y ésta dejó al decubierto grandes figuras escultóricas modeladas en barro, pintadas de colores y lo que es más, jamás vistas hasta entonces. Era una terraza en la que había grandes hornacinas rectangulares y cuadrangulares que contenían, o una cara enorme, o un busto gigantesco. Las caras, los cuerpos y las manos eran caracterizaciones estupendas y colosales que recordaban mucho a la escultura figurativa moderna. Al lado de una cara que reía, había otra que lloraba con grandes lagrimones que bajaban por las mejillas. Los personajes masculinos llevaban sendas boas que lanceteaban asidas con las manos, y los femeninos, se cogían el manto. Entre hornacina y hornacina, los vanos estaban cuajados de cóndores y felinos de estilización chavinesca incindida en el entortado, realzados además por los colores con que habían sido pin-

tados: rojo, rosado, verde, blanco y negro. Por la fachada del templo y cortando por el mismo centro a las terrazas, ascendía una escalinata cuidadosamente trabajada.

La impresión que causaba mirándolas de abajo y aún desde lejos, era fascinante, a pesar de que aquellas figuras en su mayoría decapitadas se destacaban emergiendo del desmonte dejado por el insensato que años antes mandara destruir aquellas joyas del arte peruano.

El obrero Grimaldo Hijar, con una delicadeza y gusto y una paciencia singular, restauró hábilmente algunas de las caras. Sensible fué que al ser reconstruída la cara que reía, sobre sus propios fragmentos ya delicados por los efectos de la dinamita, se fuera abajo antes de ser fotografiada. Sensible también el que yo no comprendiese entonces la ocasión que perdía.

Estoy seguro que hoy tampoco existen las otras figuras maravillosas y colosales, que si bien no podían correr la misma suerte que la anterior, la gente debe haberlas exterminado ya, porque el descuido es entre nosotros un mal endémico y pandémico y nuestras autoridades siempre han pecado más de líricas que de prácticas, todo ello debe haber contribuído a su desaparición, porque además, tales ruinas no han llegado a tener la fama que merecen porque al sabio, por lo mismo de su magnitud científica, no le gustaban los aspavientos y, por añadidura, las revistas arqueológicas y de otro carácter, en donde se publicaron esbozos o referencias a ellas, no llegan al público.

Es lamentable y lesivo a los intereses nacionales que no se restaure ni se limpie siquiera en parte aquellos gigantescos monumentos cuya faz deshecha se va perdiendo cada día, no obstante el ejemplo de otros países que, como México, ven en sus monumentos arqueológicos un factor cul-

tural y aún el renglón promisorio para el incremento del turismo y por ende las rentas nacionales. Yo quisiera haber visto las expresiones de un turista y de un científico, si Macchupicchu con ser de estructura pétrea y contar con un marco de belleza natural incomparable, restaba encanto y magnitud a Mojeque con sus ídolos monumentales y planorrelieves de barro policromado.

Veinte días después, cuando los famosos "huarequeques" anunciaban con su canto el alba, sentimos a lo lejos el claxon persistente de un automóvil. Llegaban el sabio Tello, Collier y Mejía Xesspe en el preciso momento en que, subido en la huaca, empezaba a diseñar mi primer trabajo después de aquellos veinte días de bartola. Recién fué entonces que me arrepentí de haber haraganeado tanto.

—¡Hernandito, qué tal! —me gritó de lejos el sabio, contento de distinguir las impresionantes maravillas.

Al antropólogo le gustaban las cosas por su turno, se encaminó ante todo a observar la excavación practicada por Rojas en la pampa, después subió al templo, paseó y admiró insaciablemente, encomiando las hábiles manos de los artistas del antiguo Perú. Por fin, llegó mi turno, y aunque sabía yo que iba a estallar en cólera, no tenía otra solución que abrir el cartapacio y mostrarle el único e inconcluso dibujo que guardaba.

—¿Cómo, esto es todo —repuso algo sorprendido ya que mi récord de ilustraciones de un día era 72 entre monolitos y cortes de tumbas.

—Sí, doctor, este. . .

—No puede ser —replicó entrando en cólera—. ¿Entonces qué demonios has hecho durante veinte días?. . .

Ya no hablé ni una palabra más porque la cuenta me iba a salir muy mal.

—¡Pedro! —gritó colérico dirigiéndose a Rojas al ver que yo no decía ni sí, ni no—. ¿Qué significa esto? ¿¡Un dibujo es todo lo que ha hecho este muchacho?!

—No sé, doctor —respondió Rojas.

—¡Pero, cómo que no sé! ¿Tú no quedaste de jefe?

Rojas calló también y luego el sabio volviendo a mirarme prosiguió.

—¿Pero qué cosa has hecho en los veinte días que estás acá?

Yo no tenía más recurso que callar.

—¡Y te atreves a entregarme un solo dibujo! ¡Yo no concibo semejante barbaridad! ¡Salvaje! ¡Bellaco! ¡Serrano! ¡Ahora mismo te largas a Lima! ¡Ocioso!

Y aquellas palabras empezaron a caerme como un torrente que no cesaba. Por último, al mediodía en que el hambre arreció, le acompañé a buscar choclos por la soleada y fascinante como parecía la campiña aquel día, y a lo largo de todo el trayecto, seguían cayéndome sus rezongos como una letanía. Pero ya no me mencionaba que me enviaría a Lima, y eso era lo que yo deseaba de todo corazón. Es que, en medio de todo, si bien me orlaban grandes defectos, al menos tenía un lado bueno cuando se me pasaba el indio, su severidad tenía muy poco que ver conmigo ya que hasta entonces había sido trabajador como el que más, aún de seis a seis y muchísimas veces aún de ocho de la noche a diez, tiempo en que, contando con la luz del hotel, solía dictarme sus conclusiones, o simplemente me hacía leer gran parte de lo que en el día me había dictado en el campo. Ese trabajo y todos los demás lo hacía yo de buena gana y hasta riendo y aún los domingos todo el día, era lo que subrayaba íntimamente el sabio, pero nunca me lo decía para que no me "malograra".

Sin embargo, hasta allí las peripecias de aquella ocasión no habían concluído —dale que le darás escopeta—, la canción tenía que continuar y los chubascos iban y volvían y el asunto tenía larga cola.

Por la tarde, una vez que hizo armar su carpa [1] cerca a la nuestra, en la cúspide de la huaca para eludir a los zancudos, todavía colérico conmigo, me entregó una ollita llena de manteca de chancho para que la guardase. Pero me advirtió haciendo énfasis:

—¡A ver, tú te encargas de guardar bien esta manteca! ¡Pero cuidado con que mañana vayas a salir con que el zorro se la comió!

A pesar de la fama de astuto que goza el zorro y no obstante que en cierta ocasión, en Apata, un zorrito tuvo la audacia de penetrar a un rancho y llevarse casi de la cabecera de los dueños y mientras dormían, una olla de manteca y que después vieron al ladino muy tranquilo con la boca de la olla a manera de collar, bah. . ., esa tarde pensé gastarme una broma con el zorro y con todos.

Me fijé que exactamente detrás de la carpa del sabio había un hueco pequeño y todo de granito, como estaba a ras del piso, metí allí la olla y la tapé con una laja grande y pesada y le coloqué encima gran cantidad de piedras de buen tamaño, y a una altura tal, que más que tapa parecía un obelisco. Quería ver si el zorro iba a ser capaz de comerse la manteca. Por añadidura, pensaba que si lo pretendía, al caer las piedras el primero en despertarse tenía que ser el sabio o Mejía Xesspe por lo mismo que dormían

[1] Es necesario aclarar que la carpa en cuestión no era como esas que llaman así, el sabio no podía darse semejantes lujos; era un conjunto de palos que los cortábamos en el lugar y sobre los que tensábamos costales cosidos unos con otros.

juntos y se hallaban a menos de un metro del "obelisco", y el antropólogo me vió levantando la ruma aquella con gesto que me hacía comprender que advertía que lo hacía en son de broma.

Al día siguiente, cuando el doctor Tello estaba por preparar su famoso "scramble" —revoltijo de huevos y col picada— para que desayunáramos, me pidió pues la manteca. Me quedé inmóvil. Grande fué mi sorpresa al ver que la ruma de piedras había sido deshecha. "Pero imposible que sea el zorro el autor de esto" —pensé—, porque las piedras eran grandes. Eso no podía ser la hazaña de un zorro, de un animalejo relativamente pequeño. . . Pero, al mirar para uno y otro lados y buscar, vi que a pocos pasos estaba tirada la olla, tan limpia de tantas lameteadas y, para mayores señas y pelos, allí estaban las pisadas de uno o dos facinerosos de ésos.

Si ni el sabio ni Mejía Xesspe habían escuchado ruido alguno con estar el "obelisco" casi a la cabecera de ambos y el zorro o los zorros lo habían deshecho sin duda en medio de un ruido infernal hasta dar con la manteca, menos podía haberlo escuchado yo que estaba a cierta distancia. No había cuestión, no era yo el responsable por haberlo asegurado como más se podía allí. Y nos habríamos quedado sin "scramble" y sin desayuno a no ser la mantequilla que felizmente cargaba el antropólogo doctor Donald Collier.

Pero la pérdida de la manteca avivó el rescoldo de los rezongos que había recibido por mis veinte días de bartola que, aunque tocaban esta vez a ellos mismos, se prolongó todo ese bendito día sobre mí, quizás porque no decía yo, esta boca es mía.

No obstante, la rehabilitación vino sola. Tres o cuatro

años más tarde, la arqueóloga colombiana doctora Blanca Ochoa Sierra, riéndose me manifestó:

—Hernán, ¿y qué cosa hizo usted durante esos veinte días que lo mandaron a Mojeque con Pedro? El doctor Tello nos contó riéndose a Edith [2] y a mí. Le encanta contarlo pero hasta hoy no sabe lo que hizo usted.

2 Edith Jiménez Arbeláez, compatriota de la doctora Ochoa Sierra que a la sazón estudiaba también arqueología como becaria en la Universidad Mayor de San Marcos.

LA GRAN PARRAFADA

Nos faltaban pocos días para abandonar Mojeque y se acercaba el día que tanto anunciaba el sabio cada vez que mirábamos los cerros cercanos, de que "en la antevíspera de partir nos subiríamos a una peña —y señalaba— y desde allí daríamos —así en plural— una gran parrafada describiendo todo el valle de Casma".

Es que la peñolería a la cual siempre señalaba, tenía en la parte alta una saliente pequeña a manera de voladizo triangular y estaba claro que desde allí se dominaba espléndidamente el vasto panorama.

Al buey por el asta y al hombre por la palabra. Llegó pues aquel día, y como el trabajo había de ser excesivo, el doctor Tello graciosamente, para que yo "aguantase", me hizo almorzar ración doble y en seguida de echar el último bocado salimos muy orondos y contentos a desafiar al peñón aquel, que felizmente estaba muy cerca, apenas a un par de cuadras. El sabio, no obstante que entonces tenía cincuenta y siete años de edad era recio en estos trajines, haciendo maromas prendido de las peñas era tan ágil como un muchacho y lo fué aún pasados los sesenta y cinco años. El calor arreciaba tanto que sudábamos a gotas, pero, pronto nos encaramamos en el peñón aquel.

Ya una vez en el triangular y estrecho espacio, para

dominar mejor el panorama, se colocó adelante y yo me senté detrás recostado sobre una pared granítica. Si él avanzaba o daba un paso a cualquiera de los costados, encontraba el vacío, si atrás, me daba un pisotón, no había pues lugar para moverse.

—Acomódate lo mejor que puedas y llena bien de tinta el lapicero porque esta parrafada ha de ser extensa —fué su indicación.

Hacer dibujos a pluma en su cuaderno de viajes resultaba para mí un descanso, pero escribir, era asunto muy bravo. Ya antes de partir de Lima la doctora Rebeca Carrión Cachot de Girard me había hecho esta advertencia.

—Oiga usted Hernán, debe saber que el doctor dicta muy ligero y no le gusta repetir lo que ya haya dicho, de manera que tiene usted que ser veloz. Mucho cuidado con decirle "¿qué me dijo doctor?" porque le dará un disgusto.

Y era así efectivamente, y aún pedía letra legible —como felizmente es la mía— no quería "letra de suertero", de manera que a poco rato de entrar en acción el brazo empezaba a doler y no había cómo detenerse, salvo que hubiese alguna ilustración que añadir.

Cuando me hube acomodado lo mejor que pude y estaba por decirle que ya empezara a dictar, le vi de pie, apoyado en su bastón contemplando con avidez los lontanos cerros arenosos del estrecho valle. El sol era intenso y sofocante pese a que estábamos en setiembre.

Empezó pues a dictarme con su habitual rapidez y yo a correr procurando no atrasarme, coger todas las palabras y poner letra clara. Para entonces ya no me dictaba la puntuación que eso en algo me ayudaba, entonces ya tenía suficiente práctica que la puntuación tenía que sacarla de

la hilación y del tono de voz que imprimía a su dictado.

Su dominio geográfico de todo el valle era absoluto, pues ya lo había recorrido acompañado de un baqueano y preguntando repetidamente a los peones y yanaconas [1] los nombres de los cerros, quebradas, abras, haciendas, parajes, rancherías, caminos, etc. Tal era su minuciosidad geográfica que asombraba tanto como su dominio de conocimientos arqueológicos. Razón tenía para reírse de los arqueólogos de escritorio. Mucho más para aquel norteamericano que sin más ni más y de rondón bautizó de "Gallinazo" a una huaca.

Pues bien, escribía que escribía yo, y cuando llegué a la cuarta página, creí que habríamos avanzado bastante, sin embargo, como las conté más tarde, estábamos lejos del final, pero ¡cátate! que en pleno trabajo empecé a luchar conmigo mismo, esa malhadada ración doble me estaba molestando mucho, ya me estaba dominando en tal forma que iba a descontrolarme.

No sé que tiempo habré dormido, el caso es que por más que me mordí los carrillos y por más que me pellizqué fuertemente, me venció el sueño. Cuando desperté me di un sustazo, el sabio seguía dictando al aire, a los "huarequeques", a los "olleros", a los pericos o "chalchacos" que rondaban los maizales. Mi cuerpo estaba como bañado en sudor. Miré el cuaderno y las últimas letras eran sumamente ilegibles y cada vez más grandes y por último una gran línea culebreada parecía amenazarme con la delación.

Me asusté, pues, ante la perspectiva del tremendo lío que me esperaba. No atinaba cómo salir del trance, lo único

[1] Pequeños arrendatarios de lotes de una hacienda.

que hice en mi temor de que voltease la cara fué fingir una ligera carraspeada.

El tiempo que pasaba, él que seguía dictando a los cuatro vientos y yo que no sabía cómo remediar el asunto ni cómo retener las palabras que veloces seguían surgiendo de sus labios aumentaron mi preocupación. Pero, pensando en que ello me reportaría una reprimenda a lo largo de un mes y aún más, acordándome que ya tenía bastante con el colerón que le dieron mis veinte días de ociosidad, no me atreví a decirle nada. Verle disgustado me aterró, me limité solamente a prometerme no volver a repetirlo. Y seguí de allí donde me había quedado, sin tener en cuenta hilación y nada, más bien para alentarme me dije: "adelante".

Por fortuna, hace poco se dió a publicidad todo lo referente a Casma en esa expedición, y la ordenación y revisión corrió a cargo de su discípulo predilecto, arqueólogo Mejía Xesspe, que conoció y estudió también palmo a palmo todo lo que entonces trabajamos. Se me dirá sin duda que fuí un irresponsable, es cierto, pero hay en mi favor que todo ello fué tan involuntario y tan a pesar de mi resistencia, que estoy seguro que a cualquiera le ocurriría lo mismo en tales circunstancias y no siendo todavía ciudadano, pues yo no tenía aún mayoría de edad.

PESCANDO

Llegó hasta el campamento de Mojeque el Administrador de la Hacienda San Fulano a quien el arqueólogo había conocido días antes. Naturalmente que su presencia interrumpió al sabio que iba dictándome observando el templo. Y para que yo no me quedase brazo sobre brazo mientras él atendía al visitante, me indicó los aspectos que debía ir dibujando en el cuaderno de campaña y luego se puso a charlar.

Comprendí que el Administrador era bonachón y hombre de aquellos que desde el primer momento inspiran confianza y pronto me olvidé de ellos. Pero al cabo de una hora, cuando yo había hecho todos los dibujos que me había solicitado y retornaba hacia ellos que seguían en animada conversación, tuve una rarísima sorpresa. No me sorprendí por lo animado de la conversación, sino por el léxico que el sabio estaba utilizando, pues las sonrisas las sazonaba con ajos e interjecciones burdas que jamás le había escuchado. A cada frase le añadía el consabido apéndice que usa la gente baja.

Juzgando el Administrador que mi presencia era la de recordarle que el arqueólogo debía seguir dictándome, cortó la conversación y se marchó. Yo estaba sorprendido porque ni aún en la intimidad de los campamentos le había oído

soltar siquiera una palabra de aquéllas, y pareció comprender mi sorpresa.

—Oíste que hablé echando ajos a cada momento... —me dijo, disponiéndose a continuar trabajando.

Me sonreí solamente.

—Es que tuve que adaptarme a la conversación de este señor. Imagínate pues tú, si le hablaba en otra forma no le hubiera sacado nada. En cambio usando ajos le di más confianza y me ha ofrecido mandarnos todos los peones que necesitemos. Pueda que no nos sea necesario, pero de todos modos en un caso dado tenemos solucionada la falta de peones.

MERECÍA UN GARROTAZO

Recorría el arqueólogo parte del perímetro cultivado del Valle de Casma tomando nota de los nombres geográficos y explorando todos los rincones para hacer una descripción, cuando llegamos a una choza de la que salió un campesino que apenas hablaba el castellano y a quien el sabio le preguntó por los nombres de los parajes cercanos, pero como los ignoraba por ser forastero, terminó preguntándole si tenía huacos.

Para sorpresa suya, apenas terminó de preguntarle, el campesino dió media vuelta e ingresó a su choza para retornar portando una linda escudilla de plata cuya decoración hablaba del arte mochica. Se advertía que la había limpiado, pues estaba brillante. Un ejemplar si no raro, al menos interesante.

Como en esos casos los huaqueros pretenden cobrar un dineral por cualquier especie arqueológica, el sabio aparentó no mostrar el menor interés, a fin de que el huaquero terminase vendiendo la especie por cualquier precio.

Quería el hombre cien soles por la escudilla. Pero como Tello no mostrase interés y el campesino en medio de su incapacidad tenía trazas de vendedor, volvió éste a penetrar a su choza y retornó armado de una áspera lima y, con ella, a la vez que ponderaba de que era de plata pura.

le dió varias limadas para demostrar la pureza metálica. Mas el arqueólogo repuso tranquilamente:

—No, no lo quiero. Y dime, ¿de dónde eres?

—De Pescobamba, patrón.

—¿Y no has visto en Piscobamba casas de gentiles? ¿No hay en Piscobamba piedras con dibujos? —indagó Tello.

Antes de responder a la pregunta, el huaquero dió varias torpes limadas sobre la decoración repujada de la escudilla, tratando de hacer caer limaduras en la palma de su mano y luego de conseguirlas se las ofreció al sabio invitándole a que las examinara.

—Bin pora plata es patrón. Bin feno plata, cien soles nomás vale, patrón. Comprátelo, patrón.

Volvió a negarse el arqueólogo y a repetir que si en Piscobamba había ruinas y piedras grabadas.

—Bastante casa de genteles hay, patrón. Pero como este plato feno nu hay, patrón.

—¿Y no has visto piedras con dibujos, con rayas? —insistió Tello.

—Hay bastante casa de genteles, patrón, mocho pidra con retrato de "Shapsaco" [1] tamín. Pero como este plato feno, nu hay. Mijor comprátelo aura, patrón.

Y en seguida el campesino empezó a dar tan recias limadas a la escudilla, que el sabio no pudo continuar hablando.

—Mejor vámonos de aquí —me dijo, empuñando con fuerza su bastón— porque si este salvaje da una limada más, no voy a contenerme, le doy su garrotazo. . .

1 Diablo.

REVISIÓN CUADRUPLE

El descubrimiento del Templo de Sechín nos retuvo en Casma algo más de tres meses, de manera que el día de la partida lo hicimos todos con cierta tristeza porque nos habíamos acostumbrado. De nueve miembros que tenía la expedición al partir de Lima no quedábamos sino cuatro, el antropólogo Tello, Mejía Xesspe, Rojas y yo.

Ya no había "lujos" de ninguna clase porque con varios meses de excavaciones y con tantos obreros y tantos moldes sacados a más de un centenar de monolitos, el dinero había mermado mucho. Y como nuestras autoridades sólo habían contribuído con la parte moral y la Fundación Rockefeller no iba a dar más fondos, y por añadidura la suma dada no podía alcanzar sin hacer esfuerzos, el etnólogo iba pues pensando tanto en la arqueología como en la forma de economizar. Por consiguiente buscamos un camión sobre el cual proseguir nuestro viaje hacia Trujillo.

Momentos antes de partir dimos comienzo a nuestra habitual "revisión". Es decir, que cada uno de nosotros tenía que pasar minuciosa revista a los veladores y rincones y si acaso oler todos los resquicios de las habitaciones que habíamos ocupado para no dejar nada olvidado. Y el sabio tenía la costumbre de repetirnos hasta la saciedad antes que él hiciera la última revisión.

¡Ah!... que si algo encontraba..., había perorata de

dos o más horas. Nos mandaba chubascos en los que alternaban palabras y frases como "ociosos, bellacos, pobre Perú", etc.

Pero ese día algo ocurría, esos epítetos no podían venir a cuento.

Hallándonos ya en viaje y cerca del puerto de Chimbote fué que, cuando menos lo esperábamos, el sabio dió un grito.

—¡Muchachos!, ¿y mi cantimplora?

Nos incomodamos al oírle. Especialmente yo que haciendo de secretario de campaña tenía que ver con la famosa cantimplora.

—¡Pare un momento! ¡Pare el carro! ¡Pare! —las palabras de Mejía Xesspe.

El camión se detuvo y nos pusimos a buscarla. Alegría en todo el cuerpo. Felizmente la llevábamos.

—Vaya —dijo el antropólogo—, esa cantimplora es un recuerdo de Harvard.

No avanzaría el camión un kilómetro, cuando otro grito nos destempló aún más.

—¡Muchachos!, ¿traen mi mosquitero?

Nadie dijo una palabra, fué él mismo quien se dió la respuesta.

—Nos divertimos. . . —manifestó contrariado—, nos hemos olvidado mi mosquitero. Demonios, y no haberlo visto estando en nuestras narices.

Y era cierto porque tenía el mosquitero de marras tal tamaño, que empezaba a ras del techo y bajaba hasta cubrir totalmente su cama, era tan grande que él ni nadie se dió cuenta en las tantas revisiones que efectuamos. En el acto y en pleno camino me dictó una carta para don Miguel San Román que la enviamos en el primer vehículo que pasó en sentido contrario.

PACIFISMO DEL PACÍFICO

Rafael Chachapoyas era un chófer veterano en los caminos del Norte, pues por eso lo buscó el sabio porque ya estaba escaldado con los padecimientos que daban los chóferes poco conocedores de los arenales, de manera que, yendo de Trujillo a Pacasmayo, el antropólogo le indicó que al llegar a este puerto, nos llevara a un hotel que no fuese caro, pero sí, limpio.

Y aquél detuvo pues el auto en las puertas del "Hotel Pacífico", nombre sugestivo que nos dió confianza. Subimos a solicitar cuatro camas y encontramos a los dueños haciendo honores al día domingo con algunos amigos, paladeando cerveza y pisco a todo pasto. El grupo nos llamó la atención por lo homogéneo en su pureza étnica mochica a la cual estábamos acostumbrados por el continuo manejo de los huacos antropomorfos de esa raza milenaria, nos pareció pues interesante. La dueña, una mujer delgada, con muy poco talante amigable y al parecer con los humos de la cerveza algo subidos, se levantó sin embargo y nos indicó las habitaciones que debíamos ocupar y hacia ellas subimos nuestros numerosos equipajes.

Ya cuando habíamos subido todos nuestros bártulos, cuando el antropólogo esperaba abajo en la puerta de calle que Mejía Xesspe bajase a cancelar la cuenta que se adeu-

daba al chófer, Pedro Rojas Ponce le advirtió que las camas eran sucias, que las sábanas no podían ni mirarse. Ante la mala nueva, Tello no hizo sino decir:

—Pero, por qué Mejía no se fijó bien. Si es así, pues vámonos a otro hotel. ¡A bajar los equipajes se ha dicho! Felizmente, Chachapoyas nos llevará a otro mejor.

La dueña, en medio de su embriaguez, ya había observado que todos obedecíamos órdenes de aquel hombre de faz india y gestos pulidos pero enérgicos que estaba parado en la puerta de calle apoyado en una sonda a guisa de bastón, luciendo botas, casaca y sombrero viejos, en fin, con el aspecto de "un cualquiera" como alguien dijo en Sayán mirándolo boquiabierto. De modo que en cuanto la hotelera vió que comenzábamos a bajar y cargar nuestros equipajes nuevamente al automóvil, ¡por Dios!, se desbocó iracunda y con una lengua que cortaba más que un hacha, soltándonos una lluvia de epítetos procaces ante la vista y paciencia del marido y los amigos. Se esmeraba en menudear y engarzar una verdadera erudición de groserías.

Pero en una de las tantas veces que pasábamos subiendo o bajando, por delante de esa especie de ametralladora de insultos, le oí decir:

—¡Al último que salga le voy a dar una sófera cachetada para que vean lo que es bueno!

Oír una prevención de tal naturaleza y de boca de una mujer evidentemente capaz de agarrar el cielo con las manos y hacerlo trizas, era pues una advertencia seria, más estando ella bajo los efectos de los tragos. Por consiguiente no quise ser el último en salir. Tomé todas las precauciones y fuí el primero en llevar todo lo que me tocaba hasta la calle y le dije al antropólogo lo que aquélla se proponía.

—¿Quién le hace caso? . . . Esa mujer está en copas —fué su respuesta.

—Pero doctor, si está como una fiera y se da cuenta de lo que hace y dice —repuse.

Y justamente en ese instante la mujer asomó escalera abajo y sin dilación apuntó su metralla parlante hacia el sabio.

—¡Tener a menos a un hotel adonde viene la gente! ¡De dónde diablos vendrán estos yanaconas [1] acostumbrados a dormir en barbacoas! [2] ¡Qué van a conocer estas frazadas, éstos se taparán con jergones! ¡Salir con prosas!...

En fin, le endilgó una apretada lluvia de insultos que por lo menos la hacían acreedora a un par de horas en el calabozo. Pero como la cuestión, por lo mismo que nos encontraba callados iba en aumento y ante la indiferencia del sabio, dije en voz alta, mirando a la hotelera para que se comprendiese que se trataba de un personaje al cual debía guardar respeto.

—¡Doctor, mándela presa!

Pero la sugerencia lejos de intimidarla la atizó más. El insulto fué ya directo para el sabio.

—¡Sabe Dios de dónde vendrá ese huaquero que está allí parado! ¡Fuera de acá huaqueros! ¡Este hotel no es para huaqueros!

Parece que la sonda que en ese momento tenía el arqueólogo a manera de bastón dió a la hotelera idea de que teníamos mucho que ver con los huacos. Porque en esos lugares y en casi toda la costa, y algo en la región andina, pese a leyes y a inspectores que a veces no se mueven a falta de algo, los huaqueros son algo así como profesionales que se ganan la vida destruyendo valiosísimas tumbas milenarias, a nadie se le ocurriría señalarlos para que los llevaran presos, más bien por lo general son alentados por los

[1] Arrendatarios de lotes en las haciendas.
[2] Especie de tarima alta, pero fija y firme, hecha con palos burdos.

hacendados y comerciantes, los unos para sus colecciones o simplemente para regalar a sus amigos, y los otros para venderlos en las tiendas de antigüedades que en Lima venden libremente toda clase de especímenes arqueológicos.

Pues bien, en aquellos instantes en que la furia de la hotelera marcaba 100, pasaba sosegadamente el último de los expedicionarios, y ella que tenía el pretexto en las manos, fiel a su palabra, ¡zuá! le propinó la "sófera cachetada" que le hizo sonar el carrillo dejándolo en suspenso por la novedad, pues lo había cogido de sorpresa. Y tuvo que salir presto porque de otro modo estaba por caerle la segunda.

ODISEA DE UN PANETÓN

Hallándonos en Casma, el arqueólogo Mejía Xesspe recibió en víspera de su cumpleaños un panetón que le enviaba su esposa. Seguramente, pensando que su esposo estaba acompañado escogió la señora uno grandazo, como era de esperar, nos convidó pues a todos, pero a cada cual nos dió sólo una rajita de panetón haciendo la salvedad de que ese regalo iba a ser bien guardado porque nos habría de servir cuando estuviéramos al otro lado del Marañón. Conviene destacar aquí que la minuciosa precaución de Mejía Xesspe siempre ha servido de mucho al sabio Tello, porque al final de cuentas redundaba en economías y éxitos.

Pero, qué iba a intuir la señora Mejía para quién lo mandaba, pues, pasaron los meses y nos olvidamos del panetón que guardaba celosamente aquel compañero. Sin embargo, un día salió inesperadamente a luz cuando en Pacasmayo el sabio ordenó reducir los equipajes en vista que se vislumbraban muchas dificultades adelante de Cajamarca. Revisamos los papeles, hoja por hoja, y todo lo inútil fué a la basura o remitido a Lima. Luego nos hizo sacar el equipo personal y al serle mostrada cada prenda, él decía: "eso a Lima", o bien: "eso a la basura". Pero cuando llegó el turno al equipaje de Mejía Xesspe y surgió al fin el bendito panetón —bien seco, desde luego—, el sabio se puso muy serio:

—¿Qué cosa es eso? —dijo.

—Es el panetón, doctor —repuso Mejía Xesspe.

—¡Cómo! ¿Y lo guardas todavía?

—Claro, doctor; si eso no ha de servir.

—Bueno, eso al río.

Mencionó el río porque nos habíamos alojado en el "Hotel Ferrocarril", cuyo largo balcón interior daba al río. Pero parece, según la pregunta que el sabio hizo más tarde, que al decir río soslayaba el estómago de uno de los expedicionarios. Quizás lo hizo para evitar mayor resistencia del dueño y también que al día siguiente continuase haciendo bulto.

—Pero, doctor —palabras de Mejía Xesspe—, debemos de guardarlo porque al otro lado del Marañón no vamos a conseguir nada...

—No, señor; ese panetón se va al río. Hernando —dijo el sabio entregándolo—, bota este panetón al río.

Y Hernando, sonriendo, lo cogió dulcemente, pero se quedó esperando la ratificación de la orden.

—Pero, doctor; eso no se malogra y nos hará mucha falta cuando no tengamos qué comer —repuso Mejía Xesspe.

—Al río, he dicho... —replicó disgustado el sabio.

Hernando no esperó más órdenes; salió de la habitación y, en vez de tirarlo al agua, se lo llevó a su cuarto y retornó con las manos vacías. Aunque ya habíamos comido, se vislumbró para él una buena cena, pues no podía guardárselo ya que al día siguiente a las ocho de la mañana debíamos estar viajando a Chilete, de manera que tan pronto como fué llevado a la agencia de transportes el bulto en que se remitía a Lima parte de nuestro equipaje, Hernando se dedicó a roer el panetón, y lo terminó más que todo, porque estaba riquísimo; de otra suerte, por lo menos la mitad habría ido a parar al agua.

Semanas más tarde llegó, al fin, el momento del desquite de Mejía Xesspe, pues le escocía que, tras haberlo cuidado durante algunos meses fuera tirado al agua sin más ni más. Nadie sino él se acordaba ya del panetón, cuando nos lo trajo a la memoria en Cochabamba —Chachapoyas— en momentos en que tomábamos nuestro habitual desayuno, agua de hierba Luisa, sin azúcar y con unas cuantas papas menudas en vez de pan. Moviendo la cabeza socarronamente nos hizo presente lo bien que en esos momentos nos habrían caído algunas tajadas del panetón.

El sabio, con la expresión y con pregunta que hizo sonriendo pareció dar la razón al discípulo predilecto.

—Oye, Hernando, ¿y llegaste a botar el panetón de Mejía al río?

—No, doctor; me lo comí esa noche.

—¡Ah! . . .entonces —dijo el antropólogo— ha servido, no hay que lamentarse; hiciste bien.

ARCHIFAMOSAS RUINAS INCAICAS DE CELENDÍN

Cuando el antropólogo Tello salía en sus expediciones, en algo se asemejaba a Don Quijote saliendo por los campos de Montiel. Como aquel caballero andante, él también iba en pos de acaecimientos de su predilección; de ahí que sus descubrimientos fueron numerosos y sus exhaustivos estudios en el terreno le dieron bastante autoridad. Fijaba la meta y se lanzaba sin saber cuándo arribaría al final y, luego, preguntando aquí y rastreando allá, desviaba su ruta por donde viera entuertos y misterios milenarios que desfacer para después proseguir haciendo un gran sesgo por sendas poco frecuentadas por si acaso fuera también a encontrar algo por allí.

Llevaba así ya cuatro meses de retraso cuando la Expedición Arqueológica a la Hoya de Marañón —1937— llegó a Celendín. Un té fué la introducción de una amenísima y prolongada charla entre el sabio, autoridades y vecinos notables. El hambre que el famoso científico tenía entonces —pues sólo había desayunado— desde luego que no se disipó con las dos o tres pastas que políticamente se sirviera, pero sí en un santiamén con la gran noticia: ¡las ruinas de Tolón! ¡Una ciudad incaica en la cima de una montaña!

Los informantes eran dos maestros jóvenes y un señor

que hacía años peinaba canas y cuyos apellidos anoté en la libreta que para el caso cargaba, ya que, como ilustrador del diario del sabio y por añadidura secretario de campaña, iba cazando datos por si algo se le escapase de tantos pormenores que le proporcionaban. Los tres fueron quienes entre los numerosos concurrentes se ganaron por muchos minutos la atención del famoso antropólogo. Los dos primeros la conocían muy ligeramente, mientras que el señor de los bigotes canos, hurgando recuerdos de su juventud, época en que dijo haberla visitado, hasta hizo breves descripciones de la ciudad incaica en ruinas y en la misma cúspide del cerro Tolón, ubicación y referencias que nos trajo a la memoria las no menos famosas ruinas de Tunanmarca (Jauja) cuando Pedro Rojas Ponce —jaujino— y yo, echamos nuestras cucharadas en los comentarios.

El Dr. Aladino Escalante, amigo del sabio y a la sazón Director del Colegio Nacional "Javier Prado" de esa ciudad, y uno u otro concurrente más, equilibraron también la atención del gran amauta al aportar datos sobre las extraordinarias y hasta entonces ignoradas chulpas líticas de Chocta. Pero, por el calor y el entusiasmo con que los toloneros recomendaban lo suyo, obtuvieron primacía. El sabio, conforme le contaban, mentalmente iba cotejándolas con los lugares arqueológicos más o menos semejantes a fin de tener una previa identificación y comentarlas anteladamente. Así, tras escucharlo todo, respondió:

—Bueno, señores, entonces, tan pronto como regresemos del puerto de Balsas, nos vamos para Tolón.

Vueltos de Amazonas y llegado aquel día, salimos para allá formando una numerosa y alegre cabalgata a cuya cabeza iba el sabio acompañado de autoridades, de maestros y numerosos alumnos. Al antropólogo no le agradaba otra compañía que la de su gente a fin de perder el menor tiempo

posible, pero, tan grata y amena fué la compañía y tan sugestivos los encantadores campos por los que pasamos, que las cuatro horas que echamos en llegar a La Totorilla, al pie del famoso Tolón, transcurrieron sin que las sintiésemos.

Se ponía el sol y, por el levante, adustas y negras nubes avanzaban chocando y lanzando rayos y truenos. Felizmente por allí había una casucha abandonada en cuya pequeñez cupieron más de cincuenta personas, porque tenía "chacanas" o anchos anaqueles burdos superpuestos, para colocar allí las cosechas.

Cuando el frío que arreciaba y el cansancio obligaron a la mayoría a recogerse a dormir, pues todos se acomodaron en las "chacanas" y en el suelo. Por supuesto que al sabio le brindaron lugar preferente, donde dormían los labriegos, ya que tenían pellejos de carnero a guisa de colchón, de manera que allí tendió el antropólogo su bolsa de dormir.

Entretanto, Toribio Mejía Xesspe, el discípulo predilecto, y los dos restantes miembros de la expedición, mientras asegurábamos las bestias a sus estacas, hablábamos, naturalmente, del fiambre. Pero, quién iba a ponerse a cocinar a esas horas y con el cansancio que llevábamos. Sin embargo, Mejía Xesspe dijo, chasqueando la lengua:

—¡He traído carne de chancho! . . . ¡Fresquecita! Busquen leña y comeremos chicharrones; el doctor también estará con hambre. ¿Qué dicen?

Oír hablar de chicharrones con el hambre que llevábamos era como recibir la orden más fascinante. Pero . . . ¡ah, desdicha! No bien habíamos reunido la suficiente cantidad de boñiga, que era lo único que podía encontrarse en esa puna, empezó a llover torrencialmente. Sin em-

bargo, tal era el deseo y tal el hambre, que éramos capaces de hacer sacrificios mil por chicharrones, a esas alturas.

Nos pusimos nuestros "ponchos de agua" —retazos de esos encerados con que empacan mercaderías— tan tiesos que parecíamos listos a bailar la danza de los cóndores. Con el poncho de Mejía sostenido por Rojas y yo improvisamos un techo bajo el cual, luchando por más de una hora con la boñiga mojada, con la oscuridad, el humo y la lluvia sesgada, nos dimos el regalo de saborear chicharrones, aunque un poco tostados más de la cuenta.

Pero, cuando luego Mejía Xesspe se acercó al rancho para invitar al sabio y sus acompañantes, nadie le respondió; eso más parecía un contrapunto de roncadores. Lo serio para nosotros en aquel momento fué no disponer de sitio para echarnos a dormir, de manera que no tuvimos otra solución que tendernos con gran parte del cuerpo bajo techo y el resto fuera del rancho, lo que, por cierto, a la larga nos valió mucho, ya que nos libramos de algo terrible.

Al salir el sol, el antropólogo —que siempre era quien nos despertaba— nos encontró lavándonos en un arroyuelo y luego del recíproco saludo, lo primero que hizo fué preguntarnos:

—¿Y, muchachos? ¿Qué tal noche pasaron?

—¡Uf!... A cuerpo de reyes, doctor —respondió Mejía sonriendo.

—Yo sí que pasé una noche... ¡pero terrible! ¡A media noche sentí que mi cama estaba plagada de pulgas que se hartaron de picarme y sólo así pude conciliar el sueño —dijo el sabio mientras se rascaba las espaldas con el bastón metido por debajo de su casaca.

—¿Te diste el lujo de comer chicharrones? —observó el antropólogo mirándonos luego a los demás.

—Nosotros casi dormimos afuera, por comer chicharrones —terció Rojas Ponce.

—¿Y comieron todos?

Pero, una fuerte picazón le interrumpió, porque algo más iba a decir. Arrojó el bastón y empezó a quitarse la ropa diciéndonos:

—¡Creo que estoy lleno de piojos! ¡Ayúdenme a ver qué demonios tengo, no concibo qué cosa puede ser!

Cualquiera lo hubiera creído un loco porque en un tris quedó semidesnudo, en plena puna y en tanto frío. Lo raro fué que en su ropa no había rastros de pulgas ni había piojos; en cambio, le vimos en el cuello y en las espaldas una especie de estaquillas rojizas. ¡Eran garrapatas! Se habían incrustado de cabeza y de tal manera que, cuando las jalábamos, la piel del sabio se estiraba y su rostro se contraía de dolor.

Tras aquella nauseabunda cosecha y su desinfección, que fueron algo así como el preludio de aquel 28 de octubre de 1937, día memorable para los fastos de la historia celendina, llegó la hora de ascender al famoso Tolón que, amén de su nombradía, estaba en el mapa que llevábamos. Tal es una elevada montaña, áspera y fea, pero preciosos y variadísimos los horizontes azules que desde allí se contemplan.

Pues principiamos a subir a eso de las siete de la mañana y, una hora más tarde, nos alegramos al llegar a un vestigio arqueológico: un rectángulo de más o menos un metro por lado, con muritos de unos cuantos centímetros de altura, el que tomamos como señal de avanzada de las ruinas de Tolón. Sin embargo, conforme ascendíamos, lo notábamos menos trajinado en la antigüedad.

En mitad del ascenso muchos empezaron a menudear descansos y la mayoría no pasó de allí. El sabio, no obs-

tante sus años, era quien siempre iba a la cabeza. Todas las cantimploras estaban ya vacías, y por supuesto que antes se vaciaron las de los expedicionarios que, en plan de economías para prolongar el recorrido de la expedición nos templábamos sólo a punta de maíz y habas tostadas, que eso de los chicharrones sucedió sólo una vez y por cuenta particular.

Por fin, al mediodía alcanzamos la cima, rendidos, sudorosos y sedientos. Y nada de aparecer la ciudad incaica en ruinas.

—¡Nos divertimos!. . . —exclamó contrariado el sabio después de mirar en todo sentido.

—¿Y por qué lado están las ruinas? —preguntó tras una pausa.

—¡A ver, don Fulano de Tal! ¿Por dónde están las ruinas que usted ha visto en esta cima? —gritó socarronamente un alumno.

—¡No hay ni rastro por acá! —añadió otro.

—No sé; a mí me dijo don Zutano. . . —respondió aquél muy abochornado.

—A mí me dijo don Perencejo —contestó don Zutano echando de menos a don Perencejo.

Y mientras los toloneros y tolonistas se culpaban en medio de la sorna de los alumnos, el sabio, tendido sobre una roca, descansaba, contemplando la lejanía bajo ese ámbito colosal y sugestivo. Aunque chasqueado una vez más, no perdió la esperanza de contemplar las perdidas ruinas que tanto nos habían ponderado hasta con señas y pelos, ordenó a tres expedicionarios que avanzáramos hacia atrás.

Pero a poca distancia encontramos a dos labriegos, "ra-

cuana" [1] en mano, a los que Mejía Xesspe les preguntó si conocían las ruinas que había por allí cerca. Se miraron ellos como tratando de recordar y contestó uno:

—¿Casa de gentiles, amito? Nu'ay po acá...

—Sí hay. Muchos las han visto en uno de estos cerros... —insistió Mejía Xesspe.

—Nu he'y visto yo... Po acá nu'ay...

Cuando retornamos a la cúspide el sabio ni siquiera nos preguntó; lo leía en el rostro de Mejía Xesspe, que le informó:

—Doctor, por acá no hay nada. Esto es como el toro de Casma.

Sin embargo no sería extraño pensar que erraron los amables acompañantes del antropólogo pues hace poco supe, por Nicolás Puga Arroyo, relatándome gran parte de sus "Narraciones Cajamarquinas", que el cerro al cual nos llevaron, según los no toloneros que después movieron cielo y tierra por el ridículo, se llama Cueñaspunta. Sea la equivocación de ellos o del excelente mapa del Servicio Geográfico del Ejército que nos guió al mismo tiempo —lo cual dudo que esté fallado—, o sea el error de los toloneros que tan mala memoria revelaron escudándose después en "que me dijo Fulano, que a mí don Perencejo" pues entonces, queda en pie una vaga esperanza de que alguna vez se encuentre la ciudad perdida en una de esas cimas. ¡Ojalá que su descubridor sea un celendino para que así se raspen la costra!

1 Ancestral herramienta de labranza.

¡VAYA CON LOS SINÓNIMOS!

Pienso que el sabio Tello estuvo en un aprieto cierta vez que nos hallábamos en Cochabamba (Chachapoyas), porque me llamó y en voz baja me dijo que la calabaza que usaba como vaso de noche tenía un huequecito y necesitaba otra. Pero no quería ser él quien se lo pidiese a la dueña de casa, sino que yo lo solicitara.

Como la señora en cuestión estaba hilando allí cerca, no tuve que caminar más de diez pasos y sin rodeos de ninguna clase le pedí el favor utilizando desde luego el léxico nativo del Centro que era entonces el único que conocía para ciertos casos.

Pero la dueña de casa, lejos de contestar accediendo o negando mi petición, me miró demasiado sorprendida. Me di cuenta de su asombro, pero sin comprender el motivo de su actitud repetí inocentemente mi pedido, y ya no fué cara de sorpresa la que me puso, sino de franco disgusto.

No había trazas de que yo me diese cuenta de lo que ocurría —bueno, es que entonces era un novato—; miré pues, algo aturdido, al sabio que estaba a cierta distancia y vi que tanto él, como su discípulo el arqueólogo Mejía Xesspe, trataban de disimular su risa. Pero ni aún con eso me pude dar cuenta de la razón del malentendido y, por consiguiente tomando un tono todavía más conciliatorio, volví a repetir:

—Señora. . ., lo que quiero es que me preste su poto. . .

A esta altura la dueña se casa se indignó aún más, en tanto que yo estaba lejos de acertar lo que pasaba por la imaginación de la dueña de casa.

Como a las legendarias secas y de uso a manera de vasijas les llaman en mi región poto, yo no encontraba nada malo en este nombre y me refería sencillamente a ellas, mientras que la señora pensaba que le hacía una proposición deshonesta.

—No, señora —repuse al fin y tratando de explicarme, pero ¡diantres!, no obstante todo eso sin descubrir el motivo de su disgusto—, lo que yo quiero es un poto. Uno como este poto —rematé, señalando al que estaba tirado por allí cerca de ella.

Es que la dueña de casa no lo conocía con ese nombre, sino por el de "chiuche", ella llamaba poto al poto y yo a la legendaria seca. El sabio y Mejía Xesspe se desternillaban de risa y tuvieron para largo.

LOS CÓDIGOS QUE OLVIDÓ

Andar por regiones selváticas en noviembre ya es algo realmente mortificante, pues llueve mucho. En las dos semanas que estuvimos en Cochabamba (Cachapoyas) no vimos sol y en ningún instante nuestros zapatos estuvieron secos. Por consiguiente, los que integramos la Expedición Arqueológica al Marañón, no tenemos otro recuerdo de Cochabamba que los bosques, la lluvia, la niebla, los pájaros que cantaban entumidos, las luciérnagas y unas cuantas chozas de palos dispuestos a manera de jaulas, separadas unas de otras por trechos de bosque y, entre ellas, magníficas portadas trapezoidales y de doble jamba, así como cisternas de blocks de piedra pulida y engastados al estilo incaico puro. Amén de todo eso recordamos también a Venancio Molina y, querramos o no, al hombrecillo del sombrero "cow-boy".

Además, no hemos conocido otro lugar en donde la gente, por cierto, no trabaja casi en absoluto. Y los que trabajan algo, no viven en chozas de palos, sino en casuchas de cuatro paredes, pero estos vecinos no pasaban de dos, uno de ellos era Molina, en cuya casa estuvimos alojados.

Allí no se comía sino chupe de calabaza mañana y tarde. Felizmente conseguimos un poco de papas menuditas para hacer menos impasable el agua de yerba Luisa sin azúcar

que tomábamos por desayuno, y quien nos lo dió era uno que en su juventud había salido de aquellos lugares para hacer el servicio militar; sabía, por tanto, lo qué era sembrar, pero él lo hacía cogiendo un palito e hincando la tierra para dejar allí una papa o un grano de maíz y la tierra milagrosa se encargaba de todo.

"Criaban" muchas vacas que crecían a la buena de Dios, que en cuanto podían se tornaban silvestres. Sin embargo, los animales se acordaban de sus dueños y de repente salían del bosque seguidas de un ternerito recién nacido, salían bramando desesperadas y con las ubres que se les reventaban de tanta leche, y una vez ordeñadas, se volvían monte adentro. En igual vida, las mulas a veces requerían ser amansadas nuevamente.

Los hombres daban la impresión de tardos, en tanto que las mujeres de más despiertas, y eran graciosas; sobre ellas iba todo el peso del trabajo que requería la vida. Desde luego que por aquellos andurriales el amo y señor era Venancio Molina, porque era carpintero, tenía su tapiera, tocaba el arpa y de vez en cuando iban a contratarlo desde lugares lejanos —de veinte leguas a la redonda, según dijo—. Su casa era la única hecha de adobones y la única que tenía techo de tejas, pues allí no habían más techos que los de paja.

Pero, a pesar de ese abandono, Cochabamba, al igual que su paisaje selvático estupendo, tenía bellas leyendas de puro sedimento nativo; también las había mestizas. Además, se hablaba allí de correrías de las huestes del Inca Atahualpa y se contaba con pelos y señas de los fundadores españoles de Cochabamba. Esto parecía evidentísimo porque siglos hacía que habían trazado una plaza amplia y contaba —ya siglos también —los muros a medio construir de lo que llaman iglesia.

Tello conversaba con todo ser viviente que encontrábamos en el trayecto —eran pocos— para cerciorarse bien de todo cuanto necesitaba para hacer su estudio final sobre Cochabamba. Un día de esos, cuando el sabio se hallaba describiendo el terreno, se me concluyó la tinta y tuve que ir, quebrada arriba, en busca de ella, hasta la casa donde estábamos alojados. Al llegar allí me di con la novedad de que la policía buscaba a un pájaro de alto vuelo. Pero la búsqueda se limitaba a llegar a Cochabamba, parlotear un rato con Venancio Molina, que era, si mal no recuerdo, Teniente Gobernador o algo así.

Al retornar a la quebradita en donde el sabio me esperaba, apenas distante media cuadra bosque abajo, lo encontré charlando con un hombrecillo todavía joven que no parecía alcanzar al metro cincuenta de estatura, feo él, de rostro trigueño con un matiz y configuración mogólicos. Lo que más llamaba la atención en él era el sombrero rosado, descomunal y tipo "cow-boy" que llevaba, tan grande era que se le podía haber dicho: "sombrero, deja a ese hombre". Llegué, pues, en el preciso instante que éste decía al sabio:

—Aquí los que tienen códigos ganan buena plata. Pero yo no quiero pa' eso, sino pa' defenderme de tanto vivo qui'anda po'aquí.

Y cuando estuve junto a ellos el hombrecillo me preguntó si ya se había ido la policía o no; al saber que sí, manifestó al sabio:

—Esos cachacos han venío pa' llevarme. Los hey visto llegar de allasito y ellos no me vieron. Yo me los puedo palomiar aurita, pero, pa' qué, si ellos tamién me tienen miedo. Po'eso se conforman con llevarse en vez di'un preso un papel nomá, pa' decir qui'an llegao hasta Cochabamba y no mi'an encontrao.

De veras que todo lo que parecía interesar a los guardias era aquella constancia, ya que el camino de acceso a ese lugar es accidentado, en su mayor parte de ochenta centímetros de ancho, bien entre roca y abismo o entre tupidos bosques; por consiguiente, era hasta cierto punto una temeridad enviar sólo una pareja para atrapar a un sujeto en aquellos andurriales, más tratándose de gente como el hombrecillo del sombrerazo.

—Pero, ¿seguro que han venido por ti? —preguntó el sabio.

—Sí, mi doctor; esos cachacos mi'andan fregando. Po'eso no voy pa' Chachapoyas.

—Pero debes de buscarte un defensor, porque a ese paso, ¿hasta cuándo vas a estar sin poder salir de aquí?

—Es que ésos cobran mucho. Po'eso quiero códigos pa' defenderme código en mano. No sé qué se les ha dao a mis enemigos —continuó tras una pausa— qui'andan diciendo que me tiro to'el ganao que se pierde. Hasta mi'andan culpando de unos difuntos tamién.

—Pero, por tu tranquilidad debes de salir para que la gente vea que eres un hombre bueno —palabras del sabio.

—Sí, pué, mi doctor; pero no puedo porque, ¿di'ánde saco códigos? Más bien po'eso estao pensando qui'usté me puede ayudar mandándome un parcito, yo le puedo pagar hasta cincuenta soles po'el par. . .

—No creo que cuesten tanto —repuso el antropólogo—, pero, pierde cuidado, que yo te voy a mandar lo que me pides. A ver, Hernán, toma nota que aquí. . ., ¿cómo te llamas? —dirigiéndose al sujeto.

—Eustaquio Bellido.

—Que Eustaquio Bellido, de Cochabamba, necesita un par de códigos, uno civil y otro penal.

—¡Ajá! Eso es; un civil y otro penal —repuso contento el cochabambino.

—De repente quieres también un código de aguas, otro de minería, de comercio y uno de justicia militar. . . —le manifestó el sabio, riéndose.

—No, doctor, ¿eso pa'qué?; basta con el parcito.

—En cuanto lleguemos a Lima, me haces acordar, Hernán, que tenemos que mandar esos códigos.

—Entonces, mi doctor, me lo manda aquí, donde Venancio Molina nomá, así joderé con la lay a to'esos que mi'andan culpando cojudezas. Yo me voy pa'ver si ya si'an largao los cachacos o no. Hasta luego.

Cuando el sujeto se marchó, el sabio me manifestó intrigado que el hombrecillo aquel le parecía un individuo peligroso. Se inquietó porque, sea como fuese, estábamos dentro de un callejón sin salida.

Por la noche, cuando Venancio Molina tocaba su arpa mientras yo cantaba aires de mi tierra y le daba la letra de algunos, ya que él sabía pocos, el antropólogo le preguntó el porqué de que el hombrecillo en cuestión andaba eludiendo a la policía.

—¿Ése? Ése es el Bellido, ése es un bandolerito muy fregao, ya es mentadito. Yo lo podía chapar y llevarlo mancornao hasta Chuquibamba pa' que lo manden de allí hasta la cárcel de Chachapoyas, pero, donde sabemos que puede escaparse, y como a veces me ausento, me puede fregar.

—¡Cómo! . . . ¿Ese hombrecito es un bandolero?

—Sí, doctor; ése es un gran fregao, en un rato se arrea las reses y dicen que ha matao gente también. . .

—¡Quién creyera, con ese tamañito y con la cara de muchacho inocentón que tiene! . . .

—Sí, doctor, cuando ése está chispo, se vuelve mandón y liso, comienza a buscar pelea a cualquiera. Conmigo está

peliao —añadió —porque una vez, cuando en Año Nuevo estuve tocando en una fiesta y ya me venía pa'acá a descansar, el Bellido, de buenas a primeras me dijo: "¡Alto allí, carajo, o te quedas o lo rompo a tu arpa!". Como yo también peliando soy duro, no le hice caso. Entonces le dió una patada a mi arpa. ¡Carachos!... Al ver su pie metido en mi arpa me volví como loco, me desconocí, doctor, y lo agarré a patadas hasta dejarlo boquiando. Le quebré una costilla y le he verdiao bien su cara. Un mes estuvo en cama. Sabe que yo no le tengo miedo, po'eso pasa de lejitos nomás.

Con tan malas noticias, el sabio y todos nosotros tuvimos temores, porque allí estábamos como en una trampa y sin tener siquiera un arma, porque el bandolero podía haber pensado que llevábamos dinero y esperarnos en cualquier punto del trayecto tan accidentado como solitario en toda su extensión, tan estrecho y boscoso y hacernos desaparecer sin dejar rastro alguno. Felizmente, el día que partimos llegó hasta la casa de Molina a recordarnos que no fuéramos a dejar de mandarle el par de códigos que le teníamos prometido. Lo mismo el dueño de casa aprovechó para hacernos igual encargo y, al menos, así salimos con los temores menguados. Sin embargo, no nos sentimos a salvo hasta no atravesar el Marañón, a dos días de viaje a bestia desde Cochabamba.

SI TANTO LE GUSTAN LAS RUINAS...

Estando en Cajamarca, de vuelta de la hacienda Yanacancha, las incansables andanzas del antropólogo continuaron como siempre. Asimismo, por las tardes llegaban a visitarlo el periodista Nicolás Puga Arroyo y los señores Julio Puente Velezmoro y Alejandro Cacho, a veces una que otra autoridad. Pero cierto día llegaron unas damas que al parecer pasaban de los cincuenta años de edad. Los colaboradores, seguros que no llevaban noticias de interés arqueológico, nos retiramos a la habitación contigua. Si los primeros solían charlar con el sabio de las ruinas arqueológicas de Cajamarca y sus provincias o del folklore y aún anécdotas, no pudimos intuir qué movía a las damas en cuestión. ¡Quién iba a saberlo!

Tras los saludos y las presentaciones, las señoritas entraron de hecho al asunto.

—Doctor Tello, hemos sabido que ha estado usted en la hacienda Yanacancha y que le han interesado mucho esos lugares...

—Sí, sí, mucho. ¡Qué lugar tan interesante! No lo digo solamente por su importancia arqueológica, sino también por las condiciones propias del lugar. Esa hacienda Yanacancha es una preciosura; su clima es magnífico. ¡Ese Corisorgosha!... Con sus tumbas líticas de tapas semiesféricas

y tan gigantescas que de lejos parecen las cúpulas de una ciudad extraña. ¡Es algo fantástico!... Yo nunca había visto por ninguna parte del Perú, ni que yo sepa que existan por otra parte, chulpas de ese tipo. Ni como las de Soplín.

—¡Ah, Soplín!... —dijeron ambas al mismo tiempo.

—Soplín —continuó el sabio —para mí es algo verdaderamente maravilloso. ¡Cómo han podido hacer los antiguos peruanos esas tumbas que hoy sirven de chiqueros! ¡Cómo han ahuecado la roca, el granito con tanta facilidad, y qué simetría! ¡No me explico!

—¿Y vió usted esas otras que hay al costado, hacia el lado del cerro, doctor?

—Sí, todo, todo lo he recorrido.

—¿Eso que está mirando al lado de la quebrada? —terció la más callada.

—Sí; no he dejado un lugar sin revisar; todo me ha encantado.

Esto último pareció iluminarlas, pues esbozaba buenas perspectivas y era menester remacharlas.

—¿Fué usted a la Llica?

—No. Hasta allí no he llegado porque nos faltaba tiempo y además casi no hemos encontrado alojamiento. La hija del arrendatario de Yanacancha, pese a que también es hotel, se sentía molesta con nuestra presencia, de modo que, como no hay otro lugar donde alojarse por allí, tuvimos que alimentarnos solamente de cancha y a veces un poco de chupe que nos preparaba un Cotrina que tiene su choza en las cercanías.

—¡Qué lástima, doctor, no comprender que usted va a conocer bien esos sitios para ver lo qué valen! Nosotras somos pues, dueñas de todo lo que se extiende más allá del

riachuelo que pasa junto a la casa-hacienda de Yanacancha. Allí está nuestra casa, donde habrá encontrado a mi hermano, muy enfermo el pobre. . ., bebe mucho. . .

—¡Ajá! No tuve el gusto de conocer a su hermano. Si supe de su mal, es una lástima. ¡Ah. . .! ¿Así es que ustedes son propietarias de ese lado?. . . ¡Qué bueno!

—Sí, doctor, y como nosotras no vamos por allá, hemos pensado vender nuestra parte que es todo el lado de Soplín, que es, casualmente, lo que a usted tanto le ha gustado. Además de las cajas de piedra bien labradas junto a la pampita, toda esa chacra produce muy buenas papas. Hace muchos años, nuestros padres sacaban buenas cosechas, hermosas papas. El maíz mismo da bien en ese lado.

—Efectivamente, todo eso es espléndido. Yo he visto pocos lugares preciosos como toda esa gran hondonada.

—Así es, doctor. Pero nosotras somos solas y no tenemos interés, y como usted se ha interesado en Soplín, hemos venido a ofrecérselo en venta. ¿Qué mejores manos podrían esperar, doctor?

El científico sonrió.

—De mi parte —repuso de buen humor— no tendría ningún inconveniente. Como les acabo de manifestar, ése es un paraíso. Pero, yo ¿de dónde podría sacar dinero? Si tuviera, lo compraba *ipso facto*. Pero apenas gano para vivir y no puedo darme semejantes lujos. Lo que a ustedes les convendría es ofrecerlo a algún hacendado de esa zona o a algún cajamarquino de dinero, porque si bien no le interesarán los restos arqueológicos, ellos pueden sacar excelente partido de la agricultura, porque el lugar es muy bueno. Ya vuelvo a decirles que yo apenas gano para vivir.

Las señoritas se miraron, sin duda sin creer que les decía la verdad, y tras un breve silencio, barajaron algunas cositas

más y se marcharon, enteradas de que el sabio era pobre y había ido hasta allí, no por el interés material de esas tierras, sino por el valor de sus vestigios arqueológicos que se los llevaba en fotografías, en estudios que llenaban sendas páginas profusamente ilustradas y amén de todo, varias láminas a la acuarela.

"SCRAMBLE", CANCHA, GIMNASIA Y BASTÓN

Seguramente, ninguna expedición arqueológica constituída por más de diez miembros habida en el Perú habrá costado menos que la Expedición Arqueológica al Marañón, pese a tantos descubrimientos y trabajos realizados, con más de veinte peones mantenidos en la costa durante casi tres meses, con centenares de grandes moldes de yeso enviados a Lima, millares de fotografías tomadas y con una duración total de siete meses y días.

Es que ocurrió que una vez que quedamos sólo cuatro miembros, íbamos viviendo y comiendo paupérrimamente, sin disminuir el ritmo intenso del trabajo. Durmiendo, después de los cuatro primeros meses, en chozas y cuevas y por añadidura vistiéndonos con el único mameluco que nos quedaba a cada uno, los que nos quitábamos sólo para lavarlo, y, por razones obvias, para hacer esto teníamos que esperar un día de sol intenso. Parece exagerado, pero es la verdad. Porque si hubiéramos llevado ropa adecuada, botines, camisas de sport, cascos o siquiera sombreros de paja a propósito, anteojos ahumados, largavistas, carpas, medicamentos, "jeep", en fin, equipo adecuado y con un buen stock de conservas y con un cajero sin aires netos de Juan Empuño como el arqueólogo Mejía Xesspe, no habríamos gastado los doce mil y pico, sino el triple. Y a pesar de todo eso, se dolía el sabio de que no se hubiera podido

sacarle más provecho a ese dinero de Nelson A. Rockefeller.

Cuando pienso en esto no dejo de admirar cómo se puede vivir con tan poco, y cómo se puede rendir como los mejores pagados del mundo... Y lo que es más, cómo un hombre que ha sido calificado lo más honrosamente en un singular escenario londinense, ante delegados de gran parte del orbe y gran cantidad de espectadores, puede haber estado preparándonos los alimentos y, por añadidura, sirviendo él mismo a sus subordinados. Bueno, no obstante que Cristo lo enseñó, esto no cabe en cualquier mortal, sino sólo en hombres grandes y en espíritus privilegiados. Un señor importante no lo haría; un sabio, sí.

Tanto cuando vivimos algunas semanas metidos en una cueva megalítica del Cumbe, en Cajamarca, como cuando estuvimos otro lapso viviendo en una choza abandonada en una ladera del cerro Chocta, Celendín, estudiando unas raras y bellas chulpas de tres pisos, nos tuvimos que repartir el trabajo de la cocina después de cumplidas las labores.

En Chocta la vida era baratísima, casi regalada. Compramos cien huevos por una bicoca y otro tanto nos los obsequiaron. Y cuando el sabio encargó por un poco de maíz, por unos reales le llevaron medio saco en grano. El maíz lo quería el sabio para su secretario, porque advirtió que mejor trabajaba moviendo la mandíbula todo el día, como que dió cuenta del medio saco en los quince días que estuvimos allí. ¡Una barbaridad, naturalmente! ¡Lo qué es ser muchacho!

No podían faltar en nuestra choza dos o tres repollos, porque nuestro desayuno era "scramble"; luego, un raro café hecho de trigo quemado, amén de esto, cancha para el que desease. La preparación del desayuno corría por cuenta del sabio. Él mismo lavaba y picaba la col y hacía el "scramble" o revoltijo con huevos batidos que una vez fri-

to, lo servía. El café de trigo y la cancha era trabajo del secretario.

El arqueólogo Mejía Xesspe tenía a su cargo el almuerzo, el consabido sancochado, y le sabía dar sabor y suculencia; es que ya era aguerrido en esas faenas, como que había estado también en el descubrimiento de la celebérrima Necrópolis de Paracas, después en los descubrimientos de Nepeña y otros.

El pintor Pedro Rojas Ponce tenía a su cargo la comida o, creo, que el lavado de platos solamente; ¡ah!. . . , cuando él estaba de turno, penitencia segura. Pero aparte de sus condiciones como artista ante el sabio tenía otro valor más, pues era su profesor de gimnasia, de modo que se les veía todos los días a las seis de la mañana, en plenas flexiones.

Y allí en Chocta tuvo el sabio el regalo que más agradeció y conservó hasta su muerte, acaecida diez años más tarde. Como durante todo el día teníamos que trajinar por el cerro en el cual estaban diseminadas las chulpas, el antropólogo necesitaba un bastón, que ya lo tenía improvisado de un palito, pero Julio Briones, el dueño de la choza en donde nos alojábamos, se acercó un día llevándole un bastón hecho por él, y con ese bastón anduvo por Cajabamba, Huamachuco, Chilia (Pataz), Pachacámac, Pisco, Acarí, etc., y siempre manifestando gratitud para el oxamarquino Briones.

COSAS DE FOTÓGRAFO PROFESIONAL

Tres días después de cabalgar desde Yanasara adonde llegamos de Huamachuco en automóvil y tras de cruzar el río Marañón colgados de una oroya que hay —o había— por el camino que va a Parcoy, arribamos a la hacienda La Deliciana. Felizmente estábamos ya en la parte alta porque nos aterraba que nos diese la noche en el fondo del caluroso cañón que es zona verrucógena.

Marcaban las cinco y treinta de la tarde cuando nos apeamos en la casa-hacienda. La dueña, una anciana bondadosa cuyo nombre sensiblemente he olvidado tras tantos años, nos recibió con mucha amabilidad. Y mientras ella mandaba que nos prepararan la comida y habitaciones, la hija —graciosa y guapa— pormenorizó al sabio acerca de los puntos arqueológicos aledaños cuya existencia sabía. Pero, lo más interesante de todo fueron los dos pumas que citó, pues los monolitos de Chilia los conocíamos por referencias y allá íbamos. Felizmente, los felinos en cuestión estaban allí cerca, apenas a unos metros, y hacia ellos nos encaminamos.

De veras que eran dos ejemplares líticos muy interesantes, casi escultóricos, porque sobresalían vigorosamente del block de piedra en el que cada cual había sido esculpido, los mismos que estaban colocados en las bases y a ambos lados del

atrio de la capilla de la hacienda, porque hacían juego, dado a que cada cual miraba en sentido contrario. El sabio se quedó admirado y urgió a uno de los expedicionarios —que, como advertimos, sólo habían soportado a las mil y una peripecias, aparte del sabio, Mejía Xesspe, Rojas y yo— que le tomase fotografías aprovechando que había cesado la lluvia y que aún la tarde estaba clara.

—Y tómale también a la señorita —añadió el antropólogo mientras el compañero en cuestión preparaba la cámara.

—¡Ay, no, doctor! —repuso ella, sonriendo—; muchas gracias; yo voy a malograrles la fotografía.

—¡Qué ocurrencia, señorita! —repuso Tello—; así tendremos la satisfacción de llevarnos un recuerdo suyo.

Ambos insistieron, ella negándose y el sabio insistiendo a que, por lo menos, se dejara fotografiar al lado de uno de los bellos pumas. Y como el "fotógrafo" estaba con la cámara lista y a la vez encantado de los especímenes que veíamos, terció a favor del antropólogo, pero lo hizo descuidadamente:

—No importa, señorita; eso se compone. . .

No me di cuenta de la respuesta del "fotógrafo" porque yo estaba trabajando apresurado, dibujando los felinos en el cuaderno de viaje del sabio para que luego me dictase. Pero en cuanto los dos compañeros, guiados por la señorita en cuestión —ya fotografiada— se encaminaron por allí cerca en busca de piedras posiblemente trabajadas en la antigüedad y quedamos solos el sabio y yo, me dijo disgustado:

—¿Te diste cuenta cómo Fulano le contestó a esta señorita que tan graciosamente no quería salir en la fotografía?

—No, doctor —repuse.

—Imagínate, le dijo que eso se compone. ¡Ah, bellaco!

No ocurrírsele un poco de galantería para con una mujer. . .

Me sonreí.

—Ustedes muchas veces quizás dirán que soy un bagrero al verme haciendo atenciones hasta a mujeres humildes —prosiguió—; es que uno debe ser atento y galante con todas las mujeres, más todavía en casos como éste en que esta familia nos recibe con tanta amabilidad. Y no salir con que eso se compone. . .

Volvía tranquilo de su inspección el compañero aquel, y como ya no estaba la dama, lo puso overo con su reprimenda.

BUEN HUMOR

Se desarrollaba en Lima el XXVII Congreso de Americanistas. Al salir los delegados y concurrentes a las conferencias, tropezaron un día con un aviso que rezaba así: "El braquicéfalo que por equivocación se llevó un sombrero parecido al suyo, sírvase devolverlo al dolicocéfalo Posnanski".

Como después de cada reunión comentaba el sabio las cotidianas actividades del Congreso ante los principales de sus colaboradores en el Museo, se echó a reír al recordar del aviso aquel.

—Ese Posnanski —dijo— es muy gracioso. Hace años en que viajamos juntos, yo le decía que ya él nada tenía de polaco, y me porfiaba que sí. Sin embargo, como ocupábamos la misma habitación, veía que hasta dormía como serrano.

—¿Y cómo duermen los serranos, doctor? —preguntó la doctora Rebeca Carrín Cachot de Girard, entonces su secretaria.

—Como el perro.

—Bueno —prosiguió explicando— yo me despertaba antes que él, y la primera vez creí que ya habría salido, porque la almohada estaba vacía, era que acostumbraba dormir bien tapado y encogido en el centro de la cama. . .

Cuando Posnanski y Tello se veían, toda vez que la conversación no giraba en torno a la arqueología, la matizaban con chistes, porque el tiahuanacólogo era muy ocurrente, Tello también. Asimismo algo parecido ocurría cuando el etnólogo francés Paul Rivet iba al Museo.

Con quien el buen humor era un duelo entre indigenismo e hispanismo era con el historiador Raúl Porras Barrenechea. Íbamos a la pesca de aquellos lances el escultor Luis Cosi Salas y yo cierta ocasión en que el doctor Porras Barrenechea visitaba el Museo de Antropología. Tello le mostraba las novedades que se exhibían dándole de paso estocadas a favor del indio, pero, al final, cuando el historiador salía de uno de los salones al patio para tomar la puerta de calle, le dijo de repente al arqueólogo señalando las arquerías del Museo.

—¿Y ahora, qué me dice, estos arcos donde está usted refugiado no son españoles?

No hubo respuesta.

EL AHIJADO

Se presentó cierto día al museo un joven que al parecer frisaba los treinta años. Quería hablar personalmente con el director.

—Pero que diga quién es y qué es lo que quiere —respondió el sabio a la empleada que le había interrumpido.

Minutos más tarde la empleada volvió a decirle.

—Dice que es su ahijado Román . . . Román no sé cuantos, me olvidé el apellido que me dijo.

—Román . . ., Román . . . ¿Ahijado Román? . . . Francamente no sé de quien se trate. Pero dígale que me espere que ya salgo.

Entretanto el ahijado se paseaba nerviosamente en uno de los corredores. Claro que el sabio era su padrino y a quién mejor que él para pedirle un puesto en el museo.

Al fin apareció el antropólogo. La cara tan seria y la mirada dura del padrino le pareció al ahijado algo así como un dardo helado. Pero, era su padrino y luego cambiaría de talante. Y comprendiendo que convenía darse ánimo y sonreír, avanzó decididamente.

—Buenos días, padrino, he venido a saludarle y molestarlo.

—Buenos días, ¿quién eres tú?

—Yo soy su ahijado Román Culquicondor, doctor . . .

—¿De cuál de los Culquicondor? —repuso frunciendo el ceño.

—De Francisco, padrino.

—¡Ah!... Ya caigo, ya caigo. ¿Qué te iba a reconocer si no te he vuelto a ver más? ¿Cómo está tu papá? ¿Siempre en San Damián? ¿Tu mamá?

—Sí, padrino, ellos siempre por allá, sanos —repuso animándose el ahijado.

—Bueno, ¿y qué es lo que se te ofrece?

—Padrino, he venido donde usted para que me hiciera el favor de darme un puesto.

—Puesto... Aunque aquí todo está sujeto a un presupuesto... pero vamos a ver. ¿Y qué es lo que sabes hacer? ¿En qué cosa te ocupabas?

—Yo soy normalista, padrino.

—¡Hombre! —repuso sonriendo el sabio— tienes una bonita profesión, muy noble, y aunque ustedes tendrán las manos delicadas como las de las señoritas, pero no debe ser nada fácil tener que vérselas con tantos mataperros. Tú serás de los que llevan a los muchachos a las ruinas de por allá para arruinarlas más, ¿no?

—No, padrino. El trabajo del normalista es entretenido a pesar de todo, lo único insoportable es cuando nos toca un inspector crecido y fastidioso. Más me gustaría trabajar a su lado padrino, porque siempre me ha gustado la arqueología.

—Ah, pero quizás tú no te imaginas que aquí se trabaja mucho. Estarás creyendo que todo lo que aquí se hace es cuidar huacos.

—No importa, padrino, lo que yo quiero es trabajar con usted.

—Bueno, si es que tú eres capaz de soportar un trabajo intenso, pues no hay inconveniente, porque el asunto es

muy bravo, esto no es como trabajar en la escuela sino de siete y media a doce y media y de dos y media a siete de la noche. Sábados, todo el día, y si alguien quiere trabajar los domingos también puede hacerlo, de éstos hay varios.

—No importaría eso, padrino, yo soy hombre trabajador.

—Aquí no se conoce el reloj sino para ingresar cinco minutos antes de la hora de entrada. Y si tú no eres de esos que están con que mi papá me dijo, que mi mamá me dijo, pues te daré alguna colocación, veré dónde se te pone. ¿Ves? —dijo señalando a uno de los empleados que pasaban con impecable guardapolvo— ese empleado y todos los demás a los cuales ves limpiecitos y con corbata, a la hora de la hora se ponen semidesnudos y se echan a la espalda fardos pesados, muy apestosos y sucios, y quedan después negros de tanto sudar y soportar el polvillo que cae de las momias. Y si hay que echar lampa, pues todos se vuelven lamperos.

—El trabajo no me amilana, padrino —repuso sonriendo el ahijado.

—Bueno hijo —empezó el sabio regalándole al oído— si es así, no hay que darle vueltas al asunto. Mañana en la mañana te presentas cinco minutos antes de las siete. El administrador te dará un mameluco y una escoba, por ahí comenzamos.

—Este. . . bueno, padrino. . . Entonces será hasta mañana —repuso el ahijado con una sonrisa que más parecía una mueca.

—Bueno hijo, hasta mañana.

Y como el decir mañana puede significar también nunca, al ahijado no se le vió más por el Museo.

MALA MEMORIA

El Museo Nacional de Antropología depende de la Dirección de Cultura, Arqueología e Historia, departamento que hasta hace poco era la Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural y, por consiguiente, el Director de esta dependencia es un alto funcionario de quien dependen los directores de muchos establecimientos de cultura y entre ellos los museos. Se comprenden entonces las consideraciones y reverencias que hay que guardarle.

Pero, Tello, teniendo las disposiciones legales por delante, se ceñía a ellas y le importaba un pepino lo demás, aún sabiendo que su fiel aplicación y su inflexibilidad para con todos podía herir a algún funcionario de más jerarquía y hacer repercutir en contra su cargo, como le ocurrió en cierta ocasión. Lo importante para él era hacer lo que más convenía a los intereses del Estado y, sobre todo, no perder tiempo innecesariamente.

Por razones de limpieza el museo permanece cerrado un día de la semana, el que para él era de intenso movimiento porque aprovechaba para mirarlo todo y exigir que no hubiera pizca de polvo. A veces él mismo daba el ejemplo a los barredores si el piso no estaba flamante, pues cogía el trapo enjabonado y les daba la lección.

Un lunes, a su llamada salí del taller de dibujo y se hallaba dándome instrucciones para la ejecución de un de-

corado, cuando en esos instantes, a través de los vidrios corrugados de la puerta de calle, se notó que alguien llegaba y presionaba el botón del timbre que por las razones ya indicadas tampoco funcionaba.

El visitante insistió mucho hasta que al fin decidió abrir la puerta que apenas había sido cerrada. Tello interrumpió sus indicaciones y miró serio al visitante que sin dar a entender que se había percatado de la presencia del antropólogo siguió penetrando.

—¿Qué desea, señor? — le dió el alto.

—Buenos días.

—Buenos días —replicó el sabio.

—He venido a visitar el museo.

—Hoy es día de limpieza y no de visita. ¿No ha leído el aviso que está afuera?

—No, yo soy el director de Educación Artística —repuso mortificado el visitante.

El antropólogo sabía quién era el visitante y posiblemente éste había ido en la seguridad de que dado su cargo se le tenía que recibir con todas las consideraciones, más aún si de él dependía el personal al que Tello necesitaba aumentar en número, o quizás se olvidó que era lunes, día de limpieza. El caso es que Tello estaba como siempre muy ocupado y dentro del tiempo en que no se recibían visitantes y por consiguiente prosiguió.

—¡Cómo!. . . ¿Usted no dispuso que el lunes fuera el día destinado a la limpieza? Hoy el museo no se abre para nadie, estamos demasiado ocupados. Vuelva mañana u otro día hábil de ocho a doce y de dos a seis.

—Buenos días —repuso el director de Educación Artística, saliendo contrariado.

Y Tello siguió dándome instrucciones como si el incidente hubiera ocurrido con cualquier hijo de vecino.

UNA LECCIÓN

Nos hallábamos charlando alrededor de la lumbre cuando el sabio se rió a carcajadas, aclarando en seguida.

—No sé de dónde me sacó Fulano de Tal, cuando era rector de San Marcos, la palabra ajocha . . .

Con frecuencia iba el sabio en busca del Rector, y siempre lo hacía para pedir algo para el museo. La última de aquellas peticiones era, si mal no recuerdo, la de ampliar el Museo de Arqueología, pero, desde luego, a trueque de que se fuera cuanto antes el Museo de Historia Natural del local que ocupaba entonces, contiguo al de arqueología. Así, cuando volvió a repetirle una vez más la letanía aquella, el Rector le respondió, desesperado y cogiéndose la cabeza:

—Bueno, doctor, bueno, bueno; lo tendrá, lo tendrá. Usted no se cansa de estar viniendo a pedir que ya una cosa, que ya la otra, y no hay cuándo acabe con esto. ¡Y si accedo, es más que todo porque usted toda la vida me está ajocha y ajocha!

Luego, aconsejaba el sabio que, una vez elegido el objetivo, era necesario estar "ajocha y ajocha".

Pero él, en aquella ocasión, no paró allí, pues siendo de parecer que Lima tuviera por lo menos todo lo arqueológico reunido en un gran museo —en el de Antropología Nacional— siguió ajochando y ajochando hasta llevarse todas

las colecciones de la Universidad de San Marcos al Museo de Pueblo Libre. Recientemente, no existiendo Tello, se lo han vuelto a recoger.

Tan así era de ajochador que los hacendados y huaqueros de todo el litoral o le tenían miedo o le respetaban, porque donde habían huaqueado, allá iba o mandaba a los inspectores, y no terminaba hasta no hacer castigar o detener algo. En uno de esos trajines mandó detener la destrucción de una huaca a cuya consecuencia se paralizaron los trabajos de una ladrillera que acababan de construir por allí cerca. El dueño, hecho una fiera y hablando de cuánto dinero perdía diariamente, juró y rejuró matar a Tello y hasta mostró el arma que portaba a los inspectores. Pero el día que se encontraron cara a cara, Tello casi se lo come vivo.

CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

El museo necesitaba más salas, aunque no fueran tantas como el sabio anhelaba, ni menos como los planos que acariciaba del edificio proyectado para el futuro.

Además, entre las trescientas y tantas momias de Paracas abarrotadas, había muchas cuyos grandes fardos hablaban de gran cantidad de mantos y por tanto, como las demás, se estaban malogrando con la humedad y precisaban ser desenfardeladas y estudiadas cuanto antes. Pero, esto requería un personal numeroso, ya que cada fardo podía arrojar de diez a quince mantos bordados, cuya mayoría habría de requerir años para su restauración; luego, gran cantidad de cajas para cada especie, vitrinas para la exhibición de las mejores, etc.

Hizo, pues, el sabio, su presupuesto para el año siguiente consignando un mínimun de veinte empleados más, pero, eso sí, escatimando aumentos al personal ya existente, inclusive a aquellos que el arqueólogo contaba entre los fundadores del Museo de Antropología. Por añadidura pedía aumento de partidas para exploraciones, publicaciones, batidas a los huaqueros, etc. Pedía, pues, un brusco y abrumador crecimiento presupuestal del museo; por consiguiente, era de esperar que le pusieran muchos reparos y se lo devolviesen bien cercenado.

Y fué algo peor que reparos, pues se lo rechazaron todo. No había dinero para museos.

—Bueno —dijo el sabio estallando en cólera—, ¿con que éstos me niegan un centavo? Pues, ya verán el Ministro y todos ellos lo que yo hago. Porque no hay vuelta que darle; es cuestión de vida o muerte.

Empezó solicitando una audiencia al Presidente de la República, entonces don Manuel Prado.

Después de la entrevista nos informó:

—Muchachos, el domingo a las nueve de la mañana tendremos la visita del Presidente de la República. Quiere ver el estado en que se encuentra todo esto. Vayan quitando el polvo a las momias para que así se sienta mejor el olorcito de las momias y el daño que está ocasionando la humedad. Primero nos iremos a Pachacámac —prosiguió—; quiero mostrarle las maravillas que hemos descubierto y el daño que ha acarreado ese camino carretero que esos zamarros me han hecho allí, porque el día que yo me muera, no me extrañará que volvieran a habilitarla y los miles de curiosos que avancen hasta arriba en automóvil me destruirán todo y dentro de algunos años quedará muy poco [1]. Además, necesito poner un guardián permanente para evitar el paso de vehículos.

Tal cual el Presidente dijo, a las nueve de la mañana se encaminaba a Pachacámac acompañado del sabio. Desde luego, que otro Presidente ni se habría tomado la molestia

[1] Se está cumpliendo este anuncio. Para decir poco: sólo la parte que se limpió en el Templo del Sol con motivo del Congreso de Americanistas en 1938, ha sufrido tanto que hay partes que ya han desaparecido totalmente. En tanto que quedándose los vehículos en la entrada, de los millares de visitantes que mensualmente destruyen esas ruinas, llegarían a la cima solamente los más interesados, y llegarían sin deseos de encaramarse por todas partes ni poner inscripciones en todos los muros.

de pensar en el museo, y menos en ir a Pachacámac, por lo mismo que implica caminar hundiéndose entre la tierra y la arena. La visita, empero, fué tan detenida y larga que llegaron al museo cerca de las doce del día y el Presidente estuvo observando allí, minuciosamente también, hasta después de la una de la tarde.

Días después el arqueólogo estaba de plácemes, porque el Presidente, evaluando la importancia de los trabajos en el museo, había indicado se aceptase el presupuesto tal cual Tello había solicitado.

LA CHOMPA HUANCAÍNA

No obstante que el antropólogo Tello estudió en diferentes ocasiones diversos puntos del Valle del Mantaro, la expedición científica que él dirigiera en 1942 hacia la hoya del Alto Urubamba, permaneció tres días en Huancayo. Así fué que el 23 de junio, en vísperas de proseguir hacia el Sur, nos pidió a algunos de los ocho miembros de la expedición, que lo acompañáramos a hacer unas compras entre las que tenía consignada una chompa. En consecuencia, Toribio Mejía Xesspe, Pedro Rojas Ponce y yo salimos acompañándolo, esa noche, del Hotel Internacional, y nos dirigimos hacia la Calle Real, el jirón más largo y comercial de todo el Centro del Perú.

Ya en esa arteria, anduvimos de tienda en tienda sin encontrar la chompa que más o menos necesitaba el arqueólogo. Nos parecía imposible no hallar en una ciudad como Huancayo una chompa para un hombre de más o menos grueso tórax y de una talla de hombres que superabundan en todas partes, y como entretanto los establecimientos se iban cerrando y al día siguiente no nos iba a ser posible buscarla, ya que teníamos que salir a trabajar en Sapallanga a las seis de la mañana para después proseguir a La Mejorada, insinué pues, por conocer bien Huancayo, ir directamente al almacén de la Fábrica de Tejidos de Punto "Súmar", que entonces estaba inmediato al histórico Par-

que Constitución. ¡Cómo no íbamos a encontrar allí! Súmar tenía que terminar con nuestra pena negra. Pero . . . para mal de males, encontramos el establecimiento ya cerrado. Sin embargo, como adentro había luz, tocamos la puerta y nos hicieron pasar.

—Por favor —dijo el sabio al empleado que nos atendía—, ¿no tendrán ustedes una chompa como para mí?

El empleado lo miró, y como tratando de recordar si había algunas como para la talla de aquel nuevo cliente de ancho tórax y gordo, por cuya faz india, casaca de cuero, sombrerito viejo, pantalón de montar y botas quizás lo tomó por algún ganadero o algo así, le contestó:

—No nos queda ni una.

Eso era ya el colmo de los colmos; al sabio se le cayó el alma a los pies. Desconsolado, miró a las abrumadoras cantidades de chompas que llenaban los casilleros y no pudiendo aceptar que, precisamente en el almacén de toda una fábrica de chompas como es la de Súmar, no tuvieran una como para él, que, después de todo, no tenía talla física extraordinaria, pues, no se avino a ello y espoleó al dependiente señalando a un casillero que daba contra el techo y donde él creyó que habría alguna.

—¿No habrá entre aquéllas? Porque es imposible que entre tantas no haya una.

—Sí —respondió al fin el dependiente—, ha quedado una, pero es de un color que no le ha de gustar.

—A ver, muéstremela; no importa el color que tenga; yo la necesito para el frío.

El empleado subió, la sacó y se la entregó. Indudablemente el color atentaba contra su venta, pero de ser una chompa como para ir al Polo, estaba a la vista. Tenía buena calidad, estupenda apariencia, el tejido era grueso y apretado, cuello alto y ajustable por medio de un cierre

relámpago, ¡qué mejor para desafiar fríos y nevadas! El sabio ni siquiera la observó sino que, de hecho, se la puso, le corrió el cierre, levantó los brazos moviéndolos para uno y otro lado como si hiciera gimnasia para ver si no le quedaba ajustada y luego, dirigiéndose a nosotros, manifestó, apretando los dientes:

—A ver, ¿qué les parece, muchachos? ¿Está bien? Me quedo con ella, porque, ¡kórcholis!, que estoy sintiendo mucho frío.

—¿Qué cuesta?

—Dieciocho soles.

Pero al echar Mejía Xesspe mano a la faltriquera, se dió con que no había dinero, lo que no hizo gracia al sabio, porque tuvo que bajarse el pantalón para que se le quitara el descomunal imperdible con que aseguraba por dentro el "apachícuy" de billetes.

Al día siguiente, tras laborar desde el alba en las importantes ruinas de Collacoto, en Sapallanga, y almorzar rápidamente en Huancayo, partimos para La Mejorada, adonde llegamos al atardecer.

Algo muy distinto debió anunciar allí la presencia de una flamante camioneta, pese a que tenía a ambos lados inscripciones con letra grande, clara y blanca, que literalmente se leían: "Instituto de Investigaciones Antropológicas". El caso es que tan pronto como la advirtieron en el lugar, el vecindario salió en su mayoría a curiosear desde las puertas de sus casas, cosa que a nosotros no nos llamó la atención porque es lo que siempre sucede en lugares pequeños, y nos ocurría más aún a nosotros con la fama del científico, no obstante que viajaba de incógnito para no ser molestado ni perder tiempo.

Tan pronto como se detuvo nuestro vehículo, el sabio ordenó a Mejía Xesspe que buscara dónde alojarnos. Y

mientras éste iba con tal propósito, vimos a un grupo de ancianas enlutadas que se encaminaban en dirección nuestra. Se detuvieron al fin a cierta distancia, mirándonos, remirándonos y cuchicheando entre ellas. Sin pensar en lo que ellas querían ni dar importancia, me bajé del vehículo y pude oír algo con que trataban de convencerse unas a otras, pues se decían: "Él es, doña Petita", "No me parece", "Él es, es él mismo", "No, éste no me parece", "Sí, sí", dijeron por fin casi todas. "Vaya usted Antonieta", "No, usted doña Petita", "Entonces vamos las tres". Y se separaron tres del grupo y ya cerca vacilaron para ver cuál de ellas era la más entradora.

La más garbosa de las ancianas se adelantó con cierta rapidez y prácticamente se avalanzó hacia el sabio que, aunque no había bajado de la camioneta, no se fijaba en ellas, más bien parecía pensativo, con la mirada hacia los cerros. Tenía la mano derecha sobre la portezuela, y sin que él lo advirtiera, rápidamente la anciana se agachó un poco y le estampó un beso en la mano diciéndole, al mismo tiempo, con gran unción y recogimiento:

—Bienvenido, ilustrísima.

—Buenas tardes, señora —le respondió el sabio con tono bondadoso, sorprendido del raro recibimiento y, desde luego, sin comprender en ese momento lo qué ocurría.

—Ilustrísima —prosiguió la anciana sin darse cuenta de las caras de sorpresa que el sabio y sus acompañantes tenían—, mi hijita le ha arreglado una buena habitación, le ha puesto una cama impecablemente limpia, todo es nuevo, sábanas, fundas y frazadas, y aunque el catre tiene catorce años, también está nuevo porque lo compré para que durmiera Monseñor Fulano de Tal (dijo un nombre que no pude retener) cuando pasó por acá de viaje para Huancavélica, por eso lo he guardado sin que ninguna persona

mundana lo use... Los jóvenes pueden irse al hotel —dijo prosiguiendo y mirándonos a los demás miembros de la expedición.

La deferencia era candorosísima y muy propia de la mayoría de personas del interior que siempre han vivido en su tierra. Le brindaban un catre flamante donde sólo había dormido —¡y una sola vez!— un santo varón, al menos en el criterio de la grey. Pero, por cierto que todo ello no era de extrañar, porque el antropólogo Tello despertaba admiración con un matiz casi místico en los pueblos, cosa que aunque él eludía porque le quitaba tiempo, no obstante, por lo mismo siempre se enteraban de su llegada. Iban a darle la bienvenida, a agasajarlo, a proporcionarle datos y derroteros. Igualmente no siempre le decían sólo doctor, sino ilustre doctor, mi doctor, ilustrísimo doctor, sabio, etc. Al menos así lo explicó también días después cuando, riéndose, me dictaba una carta para su familia. Por tal razón, pensando en que no haría penitencia yendo a alojarse al hotel porque se entiende que en los lugares pequeños son una calamidad, contestó a la señora:

—¿Y por dónde queda su casa, señora?

—Allá, donde está parado ese hombre de botas —repuso, señalando casualmente a Mejía Xesspe que andaba indagando por el único hotel que había allí. Todo se veía perfectamente, ya que La Mejorada tiene una sola calle algo ancha y de más o menos doscientos metros de largo.

En aquel momento las demás señoras que, como tales, sin duda ponían en práctica el consejo de Santo Tomás —ver para creer—, decidieron acercarse y también se las pegaron porque se acercaban con santa unción. Pero, "¿y por qué tanta beatería?" ¡Kórcholis!, que esta pregunta le hizo dar en el clavo. Se dió cuenta que la grey católica mejoradeña

estaba alborotada por alguna otra razón. ¡Carimba! —como él decía—, y trató de hacerles notar su equivocación.

—Bajémonos, muchachos... —dijo, al mismo tiempo que abría la portezuela.

Risible desengaño. El sombrero alón de paja, el pantalón de diablofuerte y las botas no les eran familiares ni hablaban latinajos. Les falló aquel dicho muy de la grey: "Si sale con barbas, San Antón, y si no, la Purísima Concepción", pues no era ni lo uno ni lo otro, ni la chompa majadera tenía el color exacto de ese matiz de laca de Smyrne igual a aquel rosado chillón propio de algunas prendas de los obispos. Patentísimo estaba que a Súmar no se le ahuesa nada y que sólo él tenía la culpa para que se confundiera a un científico con un obispo.

Las caras de las Hermanas de María parecían tan aturdidas y estaban tan empavadas que, tan pronto como "su ilustrísima" echó pie a tierra no les quedó más salvación que la de poner pies en pólvora. Adiós cama de odorífera santidad, adiós sábanas limpias y atenciones, todo se esfumó en un santiamén.

Y caído de su altar, el sabio tuvo que ir a dormir con nosotros en el hotelucho.

Mejía Xesspe, siempre precavido, averiguó la causa del alboroto y así supimos que el vecindario esperaba desde hacía tres días la visita de un obispo, y como eran muchos los angelitos que necesitaban confirmación, lo esperaban más que ansiosos. Sin embargo, haya pasado o no, ¡protesto! Tello no tenía cara mofletuda, ni labios grandes ni gruesos y menos nariz tan roma, más bien era aquilino. No tenía el rostro como forjado en cera ni menos asomos de haber venido al mundo para estar prendido a la servilleta.

LA NOCHE EN BISCHONGO

Las expediciones arqueológicas que el sabio Tello dirigía eran realizadas con un asombroso mínimo de gastos, por lo que, naturalmente, precisaba de un cajero capaz de darle vueltas a un ochavo, para que esos tantos pocos hicieran un mucho. ¡Oh, si así fueran todos, qué grande sería la Patria! Porque tal era una escuela que se practicaba en todo y para todo y por extensión llevaba en sí una disciplina que no todos podían soportar; he allí la razón por la que siempre, la mayoría de los expedicionarios al día siguiente de partir tenían cara de Viernes Santo y a la semana empezaban a hacer preámbulos un poco tristes que los sacara de allí. Se entiende que los expedicionarios necesitaban tener un espíritu en algo semejante al de don Alonso Quijano, que no les importase el dinero con tal de explorar, conocer la Patria y estudiar más puntos arqueológicos.

Creo sinceramente y no necesito hacer énfasis, que en el yantar podíamos haber sido ejemplo de frugalidad, salvo algunas excepciones en que era mejor que los alimentos y víveres se perdieran en nuestros estómagos antes que se malograsen, entonces sí que nos desquitábamos, y con razón, porque había que ser recios para el trabajo duro de campaña. Había que ser, asimismo, de poco hablar y sufridísimos para dormir muchas veces como el archifamoso

Caballero de la Triste Figura, porque de vez en cuando había que dormir donde la noche cerrase, cara a cara con las estrellas "siderales".

Se vislumbraban días de privanza cuando siete de los expedicionarios a la Hoya del Alto Urubamba (1942) echamos pie a tierra dejando el camino carretero Ayacucho-Andahuaylas en la cumbre de Quilcapite. El sol hacía pocos minutos que había salido aquel 17 de julio pero ya nos esperaba allí el Gobernador de Bischongo con las bestias ensilladas para que nos encaminásemos al distrito de su jurisdicción. Pese al sol y a nuestros gruesos ponchos el frío de la puna nos entumecía.

Empezamos a descender siguiendo el curso del riachuelo de Bischongo y hacia el mediodía hicimos alto para tomar nuestro fiambre. El arqueólogo Toribio Mejía Xesspe, además entonces ya canonizado cajero de la expedición, echó mano a las alforjas mientras relamiéndonos la boca nos imaginábamos las cositas que tendría para aplacar el hambre. Sacó un atadito blanco que de sólo verle el tamaño reducido nos hizo suspirar. Había allí cancha, un pedazo de charqui, otro de jamón y un quesillo, todo eso para ocho hombres de buen diente.

Una sonrisa burlesca se insinuó en el rostro del Gobernador cuando Mejía Xesspe separaba las raciones en su mantelito. En fin, él sabía el porqué de su sonrisa, pero en medio de todo a mí no me hizo gracia.

Tras engullir el frugal almuerzo, toda aquella bendita tarde la pasamos en viaje, sobre el caballo o bien a pie, debido a la falta de costumbre de cabalgar. Cuando apenas se divisaba en algunas cúspides el dorado matiz de los últimos resplandores del sol, entramos al famoso Bischongo.

El pintoresco pueblecito parecía un cementerio; sin embargo, ese día nuestra ida había puesto en intenso trajín a

todas las viudas del lugar y en ese momento, sin que las viéramos, nos espiaban por unas ventanitas de la casa cural en donde estaban reunidas y hacia donde nos llevó el Gobernador. Cansados, nos instalamos en el corredor mientras la primera autoridad de Bischongo salió de allí, regresó, volvió a salir y lo vimos correr de un lado a otro en busca del sacristán, pues éste debía abrir alguna de las habitaciones de la casa parroquial para alojarnos.

El recinto negruzco en donde las viudas se hallaban no tenía puerta, pero como todo estaba tan silencioso, no sospechamos que a pocos pasos de nosotros teníamos las sorpresas. Mas, el hambre de que éramos víctimas era realmente canina y se nos había metido entre ceja y ceja que allí comeríamos un modesto "patachi" [1] o una batea de papas con ají. El sabio estaba tranquilo sentado en el poyo que daba comodidad a la casa cural; tenía tal expresión de cansancio y hambre que lo desconocíamos.

La mayoría quisimos ganar tiempo y hacer entierro bajo, aunque, pese a que recién oscurecía y la población parecía sumida en medianoche, nos halagó la perspectiva de poder comprar algo que comer, pero ni así conseguimos un pan.

Pocos minutos después nos alegró la reaparición del Gobernador. El sacristán no estaba y teníamos que dormir en el corredor y cada cual sobre las caronas y el pellón de su caballo. ¡Bah!. . . Lo que nos importaba, si días antes en Huaca-urara (Ayacucho) habíamos dormido como los cerdos de aldea, unos arrimados a una peña, otros en una especie de corralito de piedras que impedían que la paja se extendiese. Lo que en esos momentos nos interesaba era que el Gobernador soltara la lengua para decirnos qué cosa ha-

[1] Plato nativo a base de trigo, arvejas, tocino hervidos con algunas especias.

bíamos de comer, porque a esas horas estábamos que veíamos luces con el hambre.

Por fin, nos llenó de júbilo indecible cuando nos dijo que en seguida nos iban a servir la comida. A esas alturas el "patachi" o cualquier chupe, así hubiese sido de ollucos, habría sido un plato de chuparnos los dedos. En un santiamén nos sentamos a la mesa del cura, allí, en el mismo corredor. Seguro que el "Tayta" comía bien acompañado, pues, ¿a qué tener mesa tan grande y con tan descomunal hule?

—Señor doctor —dijo el Gobernador mirando, al mismo tiempo, a los hambrientos expedicionarios—, ya viene la comida; nos perdonarán las pobrezas.

—¡Oh, qué ocurrencia! —repuso el sabio—; nosotros venimos para pagar todos nuestros gastos, de manera que ustedes no tienen por qué perjudicarse. Ahí el señor Mejía le abonará no sólo nuestro consumo, sino también los alquileres de las bestias; por lo demás, no se preocupe que acá todos somos gente de trabajo. Un poco de papas, ají, cancha o cualquier cosa por el estilo nos basta.

—No, doctor —replicó aquél—; yo tengo orden del señor Prefecto de Ayacucho para atenderlos en la mejor manera. Tiene que ser así, doctor, porque ustedes no son cualquiera, sino los que estudian la historia para que nuestros hijos aprendan a conocer lo que valemos.

—Bueno, entonces, señor Gobernador, por lo menos nos dejará pagar el alquiler de las bestias y gratificar a la persona que nos ha preparado la comida —repuso el antropólogo.

—Lo único que puede pagar es lo de las bestias, porque sus dueños son pobres, pero la comida no, doctor. Eso sería un desaire.

Y tras decir esto, el Gobernador se retiró apresurado y dando voces desde allí, órdenes naturalmente en quéchua, ya

que en el lugar eran contados los que hablaban castellano:

—¡Micuyta apámuy! ¡Micuyta apámuy! (traigan la comida).

Cualquier cosa y mal sancochada nos habría parecido una delicia en aquel momento. Esperábamos cualquier menjunje sin sal y en platos de barro. Pero, para sorpresa nuestra, salía de la cocina, a la que nosotros creíamos vacía, un "mozo" con un plato de loza lleno hasta el borde de una suculenta sopa de fideos con arvejitas verdes. Cuando la puso delante del sabio nos relamimos con alegría. Y cuando llegó la nuestra, no la tomamos, la engullimos como fieras.

Después de un buen rato asomó por ahí el Gobernador y corrió de nuevo a la cocina a ordenar que nos llevaran el segundo plato: ¡una tortilla!, grandaza como el fondo de la sartén, de una pulgada de espesor y sobre una especie de loma de arroz bien graneado. Si no nos lanzamos sobre el plato fué porque allí estaba el sabio que, sin decir palabra, nos habría frenado con la mirada.

Mientras comíamos sin hablar, el Gobernador se presentaba de rato en rato como quien goza de vernos comer desmedidamente. Caímos en cuenta entonces el porqué de la risita burlona cuando en la "pascana" [2] Mejía Xesspe le dió su ración.

El segundo plato tenía tal tortillaza y tal cantidad de arroz que creímos que después de esto lo único que faltaba sería el té. No esperábamos más, pero he ahí que llegaba el tercero. Un seco de cordero al cual no tuvimos inconveniente de hacerle los honores aflojándonos un poco las correas.

A Pedro Rojas Ponce se le ocurrió pedir un poco de agua y se adhirió Huapaya Manco. El Gobernador, siempre sonriendo, fué a traer "agua" para todos. Y mientras éste se alejó, el sabio quiso favorecer al más hambriento.

[2] Pascana, es el descanso en el camino.

—Muchachos, yo sí que ya no puedo comer más; quien desee servirse mi plato, aquí lo tiene; pero déjenme un poco para que el Gobernador no crea que lo he dejado limpio.

—¡Pásemelo a mí, doctor! —gritó alargando el brazo el más flaco; ¡qué diente el que tenía!

Tremenda fué nuestra sorpresa cuando el Gobernador se presentó seguido de un muchacho cargado de botellas de kola. Pero, ¡Dios mío!, ¡qué botellas de kola, eran botellas negras y grandazas como las de cerveza! Las dejaron y se fueron.

—¡No, no destapen sino una! —ordenó desagradado el sabio cuando el más flaco se disponía a abrirlas todas—; basta con una y de ella sírvanse todos, que lo demás quede conforme. Esta gente es pobre y sabe Dios con cuántos sacrificios las compraría... Y sepan ustedes que para comprar eso han tenido que echar dos días y medio de camino de ida y otro tanto de regreso. Desde Ayacucho.

—No, doctor; éstos tienen —repuso alguien—; además el Prefecto lo ha ordenado.

—He dicho que no abran más que una botella, ¿acaso no hay agua? Los Prefectos... ¿esos qué saben de los sufrimientos de esta pobre gente?

El disgusto del sabio hizo que todos continuáramos comiendo sin chistar, lentamente, porque estábamos satisfechos y, por cierto, que ya no teníamos para qué pensar en otra cosa que no fuera un té o algo parecido. En eso, nuevamente asomó el Gobernador.

—Señor Gobernador —dijo el antropólogo—, ¿no tendrán ustedes alguna agüita caliente? Quizás tengan manzanilla...

—¡Cómo no, doctor! Viene después del último plato.

—¡Cómo, señor Gobernador! ¿Todavía hay más? ¡Esto ya es más que un regio banquete!

—Sí, doctor, hay algunos platitos más.

—Gracias, pero ya no puedo más; estoy que reviento; se lo suplico y hágame el favor de agradecer en nuestro nombre a la cocinera; dígale que ha cocinado tan rico que como nunca he comido tanto, que temo reventar.

—Bueno, doctor; voy a ver si pueden parar allí nomás.

Eso de "voy a ver si pueden parar allí nomás" nos hizo reír cuando se hubo marchado.

La ausencia del Gobernador se prolongó tanto que no sabíamos qué cosa ocurría en la cocina, pues oíamos parloteo y al parecer protestas que no las entendíamos, ya que todo era en quéchua. Por fin se presentó el "mozo", pero sin llevarnos el té ni cualquier agua, sino un "pocte" [3] de arvejas con arroz. Era el cuarto plato; la única influencia del Gobernador en ese plato parecía ser que no era abundante, sino como los que sirven en cualquier restaurante. El único que se libró fué el sabio, quien se puso a alentarnos para que hiciéramos un esfuerzo y acabáramos el cuarto plato, porque podía sentirse desairado el Gobernador. Pues hicimos un esfuerzo y liquidamos también el rico "pocte".

Y llegó el quinto plato... ¡Era otra tortillaza!... Empezamos a tomar el asunto en broma, en tanto que el sabio lo tomó muy en serio. Nos pusimos a picar por ver en qué paraba la cuestión.

—Oye, Mejía —dijo de repente el antropólogo— parece que el Gobernador no ha podido evitar que nos sigan mandando platos y más platos. No vaya a ser cosa de que todavía haya más por venir. Mejor anda tú mismo a la cocina y dile a la cocinera en buen quéchua, que nosotros hubiéramos querido seguir comiendo porque todo está delicioso,

[3] El "pocte" es un plato nativo en el que las arvejas sancochadas se sirven en una salsa a base de queso molido, aceite y otros condimentos.

pero que ya no podemos más, que vamos a reventar. Dile más bien que nos sirva té o agua caliente con alguna yerba aromática. Dale un buen discurso, felizmente tu quéchua lo han de entender.

Y aunque parezca mentira y hoy me abisme, entre broma y broma concluímos la tortilla del quinto plato y allí sí que ya no cabía sino esperar el té.

Mejía Xesspe demoró tanto en la cocina, que creímos que algo raro le habría ocurrido; felizmente la cocina se hallaba a sólo treinta metros, en el lado opuesto del patio. Ya el antropólogo estaba intrigado por su demora, cuando lo vimos salir de la cocina y llegar alicaído, como si lo hubieran derrotado.

—Doctor. . . —dijo con lentitud— ¡Uf! . . . Faltan venir todavía cinco platos más y el té. . . En la cocina había once viudas en círculo, cada cual había preparado un potaje y ninguna quiere quedar desairada. Dicen que sería un desprecio el que no les aceptáramos. El Gobernador manifiesta que ésa es la costumbre, por eso había llamado a todas las viudas de Bischongo.

—¡Pero, Mejía! . . . ¿No podías decirles que vamos a reventar? ¿Que no podemos seguir comiendo? Eso lo entiende cualquiera —arguyó el sabio.

—Sí, doctor, les dije, pero no entendían nada de semejantes razones. No comer sus guisos para ellas es un desaire. Solamente cambiaron de parecer cuando, amigablemente, les hablé de los incas y les expliqué que nosotros, pasando pellejería y media vamos estudiando todas las cosas de nuestros abuelos para que sus hijos lo estudien en la escuela. Sólo así he podido lograr que en lo mucho aceptemos los regalos de dos viudas más, pues nadie quería quedar desairada, así es que viene un plato más y luego el té.

—¡Seis platos! ¿Pero ustedes, acaso, van a poder comer

uno más? ¿O es que son capaces de semejante hazaña? —repuso, riéndose al fin, el sabio.

Naturalmente, nosotros protestamos porque eso era como disponer de estómagos ajenos para echarles potaje tras potaje.

—Pues, muchachos —continuó el antropólogo—, aquí no queda sino un camino: o hacen ese esfuerzo y comen un plato más, o mañana nos tendremos que ir a pie de acá hasta Vilcashuáman. Porque así, esta gente buena puede perdernos la voluntad y entonces, nos divertimos, nos podemos quedar sin bestias. Además, mañana quizás no podamos tomar desayuno y a lo mejor ni el almuerzo.

Lo adivinó.

Y llegaba el sexto plato; un arrimado de col al que seguimos comiendo valientemente, no tanto porque fueran a resentirse, más que todo por la negra perspectiva de caminar diez o doce kilómetros a pie, cuesta arriba y con el equipo a las espaldas. Y tras engullirlo todo, esperamos pacientes el té o agua de manzanilla o lo que fuera. Pero, agua. . . ¡vuélvete!

Apareció el "mozo" y esta vez con un azafate bárbaramente colmado de bizcochos. . .

—Esto lo guardamos para mañana —repuso refocilándose el más flaco.

—Nada de eso —dijo el sabio—, preferiría que mañana nos quedásemos sin probar alimentos a que sigamos molestando a esta gente.

La última sorpresa, el té; le vimos llegar en grandes jarros de esos enlozados, de un litro, y cuajados de florcitas. ¿Té? ¡Chocolate con leche! Y lo tomamos. Bueno, si no estallamos fué porque también la totalidad de los expedicionarios teníamos el estómago a prueba de bombas de profundidad, como que no nos pasó nada, pues no caminamos

gran cosa después de levantarnos de la mesa, porque tan pesados estábamos que teníamos la impresión de haber comido plomo, y también el cansancio de la pesada jornada nos hizo acostar en seguida y dormir plácidamente, sin ninguna pesadilla.

Sólo quedaron con sus potajes intactos cuatro viudas; no creo que ninguna, o por lo menos las siete restantes, puedan decir que no tenemos estómagos agradecidos, donde siempre que tenemos hambre nos acordamos de ellas.

BASTÓ UN APELLIDO

Arribamos a Abancay después de las tres de la tarde y por consiguiente ya no había almuerzo en el Chifa-Hotel. Pero el dueño ordenó que se nos preparase inmediatamente.

Entretanto, allí había un grupo en pleno duelo a punta de cerveza, matizado con una charla fraterna y amenísima según se juzgaba por los rostros. Estaba a la vista que eran bien atendidos, probablemente no tanto porque entre ellos hubiera un capitán de policía —no recuerdo si fué capitán o mayor— sino porque así era de atento el dueño, Julio Santos, que entre otras gracias tocaba muy bien el violín y, por si acaso fuera necesario, también el piano.

Pero como entre los del grupo aquel la conversación y los cigarrillos hacían excelente intermedio entre vaso y vaso, el dueño estaba atendiendo su negocio sin dejar de atisbar a sus parroquianos. Además de todo, había que tener contento al oficial por si alguna vez se viera en algún lío de los que no faltan, sobre todo si se atienden negocios en los que se expenden bebidas alcohólicas.

Y como los llegados comensales éramos ocho, y todo iba a ser a la minuta, el dueño se puso, pues, a dar órdenes al cocinero y a arreglar la mesa que habíamos ocupado. De saber don Julio que allí estaba nada menos que el famoso antropólogo Tello, por añadidura tocayo suyo, creo que no

habría variado su atención, ya que mejor no podíamos haber exigido, pese a lo poco que le recomendaban al sabio las botas viejas que llevaba así como el sombrerito de casimir cuadriculado que lo adquirió en el mercado de Ayacucho, porque —según dijo— se asemejaba a los que le cosía su tía María allá por su infancia. Del mismo modo desfavorecía al resto las casacas, los burdos sombreros de paja, los cabellos crecidos y amén de todo eso la insistencia de algunos compañeros de pretender cubrirse de patriarcales barbas.

El oficial no vió con buenos ojos que el dueño del establecimiento se desentendiera un tanto de él y sus amigos. ¡Bah!. . ., que, después de todo, los recién llegados no parecía gente que mereciese importancia ya que, además de ser desconocidos, más parecían negociantes o gente un poco rústica. Imposible. . . ¿cómo iban a ser ellos los de la expedición científica a los cuales ya esperaban en Abancay por aviso de un ex expedicionario abanquino (Lizandro Guillén) que dos semanas antes había desertado? Pero sea lo uno o lo otro, el oficial siguió tolerando la situación no obstante su inocultable desagrado, hasta que, minutos más tarde, se les terminó la cerveza y el dueño no estaba allí listo para servirles más. Sin embargo apareció presuroso y los satisfizo. Pero el capitán estaba muy serio, demasiado serio.

Transcurrió un rato y los vasos y las botellas quedaron nuevamente vacías y. . . ¡cáspita!. . . eso sí que resultaba intolerable para el capitán, al menos parecía. Nos echó, al fin, una mirada un tanto desdeñosa que más pareció la última palabra del credo. Comprendía sin duda que las malhadadas ausencias del dueño se debían a que nos estaba atendiendo. Su talante parecía agorero y, si bien nos importaba un rábano, no nos hallábamos a gusto; pero no

había más solución que paciencia y barajar, porque el que habría tenido que lamentar habría sido él.

Si Tello hubiera sido de otra idiosincrasia, podía haber anunciado su llegada al Prefecto y hubiera sido espléndidamente recibido, no sólo por tal autoridad política, sino también por el profesorado y los intelectuales; mas no le gustaba molestar a nadie y prefería andar de incógnito. Piénsese que si le era repelente la publicidad en torno a sus descubrimientos arqueológicos, lo cual es sustento y almíbar para otros, menos podía gustarle las recepciones que le quitaban tiempo.

El dueño del establecimiento había salido a hacer algunas compras y retornó apresurado. Pero... ¡demonios!, el talante del oficial había empeorado; felizmente se interponía su prudencia. Había llegado el momento de decir el amén de los prolegómenos.

—¡Bueno —habló con voz enérgica—, aquí no se nos atiende! ¡Nos vamos!

El dueño, en su deseo de calmar el descontento del capitán, dijo algunos sinapismos que no remediaron la fiebre.

—¡No, señor! ¡Aquí no se nos atiende! ¡Nos vamos! —repitió.

Pagaron su cuenta y se marcharon.

Sentimos un gran alivio porque nada es tan desagradable como tener a la vista una persona que, atenida a sus galones, en donde no hay sargentos, ociosamente pretenda más derechos.

Transcurrieron más o menos diez minutos en que el capitán y sus acompañantes se habían marchado, cuando, he allí, que llegaba su emisario, un guardia.

—Oiga usted —repuso éste dirigiéndose al propietario—, lo llama el señor Comisario.

Trató el dueño de reprimir su indignación porque se daba

clara cuenta de dónde partía la saeta aquella; nosotros también, desde luego, que lo entendíamos. Para no hacer más notorio el caso, respondió al policía que iría en seguida. Así fué.

Como era de esperarse, el sabio se indignó, y al ver que el dueño salía a responder ante el Comisario, parándose, lo interrumpió para decirle:

—¡Oiga, oiga! Dígale al Comisario que ha estado usted atendiendo al doctor Tello.

—Muchas gracias, doctor —y salió.

A los pocos minutos volvía Santos con la expresión de quien derrota a un abusivo de peso pesado. Más tarde llegó otro oficial con quien el Comisario mandaba pedir disculpas al sabio y, además, se ponía a sus órdenes.

No sé el matiz que hubiera tomado el asunto si don Julio, en vez de atender al famoso antropólogo hubiera estado atendiendo a uno que no tenía más respaldo que el valor de un plato de lentejas. . . Quizás dormiría en la sombra.

LLEGADA DEL COCINERITO

Acabábamos de instalarnos en las cercanías de Corihuayrachina —un grupo interesante de ruinas arqueológicas de fácil acceso porque todavía conservan el camino incaico adoquinado de granito que lo unía con Macchupicchu— y nos dimos cuenta que escaseaban nuestros víveres. Se envió en consecuencia a uno de los peones para que fuera a comprarlos en el pueblo que existe en las cercanías de las famosas ruinas de Macchupicchu.

Al día siguiente se presentó trayendo las compras a cuestas, no el peón que había ido por ellas, sino un niño de catorce años de edad que explicó que su hermano había enfermado y que él, deseoso de que no nos perjudicáramos, había resuelto ponerse en camino llevándonos los víveres.

Tello comprendió que simplemente el hermano era un ocioso y hasta temió que el emisario le saldría con que el dinero sobrante se había quedado en poder del holgazán. Le pidió pues que le mostrara la relación de compras así como lo que había comprado y, efectivamente, todo estaba conforme, menos el saldo, pues no quedaba un centavo. Esto no agradó al sabio.

—¿Y el vuelto? —preguntó.

—Me lo tiré —repuso tranquilamente el niño.

—Cómo que me lo tiré.

—Sí señor, me lo tiré.

El sabio se quedó sin palabra ante respuesta tan cortante. El saldo lo había gastado por su cuenta y no había cuestión. Se lo había "tirado".

—¿Y cómo así piensas pagar?

—Trabajando. . . —respondió el niño con tal dignidad que por un buen rato el sabio se quedó pensativo.

—¿Con tu trabajo? ¿Y qué cosas sabes hacer?

—Sé cocinar.

—¿Cocinar? ¿Y quién te ha enseñado?

—Aprendí siendo ayudante de cocina de la Expedición Wenner Gren.

Ah. . . Se doró la cuestión, pues cayó como bajado del cielo y por lo mismo inmediatamente fué enviado a preparar la comida. Y mientras el niño se encaminaba gibadito hacia la choza que servía de cocina, comentó el arqueólogo:

—Pobre muchacho, está con paludismo y tiene que buscarse la vida. Aunque no cocine bien, pero al menos no nos hará comer las porquerías que ustedes preparan.

Y Juan de la Cruz Tapia, que así se llamaba el niño de Macchupicchu, no sólo nos hacía comer dignamente sino que hacía milagros porque en cierta ocasión que escasearon los víveres y no había sino calabazas silvestres, se ingenió para hacer agradables chupes y un dulce añadiéndole maní que tanto abundaba. Al ser el cocinero de la expedición, así con su apariencia humilde y su voz bronca, nos hacía reír con sus agudezas y nos entretenía con los cuentos y leyendas de aquella región o los que había ganado de entre su vida de trabajo. Tello llegó a estimarlo y al año siguiente hizo que viajara a Lima, mas como fuera destinado al campamento de Pachacámac y tras un tiempo evidenció no agradarle, quizás porque aspiraba algo más,

se retiró y parece que ése fué su camino fatal porque más tarde en que el antropólogo, al encontrarlo en la calle tan delgado, lo llevó al museo, le refirió entonces, con los ojos arrasados en lágrimas, que su patrón, un cusqueño, a veces porque el auto no había quedado reluciente en algún punto, lo atacaba a puntapiés.

Es que el pobre Juanito tenía tal dignidad que, cuando la razón era suya, la hacía notar como lo habría hecho notar cualquier hombre adulto y sereno, y lo habría hecho así le hubieran estado pinchando frailes franciscanos descalzos. Recibir órdenes de un sabio al que a veces si el derecho lo respaldaba, le hacía objeciones, y salirle con éstas a un individuo brusco y acostumbrado a apretar los puños y atizar patadas a los pobres indios de su comarca, era pues como pedir trigo a la paja brava.

Un ataque de hemoptisis lo llevó a Jauja hasta donde Tello le envió dinero por algún tiempo. Algunas veces lo hicieron los del personal del Museo. Y cierta vez que fuí llevándole una de aquellas remesas, lo encontré también de ayudante de cocina, pero de un hotel donde todos los pacientes padecían de la peste blanca. Indudablemente el mal fué en aumento porque once años más tarde, hace poco, un diario anunció su suicidio ocurrido en Huancayo, "por padecer de enfermedad incurable".

LOS OSOS DE HUIÑAY HUAYNA

¿A quién o a quiénes se debe el descubrimiento de las ruinas de Huiñay Huayna? A unos osos, unos "ucucos" negros y anteojudos como los que existen por esos lugares.

Son varios los que intervinieron en el hallazgo de la bella Huiñay Huayna, sin embargo, se tiene como su descubridor al sabio Tello, ya que fué él quien lo dió a conocer al mundo. Porque, en rigor, descubrir es dar a conocer, de lo contrario nadie hubiera tenido como descubridor de América a Cristóbal Colón sino a Alonso Sánchez de Huelva, aquel famoso piloto que después de tocar tierra Americana retornó a España en compañía de unos cuantos que pudieron sobrevivir a la falta de agua y víveres. Se dice que éste fué quien al mandar hacer una carta geográfica con Cristóbal Colón que además de hábil piloto era cosmógrafo, le dió también los datos. Asimismo no diríamos que Hiram Bingham descubrió Macchupicchu sino Richarte y Álvarez, un par de indios que alejados del mundo vivían tranquilamente cultivando en algunas andenerías de la hoy mundialmente famosa ciudad incaica.

Durante el tiempo que duraron los trabajos de deforestación y denudación de las ruinas de Huiñay Huayna, el arqueólogo Tello se interesó por conocer quienes habían

sido los autores del hallazgo y llegó a la conclusión de que su existencia no era un secreto para los que moraban en aquellos lugares y, sobre todo, para los madereros que por añadidura conocían muchas otras ruinas aún perdidas por los bosques más o menos aledaños a Macchupicchu, en cuyas cercanías está Huiñay Huayna. La cuestión era pues que alguien fuese el primero en vincularlo a los científicos y al mundo.

Uno de los peones de la Expedición Científica Wenner Gren (1941) que lo fué también de la Expedición Científica al Alto Urubamba (la de Tello, en 1942) llamado Leoncio Quispe, natural de Huarocondo, se atribuía haber sido el autor del hallazgo, pues contaba que en el deseo de agenciarse algún dinero, se pusieron de acuerdo él y un amigo para ir por aquellos lugares en busca de palmas para venderlas en el Cusco el día de domingo de ramos y que, aunque no las hallaron, pero, seguros de que allí podrían encontrarse algunos tesoros, refirió su hallazgo a dos catadores de minas, unos hermanos Acurio de Calca. Éstos, según la misma referencia, dieron aviso a personas señaladas del Cusco, reclamando previamente para sí, el cincuenta por ciento de cualquier tesoro que pudiera hallarse en las mencionadas ruinas y que así llegaron los datos a los miembros de la expedición sueca en referencia.

No sería de extrañar que ello fuera verídico. Pero la versión dada por Juan de la Cruz Tapia es la más aceptable, pese que a la sazón contaba con sólo 14 años de edad, lo que no era un motivo para que este niño dejase de poseer una inteligencia muy aguda, además, era serio y sobre todo trabajador sin duda porque la vida lo había golpeado desde muy temprano y, amén de todo eso, conocía bien toda aquella región por ser natural del pueblo de Macchupicchu.

La originalidad del relato, la franqueza y la honradez de de la Cruz Tapia, hizo que Tello tomase más en cuenta su referencia ya que por añadidura en el año anterior había sido ayudante de cocina de la Expedición Wenner Gren. Y así, rectificando la versión de Quispe, refirió aquel niño que el autor del hallazgo era el doctor X. Lowder, topógrafo de dicha expedición.

La Expedición Wenner Gren tenía dos exploradores familiarizados con la región por ser naturales del departamento y por aquellos días el jefe de la misma, doctor Paul Fejos, estaba ausente y lo reemplazaba el doctor Lowder, quien, mientras se daba término a los trabajos de deforestación y limpieza de las ruinas de Yuncapata —cercanas a Huiñay Huayna—, envió a los exploradores para que recorrieran la quebrada de Choquesuysuy. Pero, éstos, en cuanto se internaron al bosque se quedaron por allí, tomando cuentas a las horas. De lo contrario, a pocos metros más allá donde empieza el bosque, habrían dado con las ruinas de Huiñay Huayna. Finalmente, tras esperar el tiempo prudencial, retornaron al campamento y dieron un curioso informe que les resultó muy desfavorable.

Manifestaron a Lowder que no habían hallado ninguna clase de vestigios arqueológicos, a lo más animales de distinta especie y, como quien quiere asustar para que no fueran a descubrirles la farsa internándose por allí, manifestaron haber encontrado algunos osos agresivos y de regular tamaño. Pero, ¡cáspita!, el aparejo se les fué a la barriga porque resultó una noticia estupenda para el doctor Lowder. Cazar uno de esos osos anteojudos de los que a veces se ve por esos bosques era un incentivo, además, la verdad es que no son agresivos, salvo que uno los ataque o se acerque mucho a ellos por lo mismo que estos

animales no son carnívoros sino que se las pasan comiendo frutos y yerbas tiernas.

Así las cosas el primer sábado Lowder cogió su equipo de caza y se encaminó hacia la parte que da fácil acceso al bosque, por un recodo del camino de herradura mandado hacer por la Expedición Wenner Gren. No caminaría más de cien metros monte adentro cuando ¡cátate! que en vez de darse cara a cara con un "ucuco" como de los que le habían pintado los exploradores, cazó un gran hallazgo y una gran mentira. Unas ruinas que a juzgar por las piedras labradas y engastadas con la precisión asombrosa del estilo incaico, evidenciaban que estaba delante de las ruinas más importantes de todas las que hasta entonces llevaban en su haber. Pero ellos no podían demorar más tiempo por allí y otro sería quien habría de estudiarlas y descubrirlas totalmente.

Tomó algunas fotografías de lo poco que podía verse a través de la densidad boscosa y levantó un plano del edificio principal y algunas andenerías, los que juntamente con un brevísimo informe del folklorólogo cusqueño señor José B. Farfán fueron entregados al doctor Tello cuando la Viking Fund Inc. de New York —fundación sostenida por el multimillonario sueco Wenner Gren— auspició la expedición dirigida por el citado científico peruano.

Hasta entonces Huiñay Huayna para ellos era conocida como "Casallajta" —ciudad de la quebrada— ya que así la denominaron ellos por estar ubicada en una quebrada. Si bien era imposible saberse el nombre aborigen original, aquí no podía ocurrir lo que con Corihuayrachina y Runcurácay —lugares conocidos por Hiram Bingham que las cita por sus nombres aborígenes y hasta da una fotografía de la primera— así como también con Cedrobamba a los que la Expedición Wenner Gren, sin duda ignorando

los nombres con que eran conocidas, las rebautizó con Sayacmarca, Puyupatamarca y Sayacpunco, respectivamente, sin que por cierto esto sea un pecado, pues muchos de los hallazgos arqueológicos hechos en los últimos años, sea por error o espíritu de publicidad, han caído en semejante caso, que después de todo es disculpable en los extranjeros que tropiezan con la seria dificultad de dos lenguas que ellos no conocen. Benditos sean los bosques y los lugares olvidados que nos duplican las ruinas precolombinas...

Tello juzgó inadecuado el nombre de Casallajta y tras agotar sus indagaciones entre los madereros de la zona, así como los sesenta y tantos peones que trabajaron bajo sus órdenes, pidió que los miembros de la expedición pensáramos en cómo habría de llamarse aquel lugar que no era ciudad ni pueblo en la quebrada, sino un templo con una especie de ciudadela y un buen número de cisternas al parecer para lavar metales.

La sugestión definitiva fué la del arqueólogo doctor Julio Espejo Núñez que se enamoró de una flor, la "huiñayhuayna —pormenores curiosos que no puedo dejar de referirlos porque los encuentro dignos de mención—. Pero tal no fué todo, sino que, atando cabos, el sabio dedujo que era el nombre que mejor le iba no sólo por su cantarino acento nativo, sino porque cuando el 23 de agosto de 1942 abandonamos nuestro campamento instalado el día anterior en Yuncapata en donde quedaron laborando algunos de nuestros compañeros, el doctor Tello, Mejía Xesspe y yo, penetramos al bosque alfanje en mano y la impresión que experimentamos fué de asombro. Las ruinas estaban escondidas bajo un bosque denso y oscuro, y en medio de la sensación melancólica que esto producía, sus muros de verde claro que se hallaban realmente forrados por una

gruesa capa de musgo sobre la que florecían las rosadas huiñayhuaynas, tenían un encanto que fascinaba. Más tarde al quedar totalmente limpio el extenso perímetro arqueológico, todo parecía algo así como un fantástico castillo edificado sobre un abrupto espolón desde el cual se veía allí cerca una preciosa cascada y por abajo el riachuelo de Corihuayrachina y más al fondo el famoso Vilcanota o río sagrado de los incas. Tello se pasmaba al pensar en cómo así podían haberse salvado aquellas ruinas de la destrucción a pesar de los cuatrocientos y tantos años transcurridos de sus últimos días y no obstante de haber crecido allí gigantescos árboles que se disputaban terreno.

Parecía haber sido levantada ayer, hasta los mojinetes estaban como si sólo esperaran los tirantes para colocárseles los techos y tenían por añadidura trocitos de carbón encima, lo cual hacía pensar que Huiñay Huayna había sido incendiada, pero ahí estaba erguida a pesar de los siglos y del incendio que debió haberla consumido. Era pues una obra eterna generosamente olvidada y cuyas postrimeras ascuas podían refulgir espléndidamente si se escuchaba el llamado de aquel viejo amauta que le buscaba un nombre poético. Ahí estaban las ruinas blancas y eternamente jóvenes, siempre jóvenes. No había cuestión, se llamaría Huiñay Huayna, siempre joven como quiere decir el nombre de aquellas flores orquidiáceas que la cubrían.

Y cuando casi dos meses después de laborar intensamente en aquel lugar fascinante nos encaminamos a Macchupicchu, encantados la vimos desde abajo, desde la línea del ferrocarril Cusco-Santa Ana. El efecto era magnífico. La blancura de sus muros nos daba la impresión de un fantástico castillo como el de los cuentos de hadas. Parecía como prendido en los abruptos peñascales. ¡Qué cosa tan singular! ¡Qué espectáculo tan colosal y estupendo para

todo aquel que tenga un poco de sensibilidad! Para el turismo, porque sobre todo, qué cosa tan distinta a Macchupicchu y quizás hasta superior en estética, en la armonía y la belleza de sus líneas. Pero... he ahí que aparte de los informes de la Expedición Wenner Gren y los estudios del sabio Tello, lo demás fué echado en saco roto, importó un rábano. Es sensible confesarlo, pero es la verdad.

Huiñay Huayna fué absorbida otra vez por el bosque no obstante que el famoso antropólogo peruano en su afán de que no se ocultase, mantuvo allí un peón durante varios meses, el que luchando con la maleza que brotaba tupida pudo sembrar *grass* en varios andenes hasta que se agotara el dinero que consiguió el antropólogo con ese fin clamando contra la indiferencia, y pensando sobre todo en las fuertes sumas de dinero que significaría su nueva deforestación.

Vayan ahora a querer contemplar Huiñay Huayna, un denso bosque les cerrará el paso y penetrar cien metros dará la sensación de un kilómetro de penosa caminata.

Quien sabe si nuestros remotos descendientes puedan evaluar debidamente todas las soberbias ruinas dispersas a lo largo de nuestro extenso y fascinante territorio y puedan ser ellos los que las defiendan palmo a palmo, ya que son el vigoroso acerbo de nuestra cultura y nuestra nacionalidad, o ya porque son el renglón promisorio del turismo.

IMPIDIENDO UNA MUERTE

El 25 de agosto de 1942 estrenábamos nuestra larga choza construída allí donde empezaba el bosque dentro del cual se hallaban las ruinas de Huiñay Huayna. La noche era clarísima, sideral y tranquila y nos habíamos acostado como de costumbre a las siete. Pero a las 10, cuando todos dormían plácidamente, seguía yo despierto, oyendo el estridular de los grillos y recapitulando recuerdos porque era víspera de un cumpleaños. Quince minutos más tarde, un lejano y patético grito de angustia rasgó el silencio de la noche prolongándose en el eco de aquel paraje solitario. Era natural que la quietud se tornase súbitamente en zozobra.

—¡Misericordia, señor!. . .

La impresión me dejó estático y sin poder explicarme qué cosa era lo que ocurría. Y tras ese grito se fueron sucediendo otros, ya en castellano o ya en quéchua. Lo único que entendía era el ulular en castellano, de allí que no comprendí todo lo que en un comienzo se podía entender ya que el clamor iba creciendo. Me quedé en suspenso buen rato antes de pasar la voz a mis compañeros. Pero como el clamoreo fué acentuándose y pronto se convertía en

una infernal bulla aunque distante, pero clara, los demás expedicionarios fueron despertándose sobresaltados.

Los alaridos provenían del campamento de Yuncapata, más o menos a un kilómetro de distancia subiendo por la senda que nos comunicaba, pero más cerca en línea recta, pues nos separaba una quebrada. Allí se habían instalado los obreros llegados ese día de Huarocondo y Ollantaytambo para proceder a la deforestación de Huiñay Huayna.

Pero, ¿qué cosa era lo que ocurría en aquel lugar y a esas horas? No lo sabíamos ni podíamos explicarnos. Lo único que por ese momento sabíamos era que pedían misericordia y de la terrible impresión que nos causaban las broncas y desesperadas voces adultas. Era realmente aterradora y por consiguiente un hondo estado nervioso se apoderó de casi todos nosotros.

De pronto algunos gritos más perceptibles aumentaron nuestra impresión.

—¡Jatarichis! . . . ¡Jatarichis! . . . (levántense, levántense).

—¡Pero qué cosa puede ocurrirles! —comentó impresionado el etnólogo.

Casi todos echamos nuestras cucharadas en el asunto, pero, según leo mi diario, las de pocos anoté.

—Quizás, doctor, algunos habrán sido picados por las víboras que tanto abundan por acá —repuso Jenaro Farfán.

—No, no, no me parece —replicó Mejía Xesspe— allí piden misericordia con desesperación, algo grave les pasa. Quizás una manada de pumas los está atacando, porque ellos tienen bosques casi por todos los lados. . .

Sí, no podía ser otra cosa que una manada de pumas. La suposición de Mejía Xesspe era la más lógica. Francamente creo que todos tuvimos miedo al pensar en los pu-

mas, más si nadie tenía siquiera un cortaplumas para defendernos, pues no cargábamos armas a no ser un alfanje romo con el cual nos abríamos camino en el monte.

Entretanto el patético ulular seguía llenando la quebrada y era tan repetido y continuo que parecía que toda la peonada impetraba con desesperación y sin descanso la misericordia divina. El bilingüe griterío se había hecho pues ya muy confuso.

—¡Si esto sigue, me muero! ¡No puedo soportar! —la voz del anciano científico.

—¡Doctor! —intervino nuevamente Jenaro Farfán—. Quizás ha habido un temblor fuerte que no lo hemos sentido y se ha caído el muro de la terraza donde han hecho su ramada... porque ayer que estuve en el Cusco se sintieron cuatro temblores.

Esta suposición la tomaron ellos como probable ya que durante la noche anterior, efectivamente, sentimos un temblor. Pero la rechacé ya que yo había estado despierto desde que nos acostamos y no había sentido ni el más leve movimiento de tierra. Quedó pues siempre en pie de que todo podía ser originado por el ataque de una manada de pumas. No hallamos otra causa.

Pero en esos instantes, Eduardo Herrera, un niño de trece años natural de Ollantaytambo, al cual el arqueólogo hizo que durmiera en nuestra choza dada su edad y porque se compadecía de aquellos que muy temprano tenían que buscarse la vida, habló de repente, pues había distinguido entre la vocinglería que nos trataban de herejes y que saliéramos porque de otro modo nos iban a caer piedras encima.

—Sí, estos supersticiosos pueden atacarnos —repuso el sabio— porque les da miedo trabajar en las ruinas.

Oír que nos iban a caer piedras y que podían atacarnos, nos hizo saltar de la cama, creo que todos nos vestimos en un santiamén, menos el etnólogo que sin embargo continuaba en su bolsa de dormir. Salimos algunos listos a defendernos con los pocos palos que por allí teníamos. Felizmente a unos veinte metros comenzaba el bosque en el cual en último caso podíamos internarnos y huir fácilmente.

—¡Si esto dura diez minutos más, me muero! —dijo el sabio.

—No hagan caso a estos indios, son muy mañosos —barajó el doctor Manuel Chávez Ballón, al parecer sospechando la causa.

—¡Ese Bejar! —dijo Eduardito de pronto y bastante desagradado—, es él que está diciendo que griten, estoy sintiendo su voz —se refería a un obrero ollanteño hablantín y muy dado a las bromas. Y he allí que Eduardito, recordando sin duda el porqué de que los indios sureños gritan así de tiempo en tiempo, miró a la Luna y nos hizo advertir que se iniciaba un eclipse, el cual resultó algo así como un bálsamo que nos tranquilizó instantáneamente. Tantos meses hacía que no leíamos periódicos, que ya ignorábamos que aquella noche teníamos eclipse.

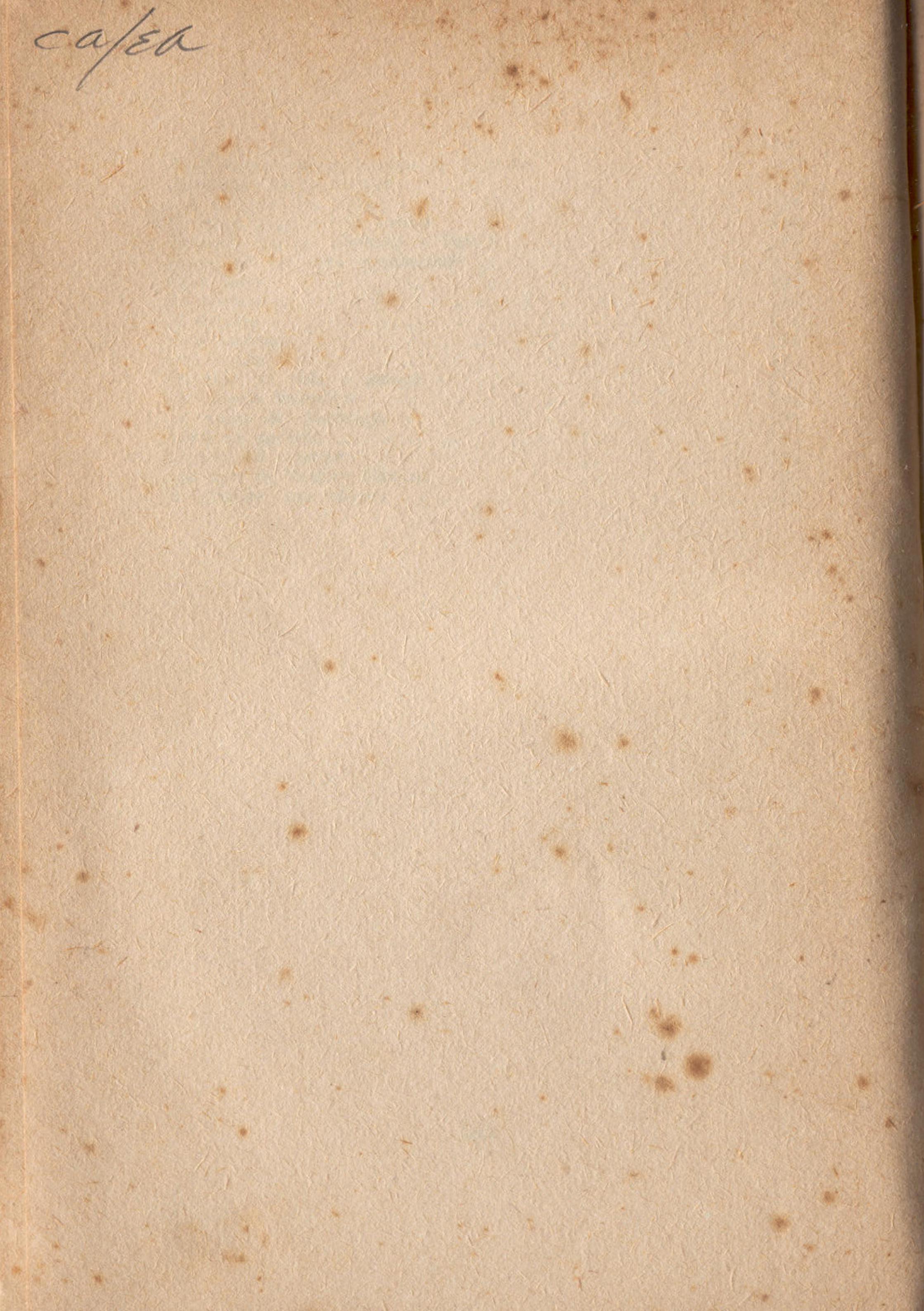
Los indios sureños, por su parte, conservando las creencias de los antiguos peruanos, de que en casos semejantes la Luna es atacada por un ser maléfico, hacían bulla y pedían misericordia para ahuyentarlo evitando así que matase a la "Mama Quilla". El asunto no era un secreto para los de aquellas regiones porque en los alrededores del mismo Cusco no faltaban alaridos y golpes de lata, no tanto porque crean que la Luna se muere, sino simplemente por llamar la atención.

Una vez que Mejía Xesspe y Espejo Núñez sacaron las linternas y les hicieron señas gritándoles en quéchua, que no fueran tontos, como si quedaran satisfechos de habernos hecho levantar, la peonada se calmó y sobrevino el silencio. Al día siguiente el etnólogo dió una filípica al instigador y a los demás que, avergonzados, se fueron camino a su campamento.

ÍNDICE

	Pág.
Palabras del Editor	7
Prólogo	9
La Lagartija	13
La elección de su carrera	16
Atisbos científicos	18
El caballo del Gobernador	21
Mala víspera	24
En la pensión	27
El punto de partida	29
Con el Gobernador de Huantán	32
Justo por pecador	34
Pobre, pero no tanto	36
Kórcholis	40
El brujo	44
Un banquete en el Maury	49
Los doce sabios	51
La profesora	54
El defensor	57
El orito	60
El sexo de las momias	63
Los queros de Chillhua	67
Con dos que fueron por lana	74
La cama perfumada	80
Frijolada inolvidable	83
Consecuencias de la precaución	86
La tortuga de Casma	93
El toro de Casma	96
Mano a mano	100
La gran parrafada	110
Pescando	114
Merecía un garrotazo	116
Revisión cuádruple	118
Pacifismo del Pacífico	120
Odisea de un panetón	124

	Pág.
Archifamosas ruinas incaicas de Celendín	127
Vaya con los sinónimos	134
Los códigos que olvidó	136
Si tanto le gustan las ruinas	142
Scramble, cancha, gimnasia y bastón	146
Cosas de fotógrafo profesional	149
Buen humor	152
En confianza	154
El ahijado	156
Mala memoria	159
Una lección	161
Cuestión de vida o muerte	163
La chompa huancaina	166
La noche de Bischongo	172
Bastó un apellido	182
Llegada del cocinerito	186
Los osos de Huiñay Huayna	189
Impidiendo una muerte	196


ca/EA